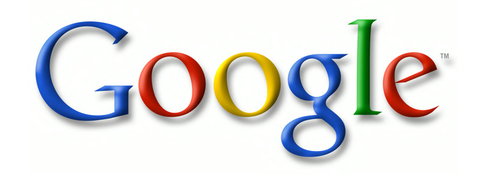
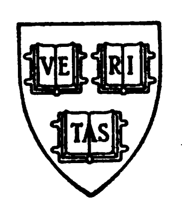


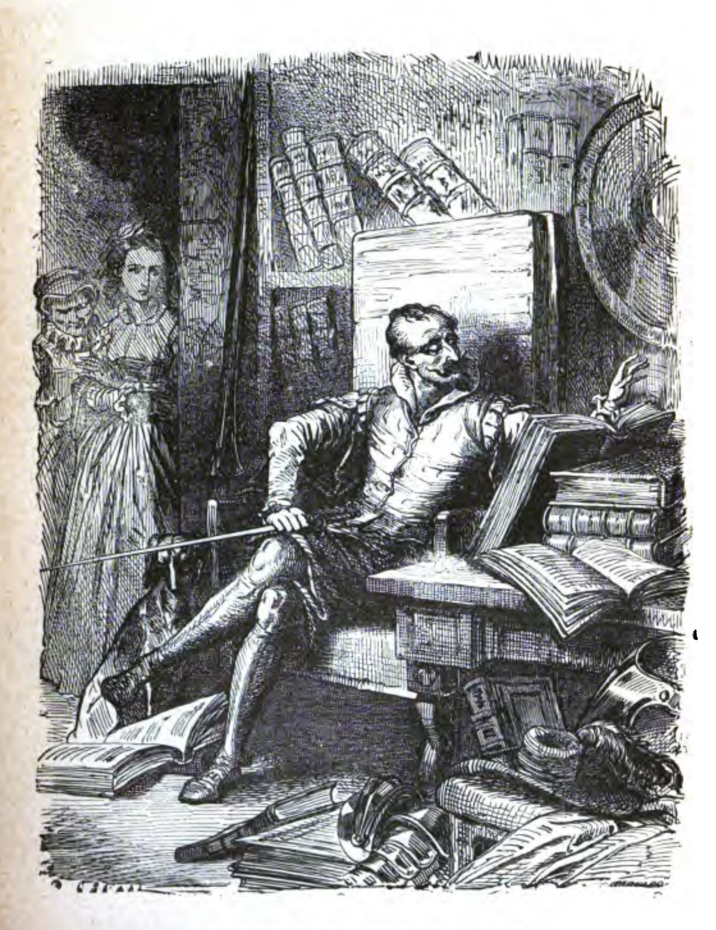

VE RI
TAS

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

PARIS. — TIP. DE GARNIER HERMANOS.



..... Se daba á leér libros de caballeris....

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

... DE CERVANTES ... A

[illegible] CORREGIDA [illegible]

[illegible]

[illegible]

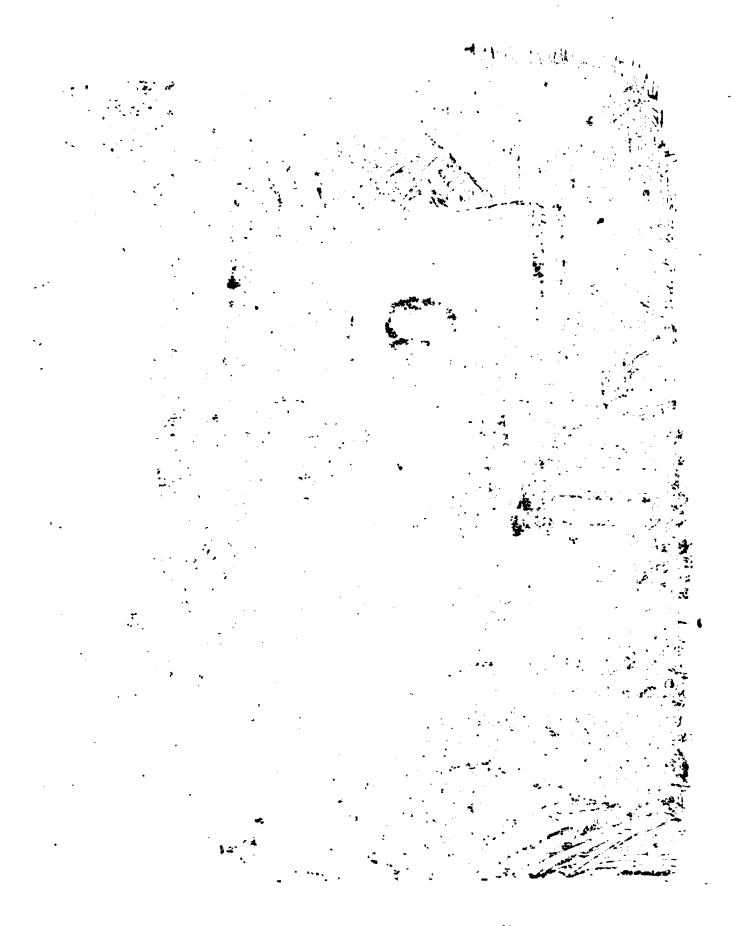


PARIS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

RUE DES SAINTS-PÈRES, Nº 6

18[illegible]



... de caballeros....

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA

EDICION CONFORME Á LA ÚLTIMA CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA

CON LA VIDA DEL AUTOR

y notas para la buena inteligencia del texto



PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
RUE DES SAINTS-PÈRES, Nº 6
1893



VIDA DE CERVÁNTES

Habia trascurrido mas de un siglo desde la muerte de Miguel de Cervántes Saavedra, y estaba excitando la admiracion del mundo tan insigne español, cuando todavía yacia su nombre casi olvidado en su propia patria, donde por lo ménos apénas eran conocidos los sucesos mas importantes de su vida. Sensible es decirlo; pero un eminente personaje inglés, lord Carteret, fué quien, á la par que hacia un obsequio á la reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, quiso recordar á los españoles la obligacion de honrar el mérito de uno de sus mas

ilustres patricios, encargando á D. Gregorio Mayans la biografía de Cer-
vántes. Si reprensible habia sido el olvido, mayor fué quizás el empeño
que desde entónces mostraron los mas afamados literatos, como Sar-
miento, Iriarte, Montiano, Pingarron, Nasarre, Cano, Flóres, Pellicer y
otros de ménos nombradía, todos los cuales procuraron como á porfía
esclarecer la verdad. Pero el que mas se ha distinguido en la dilucidacion de las principales vicisitudes de aquella existencia inquieta y atribulada, ha sido D. Martin Fernández de Navarrete. En su *Vida de Cervántes* encuentra uno tanta copia de datos, tanta finura de crítica y tanta pureza de diccion, que para dar una noticia cabal de la vida y obras del inmortal autor del *Quijote*, nada nos parece mas acertado que seguir á tan seguro guia, procurando por nuestra parte, al reducir tan prolijas investigaciones á los estrechos límites que nos hemos trazado, no omitir ninguno de aquellos hechos que ofrezcan verdadero interes.

La noble familia de los Cervántes, oriunda de Galicia, se trasladó á Castilla, donde se extendió é ilustró su orígen, mereciendo por sus proezas y virtudes el favor y estimacion de sus soberanos. Hijos de esta generosa prosapia fueron algunos de los campeones que acompañaron al santo rey D. Fernando á la conquista de Baeza y Sevilla; y descendientes de estos é imitadores de sus altos hechos fueron despues varios de los conquistadores del Nuevo Mundo, en el cual se arraigó y propagó tambien este noble linaje, miéntras que por una línea traversal procedia de él Juan de Cervántes, corregidor de Osuna, quien dejó buena memoria de su gobierno, y tuvo por hijo á Rodrigo de Cervántes, que casó con doña Leonor de Cortínas, señora ilustre, natural, segun parece, del lugar de Barájas. Fruto de este matrimonio fueron Andrea, Luisa, Rodrigo y Miguel de Cervántes, el menor de tan honrada familia, muy decaida ya de su antiguo esplendor, á causa de sus escasos bienes de fortuna. Nació Miguel de Cervántes Saavedra en Alcalá de Henáres y fué bautizado en su parroquia de Santa María la Mayor el dia 9 de octubre de 1547, verdad que hallándose comprobada y demostrada del modo mas auténtico y convincente, deja por consecuencia desvanecidas y sin valor alguno las pretensiones de Madrid, Sevilla, Lucena, Toledo, Esquívias, Alcázar de San Juan y Consuegra, que aspiraron algun tiempo á la gloria de haber sido cuna de un hijo tan ilustre. La tradicion señala todavía los restos de la casa en que dicen se crió, enclavada hoy en la huerta de los Capuchinos y reducidos á una pared y puerta tapiada, con indicios de la pobreza de sus antiguos huéspedes.

Se ignoran las circunstancias que fijaron en Alcalá la residencia de esta familia, y tampoco se tienen otras noticias de los primeros años de Cervántes que las que algun fugaz y casual recuerdo expresa en sus escritos. Parece muy regular que hiciese los primeros estudios en su pueblo natal y al lado de sus padres, sobre todo en época tan señalada para Alcalá, emporio en aquel tiempo de las ciencias y las letras; pero nada de esto consta con certeza, si bien sabemos, por lo que él mismo declara, que desde sus tiernos años manifestó decidida inclinacion á la poesía, así como una aplicacion y curiosidad extremada que le inducia á leer aun los papeles rotos que hallaba en las calles;

Con mayor seguridad sabemos que Cervántes estudió dos años en Salamanca, matriculado en su famosa universidad y viviendo en la calle de Móros, lo cual explica el conocimiento exacto con que pinta las costumbres y circunstancias peculiares de aquella ciudad y de sus estudios generales, especialmente en la segunda parte del *Quijote* y en las novelas del *Licenciado Vidriera*, y de la *Tia fingida*. Por entónces, sin duda, ó acaso ántes tuvo por maestro de gramática y humanidades al presbítero Juan López de Hóyos, varon piadoso y grande humanista, que despues fué nombrado catedrático de gramática latina en el estudio de la villa de Madrid. Es de presumir que Cervántes aprenderia con singular aprovechamiento, si se atiende al cariño que le mostró su maestro años despues. En efecto, hallábase Cervántes en Madrid, cuando en 24 de octubre de 1568 celebraba la villa en la iglesia de las Descalzas Reales las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Encargado el maestro López de Hóyos por el ayuntamiento de componer las historias, alegorías, jeroglíficos y letras que se habian de colocar en la iglesia, procuró que se ejercitasen tambien sus discípulos en estas composiciones, que se escribieron unas en latin y otras en castellano, siendo Cervántes de los mas aventajados, segun lo manifestó el mismo Hóyos en la historia y relacion que publicó de la enfermedad, muerte y funerales de aquella princesa, colmándole de elogios y llamándole repetidamente *su caro y amado discípulo*, que debió serlo sin duda anteriormente, supuesto que á la sazon contaba ya veintiun años.

Estas muestras de estimacion que ahora pasarian por desmedidas, no deben extrañarse en aquella época en que aun no estaba formado el gusto y apénas corrian en las manos de la juventud mas libros que las primitivas ediciones de los cancioneros; pues todavía no se vendian las obras de Boscan y Garcilaso *por dos reales*, como decia Quevedo mas de treinta años despues; se hallaban inéditas las buenas composiciones de la primera mitad del siglo XVI: los mayores ingenios de aquel tiempo, fray Luis de Leon, Herrera y otros borroneaban á sus solas los preciosos ensayos de su juventud; Ercilla, recien venido de Chile, arreglaba los borradores de su *Araucana*, y en aquel mismo año y mes nacia Valbuena.

Por entónces llegó tambien á Madrid de Roma y hubo de conocer y cobrar afecto á Cervántes monseñor Julio Aquaviva y Aragon, hijo del duque de Atri y muy estimado de la Santidad de Pio V, que le habia enviado con el encargo de dar el pésame á Felipe II por la muerte del príncipe D. Cárlos, y acaso con instrucciones secretas para arreglar ciertas competencias de jurisdiccion eclesiástica ocurridas en el estado de Milan. Ambos encargos debian ser entónces de muy difícil desempeño, aun para persona tan distinguida como el nuncio, el cual no tardó en ser advertido de la prevencion hecha por el rey de que nadie le diese el pésame por la prematura muerte del príncipe en su prision, cuyo suceso daba pábulo á la malignidad y á las hablillas del vulgo y habia subido de punto el humor sombrío del monarca. Si se agrega á esto la extremeda entereza con que siempre sostuvo Felipe II sus regalías en los estados españoles de Italia, no se extrañará que el

legado fuese recibido con desabrimiento, ni que se le entregasen, con fecha 2 de diciembre del mismo año 1568, sus pasaportes, señalándosele él término perentorio de sesenta dias para que regresase á Italia por via determinada. Al avisar el embajador de España en Roma la mision de Aquaviva decia de él que era *mozo muy virtuoso y de muchas letras*, y sin duda se referia tambien al mismo prelado Mateo Aleman, cuando afirmaba que vió en la corte á cierto monseñor enviado por Pio V para tratar con Felipe II negocios de la Iglesia, añadiendo que este legado gustó mucho de algunos cortesanos de ingenio, y se complacia en obsequiarlos magníficamente y en tratar con ellos de várias cuestiones curiosas de política, ciencias, erudicion y literatura. Tenia entónces Aquaviva poco mas de veinte años, y á los veinticuatro recibió el capelo.

Como asegura el mismo Cervántes haberle servido en Roma de camarero, es de presumir que prendado de su ingenio y penetracion, y acaso compadecido de su escasa suerte, le admitió en su familia y comitiva al regresar á Italia, cuyo viaje emprendia entónces con suma facilidad y frecuencia la noble juventud española, sin desdeñarse de servir familiarmente á los papas y cardenales, como lo hicieron D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Francisco Pacheco, y otros muchos para continuar sus estudios en las famosas universidades y colegios de aquella península, entre los cuales descollaba el que habia fundado en Bolonia para sus compatriotas el cardenal Albornoz.

Quizas tambien siguió Cervántes el ejemplo de los que dejaban su patria incitados del deseo de ver mundo y de probar ventura en el ejercicio de las armas, que si no brindaba con riquezas, atraía grande reputacion y esclarecido nombre en época tan gloriosa y memorable para el imperio español. Por las descripciones de países y costumbres que diseminó en numerosos pasajes de sus obras, se puede casi trazar la ruta que llevó, por Valencia, Cataluña, el mediodía de la Francia, el Piamonte, el Milanesado y la Toscana, hasta la capital del orbe católico; demostrando en ellas el sumo provecho que supo sacar de este viaje su genio observador.

Poco tiempo pudo permanecer Cervántes en su nuevo servicio doméstico, puesto que sin género de desagrado dejó el año siguiente (1569) una casa de la cual conservó siempre gratos recuerdos y sentó plaza de soldado en las tropas españolas residentes en Italia, abrazando desde entónces una profesion que, segun sus mismas expresiones, *aunque a-ma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre.*

No tardó mucho en proporcionársele teatro en que acreditar su heroísmo; porque faltando el gran Turco Selin II á la fe de los tratados que tenia hechos con la república de Venecia, invadió en plena paz la isla de Chipre que aquella poseía. Los venecianos imploraron entónces el auxilio del papa y de los príncipes cristianos, y aunque por zelos y rivalidades no todos ellos respondieron al llamamiento, el rey Felipe II, excitado por el pontífice, acudió presuroso al peligro comun, uniendo las galeras y tropas de España á las naves pontificias y venecianas, que juntas se dirigieron en el verano de 1570, bajo el mando de Marco An-

tonio Colona, duque de Paliano, á los mares de Levante para atajar los progresos del enemigo; mas suscitáronse disensiones entre los generales confederados, y aprovechándose de ellas los turcos, tomaron por asalto á Nicosia, adelantaron sus conquistas, se fortalecieron en Chipre y dieron lugar á que las tempestades disminuyesen las fuerzas navales, precisándolas á retirarse á sus respectivos puertos. Entre las cuarenta y nueve galeras de España que á cargo de Juan Andrea Doria se unieron en Otranto con Colona, se comprendian veinte de la escuadra de Nápoles que mandaba el marqués de Santa Cruz, reforzadas con cinco mil soldados españoles y dos mil italianos. Hallábase entre ellos la compañía del valerosísimo capitan Diego de Urbina, dependiente del tercio de D. Miguel de Moncada, no ménos famoso por sus hazañas, y en ella servia de soldado raso Miguel de Cervántes. En esta calidad hizo la campaña de aquel verano á las órdenes superiores de Colona, embarcado probablemente en una de las galeras españolas de la escuadra de Nápoles, en cuya ciudad quedó de invernada á su regreso, miéntras se aprestaba y mejoraba el armamento de las naves para la empresa del año siguiente.

El zelo y eficacia de la corte de Roma, que no desmayó por las desgracias anteriores, logró concluir el 20 de mayo de 1571 la famosa liga contra el Turco, entre su santidad, el rey de España y la señoría de Venecia; se nombró ademas por el mismo tratado generalísimo de todas las fuerzas reunidas de mar y tierra á D. Juan de Austria, y se pusieron por obra cuantos medios dictó el zelo de la religion, el amor de la patria y el espíritu de gloria militar para el buen éxito de tan grandiosa empresa.

Apénas se hizo saber á D. Juan de Austria su nombramiento, reunió en Barcelona los famosos tercios de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada, que acababan de darle insignes pruebas de valor y pericia militar en la guerra contra los moriscos de Granada, y dió con ellos la vela de aquella rada para Génova, adonde fondeó el 26 de julio con cuarenta y siete galeras, miéntras se comisionaba á Moncada para excitar á la república de Venecia á que cooperase á la empresa que habia provocado. Entretanto, se completaban en Nápoles los dos mencionados tercios con los soldados nuevos que ya servian en la armada, y así fué como la compañía de Urbina quedó incorporada al tercio á que correspondia. Reuniéronse sin tardanza en Mesina las fuerzas marítimas y terrestres de las naciones aliadas, y en la distribucion de tropas en las diferentes escuadras y bajeles cupo á Cervántes ser destinado con su capitan y compañía á la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria, que mandaba Francisco Sancto Pietro. La armada de los coligados estaba dividida en tres escuadras de combate y dos de descubierta y reserva, y se asignó á la galera *Marquesa* su puesto en la tercera escuadra que mandaba Agustin Barbarigo y formaba el ala izquierda. Despues de haber socorrido á Corfú y perseguido á la armada enemiga, se descubrió esta en la mañana del 7 de octubre hácia las bocas de Lepanto, y forzada á batirse por su situacion, empezó el ataque por el ala de Barbarigo poco despues del mediodía, y haciéndose general la batalla con gran empeño y obstinacion de los coligados, ter-

minó al anochecer con la victoria mas gloriosa de las armas cristianas que cuentan los anales de los tiempos modernos.

Hallábase á la sazon Cervántes enfermo de calenturas, por cuya razon quisieron disuadirle su capitan y otros compañeros de armas de que tomase parte en la accion, instándole para que se estuviese quieto en la cámara de la galera; pero él, lleno de valor y de espíritu militar, les replicó : « Señores, ¿qué se diria de Miguel de Cervántes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á su Majestad y se ha mandado, he servido muy bien y como buen soldado; y así ahora no haré ménos, aunque esté enfermo é con calentura : mas vale pelear en servicio de Dios é de su Majestad é morir por ellos que no bajarme so cubierta. » Pidió entónces con las mayores instancias á su capitan que le destinase al paraje de mayor peligro; y condescendiendo Urbina con tan nobles deseos, le colocó junto al esquife con doce soldados, donde peleó con tanto heroísmo, que solos los de su galera mataron quinientos turcos y al comandante de la capitana de Alejandría, tomando el estandarte real de Egipto. Rechazando hasta el fin las arremetidas de los enemigos, recibió Cervántes en tan gloriosa batalla tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda que le quedó manca y estropeada, de lo cual hizo honorífico alarde el resto de su vida, mostrando en testimonio de su valor tan señaladas heridas y cicatrices, *como recibidas*, dice, *en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, y como estrellas que guian á los demas al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza;* prefiriendo en fin haberse hallado en tan insigne jornada á tanta costa al estar sano sin haberse encontrado en ella, *porque el soldado*, añade, *mas bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga.*

El mal estado de salud en que se hallaba Cervántes debió influir necesariamente en la gravedad de sus heridas; pero en medio de este cuidado tuvo entónces la honorífica satisfaccion de que, visitando el dia siguiente D. Juan de Austria á los soldados heridos en el puerto de Petela, adonde se habia retirado la escuadra victoriosa para reparar sus averías, fué atendido por su ilustre general el príncipe D. Juan de Austria.

Cervántes permaneció curándose en el hospital de Mesina, donde tambien mandó socorrerle D. Juan de Austria en cuatro ocasiones diferentes, ya por la pagaduría de la armada, ya de gastos secretos y extraordinarias; y cuando el 29 de abril de 1572 se halló en el caso de volver al servicio, se ordenó á los oficiales de cuenta y razon que asentasen en sus libros de cargo á Miguel de Cervántes tres escudos de ventaja al mes en el tercio de D. Lope de Figueroa, que fué á Corfú en las galeras del marqués de Santa Cruz y se halló en la jornada de Levante bajo el mando de Colona, así como en la malograda empresa de Navarino, dirigida por Alejandro Farnesio, á quien ya se habia unido el príncipe generalísimo. Así lo hace constar en su memoria, y lo confirman algunos testigos en las informaciones, y por lo mismo pudo referir con tanta prolijidad y exactitud en su novela del *Cautivo* los sucesos de aquella campaña, y asegurar con propiedad

en la dedicatoria de la *Galatea* que habia seguido algunos años las banderas de Marco Antonio Colona.

Frustrado este plan que tal vez hubiera anticipado mas de doscientos cincuenta años la independencia de la Grecia, se resolvió despues de muchas vacilaciones y consultas emplear aquellas fuerzas contra los estados berberiscos, que tan cómodo asilo ofrecian en sus puertos á los corsarios. Veinte mil soldados, entre los cuales se incluían los del tercio en que militaba Cervántes, salieron de Palermo el 24 de setiembre, y esta expedicion se posesionó de la Goleta y de la ciudad de Túnez. Para guarnecer esta plaza y su alcazaba dispuso D. Juan de Austria que el marqués de Santa Cruz se apoderase de una y otra con la prudencia y cautela á que obligaban las circunstancias, y al efecto sacó de la Goleta dos mil quinientos veteranos, entre los cuales se contaban cuatro compañías del tercio de Figueroa, *que hacian temblar la tierra con sus mosquetes*, segun la expresion de Vanderhamen [1]. Es mas que verosímil que Cervántes fué uno de estos veteranos, pues no solo afirmó en su citado memorial haberse hallado en esta expedicion de Túnez, sino que resulta la misma conviccion de la exactitud y conocimiento con que refirió en la expresada novela los sucesos y circunstancias mas individuales de aquella jornada.

En seguida destinó D. Juan á Cerdeña las catorce compañías mandadas por Figueroa, para que atendiendo á la custodia de aquella isla, se hallasen al mismo tiempo en mayor proporcion de auxiliar á las plazas de África si fuese necesario.

Desde fines de 1573 hasta principios de mayo del año siguiente estuvo Cervántes con su tercio de guarnicion ó invernada en la isla de Cerdeña, y de allí fué trasportado al Genovesado en las galeras de Marcelo Doria, para quedar en Lombardía á las órdenes de D. Juan de Austria. A principios de agosto llevó este consigo aquel tercio á Nápoles y Mesina, y con sus mejores soldados reforzó las naves con que emprendió, aunque en vano, el socorro de la Goleta. Despues de este suceso quedó Cervántes con su mismo tercio en Sicilia á las órdenes del duque de Sesa. Restituido á Nápoles el príncipe D. Juan en 18 de junio de 1575, concedió poco despues á Cervántes licencia para volver á su patria despues de tantos y tan señalados merecimientos.

En estas peregrinaciones acabó Cervántes de visitar las principales ciudades de Italia, de las cuales dejó tan bellas y exactas descripciones en muchas de sus obras.

En aquel suelo clásico, emporio entónces de las ciencias y del buen gusto en las artes y las letras, fué dondo Miguel de Cervántes, aplicado á la lectura de los poetas y escritores italianos, y á su trato y comunicacion por mas de seis años, adquirió aquel caudal de doctrina y erudicion que le hacen tan admirable en sus escritos.

Tales fueron las empresas en que se halló Cervántes durante aquellos años *militando*, como decia él mismo, *debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra Cárlos V, de felice memoria.* Pero viendo que tan distinguidos servicios no habian sido remunerados

[1] *Historia de D. Juan de Austria*, lib. IV.

cual correspondia, y hallándose estropeado de resultas de sus heridas y trabajos, obtuvo, como se ha dicho, licencia del señor D. Juan de Austria para venir á España á solicitar el premio que tan justamente merecia; á cuyo fin le franqueó aquel príncipe las mas expresivas cartas de recomendacion para el rey, suplicando á S. M. le confiriese una compañía de las que se formasen en España para Italia, por ser hombre de valor y de muy señalados méritos y servicios. D. Cárlos de Aragon, duque de Sesa y de Terranova, virey de Sicilia, escribió tambien á S. M. y á los ministros con encarecida recomendacion á favor de un soldado tan digno como desgraciado, que se habia captado por su noble virtud y apacible condicion, por su valor y subordinacion el aprecio de sus jefes y camaradas.

Dispuesto todo en esta forma, y con las mas lisonjeras esperanzas, se embarcó Cervántes en Nápoles en la galera de España llamada el *Sol*, en compañía de su hermano Rodrigo, valeroso soldado tambien, de Pero Diez Carrillo de Quesada, gobernador que fué de la Goleta y despues general de artillería, y de otras personas de cuenta que se restituían á su patria; pero habiendo encontrado en la mar el dia 26 de setiembre de 1575 una escuadra de galeotas que mandaba Arnaute Mamí, capitan de la mar de Argel, fué combatida la galera española por tres de aquellos bajeles enemigos, especialmente por uno de veinte y dos bancos que gobernaba el arraez Dalí Mamí, renegado griego, á quien llamaban el Cojo; y despues de sostener un combate tan obstinado como desigual, en que se distinguió Cervántes por su valor, hubo de rendirse á fuerzas tan superiores, y ser llevada á Argel como en trofeo, quedando cautivos cuantos venian en ella, y tocando á Cervántes tener por amo en el repartimiento al mismo arraez Dalí Mamí. Es muy probable que en el libro V de la *Galatea* aludiese á las circunstancias de este combate, cuando pintó el que sostuvo la nave en que venia Timbrio á España desde Italia con el mismo Arnaute Mamí, que fué el caudillo principal de la escuadra que le cautivó.

Se estremece el ánimo á la relacion del indigno trato que hacian sufrir á los infelices cristianos aquellos desalmados, dentro de aquella madriguera de piratas que con mengua de la Europa civilizada subsistió por espacio de dos siglos mas, hasta que en 1830 tuvo la Francia la gloria de vengar de tamaño ultraje á la humanidad. Los cautivos eran adjudicados por tasacion á los partícipes en el atentado, y estos quedaban dueños absolutos de sus personas, con plena potestad de vida y muerte. Destinábanlos á los trabajos mas penosos, los encerraban en baños pestíferos, cargados de cadenas; los vendian ó trocaban á su antojo, exigian cuantiosas sumas por su rescate, hasta dejar arruinadas á sus familias, y á la menor falta ó desman los ahorcaban con la mas fria indiferencia, ó les imponian castigos todavía mas atroces. No por eso descuidaban inducirles á renegar de su fe, valiéndose de halagos, de promesas y de la perspectiva de una holgada fortuna.

Cupo en suerte nuestro Cervántes al arraez Dalí Mamí, que le habia apresado. El agradable aspecto de su cautivo, el señorío de sus maneras, su bravura en el combate, el respeto que no obstante sus juveniles años le manifestaban sus compañeros de desgracia, y sobre todo

las encarecidas cartas de recomendacion que le encontró de sus ilustres caudillos, le hicieron creer al arraez que este cautivo era persona principal de quien podria obtener un gran rescate. Tratóle pues con todo el rigor compatible con la conservacion de su mísera existencia, teniéndole muy guardado y sujeto, y valiéndose de los padecimientos de un desdichado para la satisfaccion de su codicia; de suerte que las mismas prendas exteriores y morales con que habia dotado el cielo á Cervántes, los testimonios de aprecio que en una ocasion singular habia recibido, sirvieron solo para su mayor tormento.

Situacion era esta capaz de abatir al mas esforzado; pero el alma de Cervántes era inflexible : desde que se vió privado de su libertad, no pensó ya mas que en recobrar este bien inestimable. Esta es la parte mas interesante de toda la vida de Cervántes : en ella se engrandeció su alma altiva, se aguzó su ingenio y subieron de punto su heroísmo y generosidad. Parece una novela lo que vamos á referir; pero ningun suceso de cuantos le atañen se halla mas plenamente justificado que esta serie de tentativas arriesgadas en que á cada paso comprometió su cabeza para alcanzar su libertad, y cuando no, para salvar la vida de sus cómplices y clientes en causa tan gloriosa.

Á pesar de tanta vigilancia no tardó en presentársele oportunidad de fugarse de la casa de su amo; y buscando un moro que le sirviese de guia, le indujo á que le acompañase por tierra hasta Oran, plaza de la costa que ocupaban los Españoles. Reuniéronsele para esta empresa varios cautivos de su predileccion, con quienes, á costa de aumentar su riesgo, quiso compartir el beneficio, siendo el alma y caudillo de esta expedicion, como lo fué siempre de todas las demas tentativas, que trazó y dispuso su fecundo ingenio, estimulado por el deseo de la libertad. Pero despues de haber andado alguna jornada el moro abandonó á los fugitivos, quienes tuvieron que volver á Argel á recibir severos castigos de sus patrones. El de Cervántes, que segun noticias no era de los ménos duros, redobló sus cadenas y estrechó mas y mas su triste encerramiento para asegurar la esperanza de un buen rescate.

Tan pronto como la familia de Cervántes tuvo noticia de la desgracia, no perdonó medio para el recobro de tan caras prendas : malvendió su corto patrimonio, empeñó los dotes de las dos hijas solteras, recurrió á los amigos, y sujetándose á toda clase de privaciones quedó reducida á la mayor estrechez. Este caudal de lágrimas llegó á Argel mas de dos años despues del apresamiento ; pero no pudo satisfacer por su cortedad las exigencias de Dalí Mamí, que no quiso soltar á su cautivo; y así fué aplicado al rescate de su hermano Rodrigo, quedando Miguel sin mas esperanzas de salvacion que las que Dios quisiese depararle. En tan amarga situacion, encargó á su hermano que al llegar á las costas de las Baleares ó de Valencia procurase enviarle una embarcacion armada, que atracando en punto determinado pudiese libertar y conducir á España al mismo Cervántes y otros cautivos que se hallarian prevenidos para el caso. El punto de la recalada se designó junto á una casa de campo distante como á tres millas de Argel, propia del alcaide Azan, renegado griego, y cultivada por un esclavo suyo natural de Navarra, llamado Juan el Jardinero. Habia en el jardin

una cueva muy oculta, donde con mucha anticipacion fueron guareciéndose los cautivos á medida que se fugaban de las casas de sus amos. Juan velaba por su seguridad, miéntras Cervántes dirigia aquella maquinacion proveyendo á todo y ofreciendo este medio de salvacion á los cautivos de su confianza. Pero la depositó muy sobrada en uno que llamaban el Dorador, natural de Melilla, que despues de haber renegado de su fe en su juventud, se habia vuelto á reconciliar con la Iglesia, y habia sido posteriormente cautivado. Este cuidaba de comprar los víveres y conducirlos á la cueva con el recato que es de suponer, y debia ser uno de los prófugos. Todo estaba dispuesto: la noche aunque incierta de la libertad se iba acercando, y Cervántes se ocupaba en recoger á sus amigos mas rezagados, con el disgusto de no haber podido atraer al doctor Antonio de Sosa, su amigo y confidente, eclesiástico de estóica virtud, que lleno de achaques y guardado con especial vigilancia por su amo no pudo acompañarle. Por fin llegó la fragata que, manteniéndose léjos de la costa todo el dia 21 de setiembre, se arrimó ya de noche, y su tripulacion verificaba el desembarco, cuando atemorizada por los gritos de unos moros que acertaron á pasar por allí tuvo que hacerse á la mar. En seguida repitió la tentativa de acercarse á la costa, pero esta vez con mas desgracia aun, pues alarmada la gente de aquel campo, no solo frustró el plan sino que apresó á toda la tripulacion del bajel. Quedaron en consecuencia los de la cueva privados de toda esperanza y socorro, y para colmo de infortunio el Dorador, que era un taimado hipócrita, descubrió al rey Azan el secreto de los cautivos escondidos y los medios con que Cervántes habia dispuesto y manejado aquel asunto. Hallábanse reducidos á la mayor desesperacion, cuando se presentó el comandante de la guardia de Azan, guiado por el delator, con veinte y cuatro infantes armados de alfanjes, lanzas y escopetas, y algunos turcos de á caballo. Solo dieron tiempo á Cervántes para advertir á sus compañeros que descargasen sobre él toda la culpa, y encarándose con el comandante, le dijo que él solo habia fraguado aquel proyecto y seducido á los demas, y que sobre él solo debia recaer cualquier castigo. Asombrados los agresores, tanto como los capturados, de tanta generosidad y presencia de ánimo, despacharon un propio al rey, quien mandó que aquellos infelices fuesen encerrados en su baño, y que solo á Cervántes le llevasen á su presencia. Para esto le maniataron, y así tuvo que entrar el animoso jóven en Argel, á pié y perseguido por los insultos de aquel bárbaro populacho.

Era el rey Azan hombre muy diferente de su antecesor Uchalí en quien reconocian los cautivos ciertos rasgos de hidalguía que honran su memoria. La ferocidad de aquel era sin límites: trataba á sus esclavos peor que á las bestias, teniéndolos en la mayor desnudez y necesidad; se deleitaba en atormentar á sus semejantes y á veces ejecutaba con sus propias manos los suplicios á que caprichosamente los condenaba. Cervántes le caracterizó perfectamente con un magnífico pleonasmo, diciendo que era *natural condicion suya el ser homicida* *todo el género humano*. El infame Dorador que, renegando por da vez, vendió á sus compañeros, poco tiempo pudo gozar la

recompensa, pues murió miserablemente tres años despues en el mismo dia 30 de setiembre, aniversario de su infame traicion.

Es de advertir que por costumbre de aquella república eran propiedad del rey los esclavos perdidos ó fugados que prendian sus esbirros, y así es que valiéndose de este derecho tenia Azan cerca de dos mil encerrados en su baño, nombre que allí daban á los depósitos de tan lastimosa mercadería.

Presentado Cervántes ante este monstruo, tuvo que sufrir un capcioso interrogatorio, acompañado de terribles amenazas. La codicia de Azan le indujo á querer complicar en este asunto al padre Jorge Olivar, de la órden de la Merced, comendador de Valencia, que á la sazon se hallaba de redentor en Argel. Avisado del intento, tomó sus precauciones y trató de salvar en manos del doctor Sosa los ornamentos y vasos sagrados de la profanacion de los infieles, por si llegaba el caso de prendérsele. Mas á pesar de todos los medios que se usaron para vencer la firmeza de Cervántes, siempre se mantuvo en las mismas declaraciones dadas en el acto de su prision : que él solo era el autor de todo, y que todos eran víctimas de su seduccion. Cansado el rey de su constancia, y sin poder sacar otra respuesta ni noticia, se contentó con apropiarse todos aquellos cautivos, y entre ellos á Cervántes, á quien mandó encerrar en su baño, cargándole de cadenas y hierros, con intencion todavía de castigarle.

El otro Azan, el alcaide, dueño de la posesion donde se hallaba la cueva, reclamó á su cautivo Juan el hortelano, á quien ahorcó por sus propias manos. Dalí Mamí, usando de su valimiento, recobró tambien á Cervántes, pero muy poco tiempo despues lo vendió por el precio de quinientos escudos al rey, quien creyó haber hecho un buen negocio, pues no podia creer que hombre tan extraordinario no valiese mucho en su patria. Entre los dos mil cautivos encerrados en el baño del rey, gemian otros tres caballeros, relacionados con el gobernador español de Oran, donde tenia tambien Cervántes algunos amigos. Cinco meses despues, juntando las recomendaciones de todos, consiguió ganar á un moro que se ofreció á llevar las cartas, dirigidas á que se les enviase algunos espías y personas de confianza con quienes pudiesen realizar la fuga. El moro salió para cumplir su encargo; pero tuvo la desgracia de que á la entrada en Oran le interceptasen otros moros las cartas que llevaba, conduciéndole preso á Argel, donde viendo Azan la firma y nombre de Cervántes, mandó empalar al moro, que murió sin declarar cosa alguna, y que á Cervántes le diesen dos mil palos, echándole de entre sus cristianos. Pero alguna gracia como suya debió de decir Cervántes en aquel conflicto, supuesto que el rey, desarmada su cólera, revocó la órden del castigo, suerte que no tuvieron otros á quienes en distintas ocasiones se imputaron iguales conatos.

Tantos peligros corridos y milagrosamente esquivados hicieron mas precavido á Cervántes, pero sin extinguir aquella sed de libertad que le abrasaba. Vino á trabar amistad con un renegado natural de Granada, llamado Giron, que habia tomado el nombre de Abderramen y deseaba volver á su primitiva creencia y á su patria. Persuadióle á que adquiriese y armase una fragata bajo el pretexto de hacer el corso,

y que en ella se huyese de Argel llevando consigo una porcion de cautivos de lo mas florido. Para los fondos, se acudió á un mercader valenciano establecido en aquella plaza, por nombre Onofre Exarque, el cual aprontó mas de mil trescientas doblas, y con esto y otros recursos se acudió á lo mas necesario.

Todo lo tenian preparado y sesenta cristianos iban á romper sus grillos; pero aun entre ellos hubo un Júdas. Cierto Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor y habia sido religioso dominico, mal sacerdote y hombre perverso, revoltoso y malquisto de todos, supo el proyecto y cometió la villanía de ir á delatarlo al rey Azan, de quien recibió por todo premio un escudo de oro y una jarra de manteca. El rey disimuló por el pronto, para hacer extensiva su venganza á muchos conjurados, y al efecto dió sus disposiciones para sorprenderlos en el mismo acto. Cuando supieron que se hallaban descubiertos, el terror se apoderó de todos. Viendo Onofre Exarque comprometida no solo su hacienda sino su vida, propuso á Cervántes que él daria la suma pedida por su rescate, suplicándole encarecidamente que aceptase el partido, y salvándose á sí mismo le librase de aquella angustiosa situacion; pero Cervántes, que penetró toda su desconfianza y cuán indecoroso le era huir del peligro dejando en tanto riesgo á sus compañeros, no solo no quiso aceptar la oferta, sino que procuró tranquilizarle diciéndole que ningun tormento, ni aun la muerte misma, bastaria para que él descubriese á ninguno de sus compañeros, ántes bien se culparia á sí mismo para salvarlos á todos.

Hasta ver el aspecto que tomaban las cosas, huyó del baño, acogiéndose bajo el amparo de un antiguo camarada, el alférez Diego Castellano; pero como pocos dias despues se mandó con público pregon buscar á Cervántes, imponiendo pena de la vida á quien le tuviese oculto, temió ocasionar algun daño á su amigo, ó á algun otro cristiano, y resolvió presentarse espontáneamente, fiándose para ello de un renegado murciano llamado Morato Raez, por sobrenombre Maltrapillo, amigo íntimo del rey, por cuyo medio esperaba salir mejor del apuro. Azan se mostró muy irritado cuando le vió, mandó que le pusiesen un cordel á la garganta y le atasen las manos atras, como para ahorcarle, si no confesaba; pero Cervántes, siempre impávido, echó toda la culpa sobre sí y sobre otros cuatro caballeros que estaban ya en libertad, hasta que cansado Azan de la inutilidad de sus pesquisas, ó cediendo á la fascinadora influencia de un esclavo cuya superioridad no podia ménos de reconocer, mandó que encerrasen á Cervántes en la cárcel de los moros, que estaba en su mismo palacio, donde le tuvo cinco meses aherrojado con grillos y cadenas, y desterró á Giron al reino de Fez. Así terminó esta tentativa desgraciada, que hubiera podido serlo mas, sin una misteriosá disposicion de la Providencia. Por una accion tan noble *cobró Cervántes*, segun la expresion del alférez Luis de Pedrosa, *gran fama, loa y honra y corona entre los cristianos*.

No se limitaban los designios de Cervántes á recobrar su libertad y la de sus compañeros de infortunio. Alentado por el ejemplo de dos valientes españoles que le habian precedido en empresa tan ardua y

temeraria, y el considerable número de mas de veinte y cinco mil cautivos con quienes podia contar para su ejecucion, concibió el plan de alzarse con Argel para entregarlo á Felipe II y destruir aquel asilo de los piratas del Mediterráneo. Hubiéralo conseguido, segun las atinadas disposiciones que habia tomado, si la ingratitud y malevolencia de algunos conjurados no descubriera sus intentos, frustrándolos para siempre, y exponiendo su vida á ser víctima de tan abominable perfidia. El mismo Cervántes decia que estas empresas quedarian por muchos años en la memoria de aquellas gentes, y aseguraba el P. Haedo que con ellas se pudiera hacer una particular historia. No era por consiguiente la opresion y custodia en que tenia á Cervántes el rey Azan un mero efecto de su condicion severa y destemplada, sino una medida de precaucion por su propia seguridad y la de su república; y por eso solia decir que *como tuviese bien guardado al estropeado español, tendria segura su capital, sus cautivos y sus bajeles.*

Miéntras ideaba medios tan arriesgados para obtener su libertad, sus desvalidos padres, arruinados ya con el rescate de su hermano mayor, hacian en Madrid las mas activas diligencias con el objeto de conseguir el de Miguel. Para hacer constar sus servicios, solicitaron una informacion judicial. D. Juan de Austria, que de ellos habia sido testigo y justo apreciador, habia muerto ya; el duque de Sesa expidió una certificacion muy expresiva citando sumariamente los méritos de Cervántes, y otros muchos testigos de sus hazañas en el ejército y en el cautiverio los declararon ante la autoridad. Entre estos pasos vino á fallecer agobiado por tantas pesadumbres su padre Rodrigo, cuya viuda Doña Leonor de Cortínas los continuó sin descanso con todo el amor de una madre, hasta que ayudada de su hija Doña Andrea pudo entregar á los religiosos de la órden de la Trinidad trescientos ducados. Una persona piadosa, Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero, dió cincuenta doblas, y otras cinquenta se le aplicaron de la limosna general de la órden Redentora.

Para acrecentar esta cantidad dirigió al rey Doña Leonor de Cortínas una súplica, apoyada con la informacion judicial y la certificacion del duque de Sesa, para que S. M. en consideracion á los méritos de su hijo y á la pobreza en que ella estaba, le concediese alguna gracia para rescatarle. Atendió el rey á esta instancia, concediendo á Doña Leonor en 17 de enero de 1580 permiso para que del reino de Valencia se pudiesen llevar á Argel dos mil ducados de mercaderías no prohibidas, con tal que su beneficio é interes sirviese para el rescate de su hijo; pero fué tal la mala suerte de esta familia, que no llegó á tener efecto esta gracia, porque tratando de beneficiarla, no daban por ella sino sesenta ducados.

Entre tanto los padres de la santísima Trinidad, cuya gloriosa expedicion dirigia el padre fray Juan Gil, acompañado del padre fray Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza, emprendieron su viaje á Argel, adonde llegaron el 29 de mayo de 1580 y empezaron á tratar desde luego del rescate de los cautivos. La dificultad que tuvieron en el de Cervántes le retardó algun tiempo, porque Azan pedia por él mil escudos para doblar el precio en que le habia comprado, y ame-

nazaba que si no le aprontaban esta cantidad le llevaria consigo á Constantinopla. Habia Azan finalizado su gobierno, que por órden del Gran Turco entregó á Jafer-bajá, é iba á partir para aquella capital con cuatro bajeles suyos y de su mayordomo, armados todos con esclavos y renegados propios, llevando ademas la escolta de otros siete buques que regresaban á Turquía, y ya tenia á bordo á Cervántes, asegurado con grillos y cadenas. Compadecido el P. Gil de su situacion, y temiendo se perdiese para siempre la ocasion de lograr su libertad, rogó é instó con la mayor eficacia hasta conseguir rescatarle en quinientos escudos de oro en oro de España, buscando para ello dinero prestado entre los mercaderes, y aplicándole várias cantidades de la redencion y de las limosnas particulares hasta completar aquella suma. Concluido este concierto, y gratificados con nueve doblas los oficiales de la galera por sus derechos, fué desembarcado Cervántes el 19 de setiembre, en el momento mismo en que dió la vela Azan Agá para su destino.

Recobrada su libertad, todavía permaneció Cervántes en Argel hasta fines de aquel año, agasajado de cuantos conocian sus bellas prendas. Solo su delator, el mencionado Juan Blanco de Paz, que como todos los perversos aborrecia preferentemente á los que mas habia agraviado, puso en juego cuanto pudo sugerirle su infernal ingenio para desacreditar y perder á quien no habia podido asesinar. Temia tal vez que de regreso á España Cervántes descubriese su infame proceder, y así es que trató de formarle secretamente una causa criminal sobre su conducta, seduciendo á unos testigos con dádivas y promesas de su libertad, y sorprendiendo la sencillez de otros con aparatos de gran autoridad y valimiento.

Con tan dañado propósito fingió y divulgó ser comisario del santo Oficio con cédula y comision del rey para ejercer allí sus funciones, y aun se atrevió á requerir á los padres redentores de España y de Portugal, al respetabla doctor Sosa y á otros eclesiásticos que le reconociesen por tal y le prestasen obediencia; pero exigiéndole estos sus despachos, vieron que no los tenia, y reprendieron severamente tan ruin intencion y tan enorme delito.

En tales antecedentes fundaba Cervántes la necesidad de acrisolar su conducta para acreditarla en España ante el rey y sus tribunales de un modo que desvaneciese toda sugestion maligna de sus émulos. Nada le quedó que desear en esta parte, porque la informacion que recibió el P. Gil, y que por fortuna existe original en el archivo general de Indias establecido en Sevilla, es la apología mas completa, donde resaltan, como en la pintura las luces entre las sombras, las nobles prendas y virtudes de su corazon al traves de los vicios y viles maquinaciones de sus calumniadores.

En este precioso documento dieron sus declaraciones los cautivos mas autorizados que existian entónces en Argel, exponiendo los hechos que hemos referido y alabando su ocupacion virtuosa y cristiana en hacer bien á los pobres cautivos, y en distribuir entre ellos lo poco que tenia y podia allegar para mantenerlos y satisfacer sus jornales, evitando por este medio que los maltratasen sus patrones. Aparece

ademas y consta en la informacion por testimonio uniforme de tantas personas calificadas y veraces, que Cervántes fué siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano; que su zelo fervoroso y su instruccion sólida en los fundamentos de la fe, le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida; que con el mismo espíritu animaba para que no renegasen á los que veía tibios y desalentados; que su nobleza de ánimo, sus buenas costumbres, la franqueza de su trato, y su ingenio y discrecion le granjeaban muchos amigos, complaciéndose todos en reconocerle por tal; que su popularidad y beneficencia le captaban igual concepto y aprecio entre la muchedumbre; que sin embargo de esto conservó aun en su esclavitud todo el decoro propio de sus circunstancias, tratando y conversando familiar y amigablemente con los sugetos mas distinguidos por su estado y condicion; y que los mismos padres redentores, conociendo su talento y buenas prendas, no solo le trataron con singular aprecio, sino que consultaban y comunicaban con él los asuntos y negocios mas arduos de sus encargos y comisiones.

En vista de todo esto no es de admirar que Cervántes diese, durante su vida, tanta importancia á los acontecimientos que promovió en Argel y á los trabajos y persecuciones que padeció por esta causa; ni ménos debe extrañarse que conservara tan viva su gratitud á los padres redentores y á su caritativo instituto, del cual hizo un digno elogio en la novela de *La Española inglesa*. El padre Haedo confiesa que el cautiverio de Cervántes fué de los peores que hubo en Argel, y tambien él decia muchos años despues que en aquella escuela *aprendió á tener paciencia en las adversidades*. Estas no pudieron con todo marchitar la lozanía de su ingenio, ni sofocar su amor y su pasion á las letras. Consta que allí escribió versos, algunos de ellos sobre asuntos de piedad, y acaso deben referirse á esta época los romances infinitos de que habla él mismo en su *Viaje al Parnaso*.

Concluidas las diligencias que le habian detenido en Argel, recogió testimonio de ellas, y partió para España lleno de las mas halagüeñas esperanzas á fines del mismo año 1580, logrando segun él mismo dice, *uno de los mayores contentos que en esta vida se puede tener, cual es el de llegar despues de largo cautiverio, salvo y sano á su patria: porque no hay en la tierra*, añade, *contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.*

Al tiempo de su llegada estaba Felipe II ocupado enteramente en la conquista de Portugal, y el ejército castellano permanecia en aquel reino, tanto para conservar la tranquilidad pública como para preparar la reduccion de las islas Terceras. Continuando Rodrigo Cervántes su carrera militar, se hallaba en aquel ejército, ya en clase de alférez, y su hermano Miguel conoció que las circunstancias no le proporcionaban medio mas oportuno de conseguir sus pretensiones que el de volver á servir en las tropas que estaban en Portugal, donde esperaba nuevas ocasiones de distinguirse. Reunióse pues á su antiguo tercio que subsistia á cargo de D. Lope de Figueroa, y se componia de soldados veteranos ejercitados en las guerras de Levante y de Flándes. Por entónces las córtes de Francia é Inglaterra que disimuladamente apoya-

ban las pretensiones de D. Antonio, prior de Ocrato, á la corona de Portugal, sostenian la rebeldía de las Terceras é intentaban apoderarse de los tesoros que de las colonias españolas conducian las flotas, con cuyas miras recorria los mares una poderosa escuadra francesa. Para combatirla fué puesto al frente de la española D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, quien embarcó en sus naves los aguerridos tercios de Figueroa y Bobadilla, por lo cual se cree que Cervántes concurrió á la batalla naval ganada el 25 de julio 1582 en la aguas de la isla de San Miguel, así como al sangriento desembarco verificado en la isla Tercera, en 15 de setiembre del año siguiente; pero no hay noticias positivas de sus aventuras y hechos de armas durante sus tres campañas de 1581 á 1583 : solo sabemos que por aquel tiempo estuvo en Mostagan de donde fué enviado con cartas y avisos del alcaide de aquella plaza para Felipe II, quien le mandó pasar á Oran sin duda por hallarse allí de guarnicion el tercio ó la compañía en que todavía militaba. En alabanza del ínclito marqués de Santa Cruz compuso un buen soneto que publicó algunos años despues el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa en sus *Comentarios de la jornada de las islas Azores.*

Tambien con esta época debieron coincidir ciertos amores de Cervántes con una dama portuguesa, de quien tuvo una hija natural llamada Doña Isabel de Saavedra, la cual siguió á su padre en sus varios destinos y vivió en su compañía y en la de su mujer, formando parte de su familia.

Concluida la guerra con la completa reduccion de las posesiones portuguesas, se retiró Cervántes del servicio militar, despues de quince años de vicisitudes y adversidades. En medio de una vida tan agitada y de tan varios viajes y destinos habia compuesto y concluido para fines de 1583 *la Galatea,* novela pastoral, que fué la primera obra suya que publicó, y en que satisfaciendo su inclinacion á la poesía y al cultivo de su lengua propia, quiso acreditar la fecundidad de su genio, dar á conocer algunas de sus aventuras ó sucesos particulares y alabar á los poetas que entónces florecian. Dióse á luz esta obra á principios del año inmediato, y como al mismo tiempo que Cervántes publicaba estas aventuras, galanteaba con fines honestos á una dama principal, no puede quedar duda de que esta fué la verdadera heroina de su novela. Poco tiempo despues de publicada, es decir en 12 de diciembre de 1584 contrajo Cervántes matrimonio con doña Catalina de Palácios Salazar y Vozmediano, de una ilustre familia de Esquívias. Debian de ser de tiempo atras muy estrechas las relaciones entre las familias de los desposados, por cuanto el padre de Cervántes habia nombrado por albacea en su testamento á la madre de la que vino á ser despues su nuera. Cervántes estableció el domicilio conyugal en la misma villa de Esquívias, al parecer muy modestamente, pues no daban para mas ni la dote de su mujer ni los bienes del marido. Como la carrera de las armas le habia reportado mas gloria que provecho, súele preciso aguzar el ingenio para atender á sus nuevas obligaciones; sea por esto ó porque su genio franco y sociable no se acomodase á la vida de un hacendado lugareño, la proximidad á Madrid le proporcionó residir á temporadas en la corte adonde iba á activar sus pre-

pensiones y cultivar sus amistades. Túvolas muy estrechas con los mas afamados ingenios de aquel tiempo, cuya benevolencia se habia granjeado ya por los elogios que acababa de prodigarles en el *Canto de Caliope* inserto en el libro sexto de su *Galatea*.

Entónces fué cuando Cervántes vió representar con general aplauso en los teatros de la corte *los Tratos de Argel*, *la Numancia*, *la Batalla naval*, y otros dramas que habia compuesto; pero sus triunfos no podian ser permanentes, porque como él mismo dice, *inmediatamente entró á dominar el teatro el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y se alzó con la monarquía cómica, y avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes, llenando el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas*, y eclipsó por consiguiente no solo las que Cervántes habia visto celebradas, sino las de los demas escritores que le precedieron. De casi todas estas comedias ignoramos hasta los títulos, pues únicamente han llegado á nosotros *el Trato de Argel* y *la Numancia*, habiéndose perdido todas las demas, inclusa *la Confusa*, que él tenia por la mejor. No hay para qué analizar estas producciones; basta que digamos que en ellas erró su vocacion por segunda vez.

Otro género de ocupaciones alejaron á Cervántes de la escena literaria por espacio de cerca de veinte años. Pasemos rápidamente y como sobre ascuas por este período desagradable. La situacion en que se hallaba iba empeorando cada dia: veiase agobiado con las obligaciones que trae consigo el matrimonio, y la manutencion de sus hermanas é hija; advertia desatendidos sus méritos y servicios sin haber obtenido la menor recompensa, y se miraba con mas de cuarenta años de edad y estropeado de la mano izquierda, pareciéndole dificultoso en tales circunstancias emprender otra carrera, ó aspirar á un empleo que le sostuviese con la decencia que correspondia. Para lograrlo aceptó el encargo de temporal comisario ó factor de provisiones para la armada; se trasladó con este motivo á Sevilla en 1588, allí prestó sus fianzas, desempeñó este cargo hasta 1592 y rindió sus cuentas. Miraba naturalmente esta ocupacion nada mas que como escala para mayores ascensos, y no descuidaba por lo tanto sus pretensiones. En efecto, el año 1590 solicitó de S. M. un oficio de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de la provincia de Soconusco en Goatemala, y el corregimiento de la ciudad de la Paz. Esta resolucion manifiesta bien cuál era la situacion de Cervántes cuando se acogia, como él mismo decia, *al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad* (Sevilla) *se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España*. Este recurso lo pasó el rey en 21 del mismo mes al presidente del consejo de Indias; y por decreto fecho en Madrid á 6 de junio se contestó que buscase Cervántes por acá en que se le hiciese merced.

Fiado tal vez en esta promesa, volvió Cervántes á Madrid en 1594; pero solo pudo conseguir otra comision del consejo de contaduría mayor para la cobranza de ciertas cantidades que procedentes de tercias y alcabalas reales debian varios pueblos del reino de Granada. En estas y

otras comisiones semejantes visitó la mayor parte de los pueblos de Andalucía, cuyos caminos, costumbres y las mas menudas circunstancias describió en sus obras como testigo ocular, particularmente en sus Novelas, que casi todas las escribió en esta época, aunque no las publicó hasta mucho despues. De aquel estado, ya que no próspero, algo tranquilo al ménos, le sacó la desgracia ó mala fe de un mercader llamado Simon Freire de Lima, á quien habia entregado, para su giro á Madrid, siete mil cuatrocientos reales procedentes de lo recaudado en Velezmálaga y su partido. Con motivo de haber vuelto protestada esta letra tuvo que pasar Cervántes en 1595 á Sevilla; Freire se habia declarado en quiebra y se habia fugado de España, y de aquí se originaron para Cervántes una serie de disgustos y calumnias, como tambien una larga prision. En 1597, segun las cuentas formadas por las oficinas, resultó contra él un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por real provision se dió órden á un juez de Sevilla para que le prendiese y á su costa le enviase preso á la corte, á disposicion del tribunal de contaduría mayor; pero el encarcelado representó y se le puso en libertad bajo la fianza de presentarse dentro de treinta dias en Madrid á rendir cuentas y pagar el alcance.

Terminada su segunda comision, todavía residió en Sevilla, donde desempeñó algunas agencias de particulares, y el año 1598 compuso su célebre soneto sobre el túmulo erigido en aquella catedral con ocasion de las exequías de Filipe II. Á pesar de su posicion subalterna, trató familiarmente con las personas mas distinguidas por su clase y su saber que existian en Sevilla, ciudad culta y poderosa y patria entónces de clarísimos ingenios. Allí vió morir al divino Herrera, cuya memoria honró con un soneto, y fué uno de los mas asiduos concurrentes á las reuniones tenidas en el estudio del amable pintor y poeta Francisco Pacheco, quien sacó su retrato entre los muchos de personas eminentes que tuvo la laudable curiosidad de recoger.

Faltan documentos para saber los sucesos de Cervántes desde fines de 1598 hasta principios de 1603, y es esto tanto mas de sentir cuanto mas interesante seria conocer las circunstancias que le dieron ocasion é impulso para escribir su libro inmortal : *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Todos convienen en que por aquellos años estuvo en la Mancha, de lo cual se conserva allí una tradicion constante y general, siendo cierto que tenia enlaces y conexiones de parentesco con varias familias ilustres establecidas en aquella provincia. Unos aseguran que comisionado para ejecutar á les vecinos morosos de Argamasilla á que pagasen los diezmos que debian á la dignidad del gran priorato de San Juan, lo atropellaron y pusieron en la cárcel ; otros suponen que esta prision dimanó del encargo que se le habia confiado relativo á la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones empleó las aguas del Guadiana en perjuicio de los vecinos que las aprovechaban para beneficiar sus campos con el riego ; y no falta en fin quien crea que este atropellamiento acaeció en el Toboso por haber dicho Cervántes á una mujer algun chiste picante, de que se ofendieron sus parientes é interesados. La fama de linajudos y quisquillosos de que gozaban los pueblos de aquel distrito, la tradi-

cion que todavía subsiste en Argamasilla de que en la casa llamada de Medrano estuvo el encierro donde permaneció Cervántes padeciendo largos trabajos, y sus mismas expresiones de que su libro fué *engendrado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento*, dan lugar á multitud de conjeturas que en vano se ha pretendido apurar. Que la prision que sufrió en Argamasilla debió ser injusta, se infiere ademas de que Cervántes no solo no se recató, sino que hizo gala de ella. Como quiera debemos deponer todo resentimiento por aquella dichosa prision, que tanto gusto y entretenimiento ha dado y dará aun al género humano.

La corte se hallaba establecida en Valladolid hacia dos años, cuando Cervántes tuvo que trasladarse en 1603 á aquella ciudad, segun se cree para responder á las nuevas notificaciones que todavía le hizo la contaduría mayor, pues aun andaba á vueltas el fastidioso expediente del antiguo descubierto. Sin duda debieron ser satisfactorios sus descargos, puesto que continuó residiendo en la corte el resto de su vida, á vista del mismo tribunal que tanto le habia molestado por un débito tan corto. Como quiera, no debió ser nada ignominioso el delito de Cervántes, cuando vemos la tranquilidad de ánimo que manifestó siempre, apoyada en el testimonio indudable de su conciencia y honrado proceder, y comprueba esta conjetura el silencio que guardaron en este punto sus enemigos y rivales, aun mencionando aquel suceso con la dañada intencion de zaherirle.

El famoso duque de Lerma, gran valido de Felipe III, era entónces el árbitro dispensador de los empleos y de la fortuna ó desgracia de los españoles : halagüeño y mañero mas que bien entendido, segun decia Quevedo, usó de su privanza en provecho propio mas que en el comun. De aquí nació que el mérito, el talento y la virtud fueron desatendidos, no sin censura y sentimiento de los buenos. El P. Sepúlveda, que escribia entónces en el Escorial cuanto ocurria y observaba, se lamentaba con patriótico zelo y santa indignacion de ver arrinconados y sin premio alguno tantos y tan famosos capitanes y valerosos soldados, miéntras que á su vista eran colmados de mercedes hombres sin servicios ni méritos, por solo el favor que accidentalmente gozaban de los ministros ó cortesanos, ó por estar colocados en ocupaciones sedentarias de pocos dias. Si Cervántes, como es de presumir, tuvo entónces necesidad de presentarse á aquel inepto valido para exponerle sus servicios, sus méritos y sus desgracias, no es extraño que le recibiese con desden y le tratase con menosprecio, segun refieren algunos escritores de aquel siglo. Con tan amargo desengaño halló Cervántes cerrada la puerta á sus esperanzas, de modo que, abandonando sus solicitudes de recompensa, se vió obligado á buscar otros medios de subsistir, ya ocupándose en várias agencias y negocios, ya trazando y escribiendo algunas obras de ingenio, ó ya finalmente limando y perfeccionando las que tenia para dar al público. Con tan mezquinos arbitrios, y el favor que despues pudo granjearse por medio de sus amigos de otros protectores mas justos é ilustrados, señaladamente del conde de Lémos y del arzobispo de Toledo, Sandoval, vivió Cervántes el resto de su vida, aunque pobre y oscuramente, siendo admirable la cordura y mo-

deracion que distinguió su conducta en este último período. Si alguna vez depositó en el seno y confianza de la amistad las quejas y resentimientos que tenia con el duque, siempre habló en sus obras públicas con el decoro y miramiento que la prudencia tributa á los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos y la prosperidad ó miseria de muchas generaciones.

Tal vez la situacion apurada en que le pusieron estos desvíos y desengaños hicieron á Cervántes acelerar la publicacion del *Quijote* para que los lectores juiciosos é imparciales, midiendo por esta obra la elevacion y amenidad de su ingenio, y recordando por la novela del *Cáutivo* los méritos de su juventud, compadeciesen su mala suerte, y este sentimiento excitase su indignacion contra la indiferencia é injusticia de los que la causaban. La primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* salió á luz publicada en Madrid á principios de 1605. ¿Cómo es posible que elogiemos debidamente este esfuerzo del ingenio, este libro asombroso, el mas festivo que ha producido el espíritu humano, la admiracion del mundo durante mas de dos siglos, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los mal humorados, y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversacion? La posteridad lo contempla atónita, sin atreverse á decidir cuál sea mas admirable en él, si la fuerza de la fantasía que lo inventó, el gusto con que se ejecutó ó la diccion con que se expresó. Las prensas no cesan de reproducirle en todas partes, los doctos y los indoctos no se cansan de leerle, los eruditos lo comentan y analizan, ya entusiasmándose con sus perfecciones hasta la idolatría, ya haciendo notar algunos de sus defectos, que parecen puestos allí para abonar sus bellezas.

Supónese no obstante que el público recibió el *Quijote* con indiferencia, y que conociendo Cervántes que su obra era leida por los que no la entendian, procuró excitar la curiosidad valiéndose de las ingeniosas y discretas revelaciones del *Buscapié*, obra anónima en que aparentando hacer una crítica del *Quijote*, se indicaba que era este una sátira llena de instruccion, y que los interlocutores, aunque de mera invencion, no dejaban de tener alguna semejanza con ciertos personajes ó vivos ó recientes que habian tenido á su cargo el gobierno de la monarquía. Como ignoramos si el *Buscapié* salió á luz al mismo tiempo que el *Quijote* ó si fué muy posterior, no podemos graduar el influjo que tuvo para que esta obra fuese recibida desde luego *con tan general aplauso de las gentes*, como manifestó su autor en la segunda parte. Consecuencia de esta aceptacion fué el haberse hecho á lo ménos cuatro ediciones en el mismo año de 1605 en que se publicó la primera, y haberse multiplicado en los inmediatos por Francia, Italia, Portugal y Flándes.

Del entusiasmo público no participaron algunos escritores, entre los cuales es de lamentar los hubiese de verdadero mérito, como Espinel, Villégas y Góngora, que cediendo á la mala tentacion de censurar hasta las obras mas acabadas, manifestaron que muy léjos de ser el zelo de corregir y mejorar los hombres el que les dictaba, obedecian á las inspiraciones de la vanidad, á los estímulos de su amor propio y al

agudo pesar con que miraban las glorias ajenas. Del mismo Lope de Vega hay indicios de resentimiento, que algunos han procurado negar; pero por lastimoso que sea ver á dos hombres tan eminentes descender de su altura al campo de las vulgares miserias, preciso es confesar que si no hubo rompimiento, hubo por lo ménos cierto desvío. Verdad es que quisieron recíprocamente invadir el patrimonio que la naturaleza les habia señalado. Se empeñó Cervántes en escribir comedias y cayó en un punto mas abajo de la medianía; quiso Lope escribir novelas y apestó.

Un acontecimiento funesto é imprevisto vino á turbar la tranquilidad de Cervántes y su familia pocos meses despues de publicado el *Don Quijote*. No parece sino que una tenaz fatalidad le perseguia por todas partes. Residia en la corte un caballero navarro de la órden de Santiago, llamado D. Gaspar de Ezpeleta, aficionado segun la costumbre del tiempo á justas, torneos y galanteos, el cual en la noche del 27 de junio de 1605 se encontró á la orilla del Esgueva con un hombre armado, que se empeñó en alejarlo de allí, por cuya razon despues de algunas contestaciones sacaron las espadas y se dieron de cuchilladas, quedando mal herido D. Gaspar, que comenzó á pedir socorro y pudo refugiarse con trabajo á una de las casas que estaban mas próximas. Cabalmente vivia en uno de sus dos cuartos principales Doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Estéban de Garibay, con dos hijos suyos, y en el otro Miguel de Cervántes con toda su familia. Á las voces de D. Gaspar acudió uno de los hijos de Garibay, y viendo que entraba un hombre en el portal derramando sangre, con la espada desenvainada en la una mano y en la otra el broquel, llamó á Cervántes, que estaba ya recogido. Entre ambos le subieron al cuarto de Doña Luisa de Montoya, donde falleció en la mañana del 29.

Para la averiguacion del caso se procedió á las diligencias judiciales, y si bien no pudo descubrirse el matador, hubo algunos indicios de que las heridas y muerte de D. Gaspar habian provenido por competencia de obsequios y galanteos dirigidos bien á la hija ó á la sobrina de Cervántes, ó bien á otras señoras de las várias que habitaban los dos cuartos segundos y otro tercero de la misma casa; por lo que fueron puestas en la cárcel diferentes personas, y entre ellas Miguel de Cervántes, su hija, su sobrina y su hermana viuda; pues es de advertir que de las declaraciones tomadas á los testigos en aquella circunstancia, resulta que tenia entónces en su compañía á su mujer Doña Catalina de Palácios Salazar, á su hija natural Doña Isabel de Saavedra, soltera, de mas de 20 años, á Doña Andrea de Cervántes, su hermana, viuda, con una hija soltera llamada Doña Constanza de Ovando, de 28 años, y á Doña Magdalena de Sotomayor, que tambien se llama su hermana, y era beata, de mas de 40 años de edad. Tambien resulta de las mismas declaraciones que Cervántes se empleó en Valladolid, segun lo habia hecho durante su mansion en Sevilla, en agencias particulares, como un arbitro para mantener su numerosa familia. Poco despues de recibidas las confesiones salieron de la prision bajo fianza Cervántes, su hija, hermana y sobrina.

En el año siguiente de 1606 se restituyó la corte á Madrid, y es muy

regular que la siguiese Cervántes, fijando su residencia en esta villa, no solo para continuar sus agencias, ó proporcionarse otros medios de subsistir, sino para estar mas inmediato á Esquívias y á Alcalá, donde tenia sus parientes. Así lo testifican cuantas memorias se han conservado, de las cuales consta que á mediados de 1608 se reimprimió á su vista la primera parte del *Quijote*, corregida de algunos defectos y errores, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras, con lo que mejoró conocidamente esta edicion, que por lo mismo es la mas apreciada de los literatos y bibliógrafos; que en junio de 1609 vivia en la calle de la Magdalena, á espaldas de la duquesa de Pastrana; que poco despues se mudó á otra casa que estaba detras del colegio de Nuestra Señora de Loreto; que en junio de 1610 moraba en la calle del Leon, casa número 9, manzana 226; que en 1614 residia en la calle de las Huertas; que tambien vivió en la calle del Duque de Alba, próximo á la esquina de la del Estudio de S. Isidro, de la cual le desalojaron judicialmente, y por último, que en 1616 habitaba otra vez en la calle del Leon, esquina á la de Fráncos, número 20, manzana 228.

Cervántes, anciano ya, reunido á toda su familia, escaso de medios para mantenerla, perseguido de sus émulos, desatendido á pesar de sus servicios y de sus talentos, y colmado de desengaños por su experiencia del mundo y conocimiento de la corte y de los cortesanos, abrazó desde esta época una vida retirada y filosófica, cual convenia á su situacion; y *volviendo*, como decia él, *á su antigua ociosidad*, se dedicó enteramente al comercio y trato de las musas para ofrecer despues al público nuevos y mas copiosos frutos de su ingenio y aplicacion, dando campo al mismo tiempo á la práctica de aquellas nobles virtudes á que le inducia su religioso corazon, y que sostenidas en su juventud con heróico denuedo entre infieles bárbaros y sanguinarios, debian brillar mas y mas en el ocaso de sus dias para ejemplo y confusion de sus émulos y detractores.

Estos principios le condujeron á alistarse en algunas congregaciones piadosas, especialmente en la que todavía subsiste en el oratorio de la calle del Olivar. Se cree que entónces se incorporó tambien Cervántes, como lo hizo Lope de Vega, en la congregacion del oratorio del Caballero de Gracia, miéntras que su mujer y su hermana Doña Andrea se dedicaban á semejantes ejercicios de piedad en la Órden Tercera de San Francisco, cuyo hábito recibieron en 8 de junio del mismo año. No debe omitirse el singular y muy constante cariño fraternel que recíprocamente se conservaron siempre Cervántes y Doña Andrea. Á los testimonios de desprendimiento y afecto que esta le demostró en várias ocasiones, correspondió él con el aprecio y consideracion con que la trató, hasta que falleció en su misma casa á 9 de octubre de 1609, de edad de 65 años, y se enterró en la parroquia de San Sebastian á expensas de su hermano.

Entre tanto iba Cervántes disponiendo y perfeccionando algunas de sus obras para darlas á luz; y así es que pudo publicar en agosto de 1613 la coleccion de *Novelas ejemplares* que dedicó al conde de Lémos por medio de una carta digna del mayor aprecio por la urbanidad, gratitud y moderacion con que está escrita.

Cervántes había visto el aplauso con que corria esta clase de composiciones en Italia, principalmente las del Bocacio; pero advirtió que sin embargo de su estilo encantador, y de la elegancia, pureza y singulares gracias del lenguaje, eran en gran manera nocivas y perjudiciales á las costumbres por la indecencia, obscenidad y libertinaje de las ideas y argumentos. Procuró pues corregir este abuso y adoptar en su plan aquellas acciones que sin ofender el pudor fuesen características del genio de su nacion, y prestasen materia para la correccion de los vicios mas comunes en la sociedad. Un año despues dió á luz su *Viaje al Parnaso*, imitando al que habia publicado en Italia César Caporali, natural de Perusa, poeta parecido á él, no ménos en su agudo y festivo ingenio, que en su triste y desdichada suerte. Alabó en esta obra á los poetas dignos de este nombre, dándoles el lugar eminente que merecian en el Parnaso español, y desterró de el á la muchedumbre de copleros corruptores de la noble poesía y del idioma castellano, de aquellos que hablaban unos latin y otros algarabía, y eran *la idiotez y la arrogancia del mundo*, segun sus propias expresiones.

Siguió á esta obra la *Adjunta al Parnaso*, diágolo en prosa, en que pintó con sumo donaire el encuentro y conversacion que tuvo con un poeta novel que le traía una carta del dios Apolo. En esta obra anunció Cervántes su propósito de dar al público sus comedias, las cuales ni los cómicos las querian representar, ni los libreros comprárselas para imprimir. A fuerza de instancias, acabó por tomárselas el librero Juan de Villaroel, el cual se las pagó razonablemente, pero no sin haberle manifestado con franqueza que un autor de título le habia dicho que de su prosa podia esperarse mucho, mas de su verso nada, declaracion que le llegó al alma, aunque sin convencerle. Todas estas curiosas circunstancias las refiere el mismo Cervántes en un discreto prólogo que embelesa por su ingenuidad y es tan erudito como importante para la historia del teatro y de la comedia española.

Ya porque Lope de Vega habia inundado el teatro con sus maravillosas composiciones, y otros muchos escritores muy apreciables é ingeniosos le ayudaban á sostener esta gran máquina con suma aceptacion y aplauso de las gentes, ya porque realmente era escaso el mérito de las comedias de Cervántes, lo cierto es que el público las miró con suma indiferencia. Mayor aprecio merecieron respectivamente los entremeses, diálogos breves, jocosos y burlescos, que para dilatar y hacer mas várias y agradables las representaciones teatrales, se intercalaban entre los actos ó jornadas de las comedias. En estos entremeses repitió algunos asuntos ya tocados en sus novelas, y dejó de publicar otros no ménos graciosos y discretos, como el de *los Habladores*, que salió á luz en Sevilla el año de 1624. Algunos han creido que escribió tambien *autos sacramentales*, y aun le atribuyen el titulado *las Córtes de la muerte* de que habla en el capítulo XI de le parte II del *Quijote*; pero hasta ahora no se ha hallado fundamento que acredite estas presunciones.

Entre las costumbres dignas de alabanza que entónces se conservaban para estimular los talentos en todas las ocasiones de celebridad pú-

blica, deben contarse aquellas concurrencias llamadas *justas poéticas*, en cuyos certámenes hallaban los ingenios un medio de darse á conocer con honrosa emulacion. Así sucedió en las que se celebraron en Madrid el año 1614, con motivo de haber beatificado el papa Paulo V á Santa Teresa de Jesus, y en las cuales compitieron los mas floridos ingenios de España. Ocho eran los certámenes que se anunciaron al público, y en el tercero se proponian tres premios á los que con mas gracia, erudicion y elegante estilo, guardando el rigor lírico, compusiesen una *cancion castellana á los divinos éxtasis de la Santa*, en la medida de aquella de Garcilaso, *El dulce lamentar de los pastores*, con tal que no excediese de siete estancias. Uno de los jueces del certámen era Lope de Vega, el cual abrió la sesion ante un auditorio tan numeroso como distinguido, recitando un discurso en alabanza de Santa Teresa, que causó sumo placer y mocion en el ánimo de los circunstantes. Miguel de Cervántes compitió al citado argumento, y aunque no se llevó ningun premio, mereció que se publicase su cancion, entre las mas selectas, en la relacion que de las fiestas hechas en toda España publicó fray Diego de San José, y se imprimió en Madrid en el año de 1615.

Estos ligeros desahogos de su aficion á la poesía no le impedian atender á la composicion de otras obras mas vastas, instructivas y deleitables. La qué principalmente tenia comprometida en gran manera su reputacion, era la segunda parte del *Quijote*, ofrecida desde 1604, anunciada como próxima á publicarse en 1613, y precedida sin embargo por otra segunda parte de un autor desconocido é inepto, que intentó desacreditar de un golpe el ingenio y las costumbres de Cervántes. Nos referimos al *Quijote* de Avellaneda, publicado cuando aquel estaba finalizando su obra, y que fué un poderoso estímulo para que la concluyese con mayor celeridad y la presentase á la censura á principios de 1615, solicitando el permiso para su impresion

Es digna de la mayor alabanza la generosidad y circunspeccion con que procedió Cervántes en aquella ocasion. Á los necios ultrajes é insolentes calumnias de su rival, al conjunto de improperios de una obra insípida, vulgar y obscena, él opuso la templanza y urbanidad de su prólogo, que puede ser modelo de contestaciones literarias, y las ingeniosas y festivas invectivas que entretejió con las aventuras de su héroe, alusivas á la flamante historia del disfrazado aragonés. Pero ninguna mas oportuna y discreta que la apología que hizo de sí y de su *Quijote* en la dedicatoria al mismo conde de Lémos, donde, tratando de cuán deseado era su libro, se explica en estos términos : « Es » mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para » quitar el ámago y la náusea que ha causado otro D. Quijote, que con » nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe : y el » que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la » China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una » carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome » se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la » lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la » historia de D. Quijote : juntamente con esto me decia que fuese yo

»á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme »que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os »podéis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que »venís despachado, porque y no estoy con salud para ponerme en »tan largo viaje; ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin »dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en »Nápoles tengo al grande conde de Lémos, que sin tantos titulillos »de colegios, ni rectorías me sustenta, me ampara, y me hace mas »merced que la que yo acierto á desear.»

El objeto de esta ficcion fué no solo renovar la memoria de su pobreza, tributando su gratitud á su bienhechor y Mecénas, sino encarecer particularmente su obra y vindicarla de las atroces é injustas censuras de sus émulos. Lo mas notable que le achacó Avellaneda recayó sobre que su estilo ó *idioma era humilde*, y que *hacia ostentacion de sinónimos voluntarios*; y Cervántes, á quien no le era decoroso contestar abiertamente á este reparo, quiso contraponer la elegancia y pureza de su estilo á la incultura y vulgaridad del de Avellaneda, suponiendo que de los países mas remotos le pedian ansiosamente su obra, para que por ella *se leyese la lengua castellana*, como el texto mas propio y conveniente para aprenderla: opinion calificada en el discurso de cerca de tres siglos por el voto únanime de los mayores sabios de la nacion.

Fué en efecto constante el conato de Cervántes en cultivar y mejorar la lengua castellana, lo cual comenzaba por este tiempo á decaer de aquella dignidad y elegancia que habia adquirido y conservado en el siglo anterior.

La segunda parte del *Quijote*, si bien adolece de los defectos propios de la precipitacion en el componer y de la pureza en el corregir, lleva indudablemente grandes ventajas á la primera. El héroe es consecuente en su locura, y Sancho Panza de cada vez mas gracioso; un nuevo personaje de carácter admirablemente descrito, el bachiller Sanson Carrasco, contribuye del modo mas decisivo al desenlace. Aquí se ve que el talento de Cervántes se engrandecia con los años y que su ardiente imaginacion en nada se resentia de los hielos de la vejez.

Censuró esta obra el licenciado Francisco Márquez de Tórres, capellan y maestro de pajes del arzobispo de Toledo, quien nos ha conservado un testimonio que vamos á trascribir del extraordinario aprecio que tributaban á Cervántes fuera de su patria, en tanto que en ella recibia desaires y desengaños y sus émulos le perseguian con tanto encono. « Certifico con verdad, dice el censor, que en 25 de febrero »de este año de 1615, habiendo ido el ilustrísimo señor D. Bernardo »de Sandoval y Rójas, cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, á »pagar la visita que á su ilustrísima hizo el embajador de Francia, »que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes »y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron »acompañando al embajador, tan corteses como entendidos, y amigos »de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del cardenal »mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban mas vali-

dos; y tocando acaso en este, que yo estaba censurando, apénas
» oyeron el nombre de Miguel de Cervántes, cuando se comenzaron á
» hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como
» en los reinos sus confinantes se tenian sus obras, *la Galatea*, que
» alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte desta y las no-
» velas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que
» viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vi-
» vos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion,
» calidad y cantidad. Halléme obligado á decir, que era viejo, sol-
» dado, hidalgo y pobre : á que uno respondió estas formales palabras :
» *¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del*
» *erario público ?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensa-
» miento y con mucha agudeza, y dijo : *si necesidad le ha de obligar*
» *á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia para que con*
» *sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* »

En la citada dedicatoria al conde de Lémos escrita en 31 de octubre de 1615, manifestándole ya la suma decadencia de su salud le ofrecia in embargo los *Trabajos de Persiles y Sigismunda;* libro que, segun dice, tendria concluido dentro de cuatro meses. Habíale anunciado al público desde el año de 1613, poniéndole en competencia con el de Heliodoro, á quien se propuso imitar, haciendo émulos de los castos amores de Teágenes y Cariclea los de Periandro y Auristela.

Ademas de las obras mencionadas, escribia al tiempo de su muerte *las Semanas del jardin*, la *segunda parte de la Galatea*, *el Bernardo* y la comedia *el Engaño á los ojos*; pero con él acabaron estos frutos prometidos de su ingenio, sin que se haya conservado mas que sus títulos.

La única obra suya que puede llamarse póstuma por haberse publicado despues de su fallecimiento fueron los *Trabajos de Persiles y Sigismunda.* Su viuda Doña Catalina de Salazar solicitó y obtuvo privilegio para imprimirlos y darlos á luz en Madrid, como lo verificó en 1617, y en el mismo año se repitieron las ediciones en Valencia, Barcelona, Pamplona y Bruséłas.

Cervántes tuvo en grande estimacion esta reciente obra como al último parto de su entendimiento; pero su juicio no ha sido confirmado por la posteridad, si se exceptúan algunos pocos que la han preferido al *Don Quijote*, fundándose en consideraciones de órden secundario como la belleza de estilo y la gallardía en la narracion.

Segun su promesa tenia concluida esta obra para la primavera de 1616, cuando ya la gravedad de sus males no le permitió componer la dedicatoria ni el prólogo. Tal era su situacion el sábado santo 2 de abril, que por no poder salir de su casa hubieron de darle en ella la profesion de la Órden Tercera de San Francisco, cuyo hábito habia tomado en Alcalá en 1613. Pero como al mismo tiempo la naturaleza de su enfermedad le dejaba algunos intervalos de alivio creyó conseguirle mas radical y permanente con la variacion de aires y alimentos y resolvió pasar en la semana inmediata de pascua al lugar de Esquívias, donde estaban avecindados los parientes de su mujer. Desengañado despues de algunos dias de la ineficacia de este arbitro, y de-

seoso de morir en su casa, ó con mas esperanza de aliviarse en ella regresó á Madrid con dos amigos que pudiesen cuidarle y servirle por el camino. En él tuvo un encuentro que le prestó materia para escribir su prólogo, y para darnos la única noticia circunstanciada que tenemos de su enfermedad.

Volviendo pues de Esquívias sintieron que por la espalda venia uno picando con gran prisa y dando voces para que se detuviesen. Esperáronle en efecto, y llegó sobre una borrica un estudiante quejándose de que caminaban tanto que no podia alcanzarlos para ir en su compañía : á lo que contestó uno de los acompañantes, que la culpa tenia el caballo del señor Miguel de Cervántes por ser algo pasilargo. Apénas oyó el estudiante el nombre de Cervántes, de quien era apasionado, aunque no le conocia, cuando apeándose de su cabalgadura arremetió á él, y asiéndole de la mano izquierda le dijo : *sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas*. Cervántes que tan impensadamente se vió colmado de tales alabanzas, correspondió con su natural modestia y cortesía, abrazándole y pidiéndole volviese á montar en su burra para seguir juntos y en amigable conversacion lo poco que restaba del camino. Hízolo así el comedido estudiante, con quien pasó el coloquio que nos da idea de la enfermedad de Cervántes, y que refiere él mismo en estos términos : « Tuvimos algun tanto mas las riendas, y » con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de » mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento di- » ciendo : esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el » agua del mar Océano que dulcemente se bebiese : vuesa merced, » señor Cervántes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que » con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, » respondí yo; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, » como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al » paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán » su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto » ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio » para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha » mostrado : en esto llegámos á la puente de Toledo, y yo entré por » ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de » mi suceso tendrá la fama cuidado, mis amigos, gana de decillo, y yo » mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer : » picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero » en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escri- » bir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, » quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y » lo que sé convenia. Á Dios, gracias : á Dios, donaires : á Dios, rego- » cijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto » contentos en la otra vida. »

Todo el contexto de este prólogo, su desaliño, sus interrupciones y su conclusion están manifestando cuán deplorable era la situacion de Cervántes cuando le escribia. Fluctuaba entónces entre el temor y la esperanza; pero sin desmentir por esto su genio festivo y donoso, como

lo prueba la pintura que hizo del traje, montura y ademanes del estudiante. Por una parte anunciaba el término de su vida para el domingo próximo, que era el 17 de abril, y se despedia para siempre de sus amigos, de sus gracias y de sus donaires; y por otra confiaba continuar y extender este discurso en mejor ocasion para decir lo que en esta hubiera sido conveniente y oportuno. La enfermedad disipó todas estas ideas, porque agravándose considerablemente, y no quedando esperanza de remedio, se administró á Cervántes la extremauncion el lunes 18 de aquel mes.

Todavía conservaba al dia inmediato serenidad de espíritu, firme y fecunda la imaginacion, y tiernamente impresa en el corazon la memoria de su bienhechor el conde de Lémos, cuya venida de Nápoles á ser presidente del consejo de Italia estaba muy próxima. Ansiaba Cervántes este momento de ofrecerle personalmente los respetos de su gratitud; pero ya que no era posible conseguirlo, le dirigió como último obsequio los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, con una carta digna, como observa Rios, de que la tuviesen presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros. « Aquellas coplas antiguas, le dice Cervántes, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan : *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas puedo comenzar diciendo :

» Puesto ya el pié en al estribo,
» Con las ansias de la muerte,
» Gran señor, esta te escribo.

» Ayer me dieron la extremauncion, y hoy escribo esta : el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés á V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida; peró si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de *las Semanas del jardin* y del famoso *Bernardo*, si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de *la Galatea*, de quien se está aficionado V. E., y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á V. E., como puede. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

» Criado de Vuesa Excelencia,

» MIGUEL DE CERVÁNTES. »

La situacion de Cervántes al escribir ó dictar tan tiernas y nobles expresiones les da tal energía y sublimidad, que las hace dignas de la misma veneracion y respeto con que se escucharon en Grecia y Roma los últimos discursos de Sócrates y de Séneca.

Con igual serenidad de ánimo otorgó su testamento, dejando por albaceas á su mujer Doña Catalina de Salazar y al licenciado Francisco Núñez, convecino en la misma casa de la calle del Leon. Mandóse enterrar en las monjas trinitarias, que se habian fundado cuatro años ántes en la del Humilladero, ya por la prediIeccion que siempre tuvo á esta sagrada órden, ya porque se hallaba de religiosa profesa su hija Doña Isabel, y acaso alguna otra persona de su particular consideracion. Despues de haber hecho estas disposiciones y otras sobre los sufragios para su alma, terminó su vida, con la tranquilidad que inspiran la religion y la cristiana filosofía, el sábado 23 del mencionado mes de abril y año de 1616.

El cuerpo de Cervántes fué conducido humildemente á su última morada por cuatro hermanos de la Órden Tercera, con la cara descubierta, segun era la costumbre. Cuando en el año de 1633 se establecieron las religiosas trinitarias en el nuevo convento de la calle de Cantaránas, exhumaron y trasladaron á él los huesos de las religiosas que habian fallecido desde su fundacion, y los de aquellos parientes suyos que por costumbre ó devocion se habian enterrado en la iglesia de su primitiva residencia. Es natural que los restos de Cervántes tuviesen igual suerte y paradero.

Por igual deplorable negligencia han perecido los retratos que hicieron D. Juan de Jáuregui y Francisco Pacheco, que nos mostrarian al natural la fisonomía y talle de Cervántes. Solo una copia ha llegado á nuestros dias, que siendo indudablemente del reinado de Felipe IV, se atribuye por unos á Alonso del Arco, creyendo otros descubrir en ella el estilo de las escuelas de Vicencio Carducho ó de Eugenio Caxes. Pero de cualquiera mano que sea, es cierto que conforma en todo con la pintura que Cervántes hizo de sí mismo en el prólogo de las Novelas diciendo : « Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello » castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz » corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há » veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, » los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acon» dicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los » unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pe» queño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de » espaldas, y no muy ligero de piés : este digo que es el rostro de » autor de *la Galatea* y de *D. Quijote de la Mancha*, y del que hizo » el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César Caporali, perusino, y » otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre » de su dueño : llámase comunmente Miguel de Cervántes Saavedra. » Confiesa ademas que era tartamudo, y es preciso apreciar esta descripcion por el candor é ingenuidad que la dictó, y por la gracia inimitable con que está escrita.

Las altas prendas y virtudes que tan digno le hacen del aprecio y

de la memoria de la posteridad se encuentran en sus escritos y en sus acciones. Como verdadero filósofo cristiano, supo ser religioso sin supersticion, zeloso de sus creencias sin fanatismo, amante de su patria sin preocupacion, valerosísimo soldado sin temeridad, generoso sin jactancia, agradecido sin adulacion, ingenuo y sencillo hasta apreciar tanto que le advirtiesen sus errores como que le alabasen sus aciertos, indulgente con sus émulos hasta el punto de contestar á sus sátiras é invectivas sin descubrirlos ni herir á sus personas; en suma hombre lleno de pureza y honradez, tipo perfecto del antiguo caballero español. No solo no supieron sus contemporáneos apreciarle como merecia, sino que le miraron con lamentable indiferencia; pero ¿qué nacion no tiene que culparse de injusticias semejantes ó mayores? En cambio la posteridad le ha dado una compensacion justa, aunque tardía. En una de las plazas de la capital de España se le ha erigido una magnífica estatua de bronce; los soberanos han honrado á porfía su memoria, los magnates amantes de las letras y los sabios le han levantado monumentos y colmado de elogios, las artes todas, nacionales y extranjeras, han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas; la imprenta multiplica las ediciones de sus escritos y los difunde por todo el ámbito del mundo civilizado, y el pueblo venera su nombre con una especie de culto, contemplándole como á uno de aquellos seres privilegiados que el cielo concede de cuando en cuando á los mortales para consolarlos de su miseria y pequeñez, y á quienes reserva la exclusiva prerogativa de ilustrar á sus semejantes, influyendo poderosamente en la reforma de sus opiniones y costumbres.

AL DUQUE DE BÉJAR

MARQUÉS DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUÍLLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y ménos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PRÓLOGO

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿ qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy padrastro de D. Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los

libros suelen ponerse. Porque te sé decir que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de D. Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestas con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡ Pues qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el márgen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor D. Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes : bastante causa para ponerme en ella la que de mi habéis oido. Oyendo

lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo : por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan léjos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso D. Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion? A lo cual él dijo : lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algun trabajo en hacerlos, y despues los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas : y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepáis de memoria, ó á lo ménos que os cuesten poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio :

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con :

Palida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina,

que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios : *Ego autem dico vobis : diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio : *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Gaton que os dará su dístico :

> Donec eris felix, multos numerabis amicos,
> Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera. Si nombráis algun gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotacion, pues podéis poner : *El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Teberinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo : *El rio Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas : tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis á Fonseca *Del amor de Dios,* donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion no hay mas sino que vos procuréis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa

que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta lo Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro : que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos de ellos, no importa nada : y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron : ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología : ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica : ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas : que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo : en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso D. Quijote de la Mancha, de quien hay opinion

por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Y no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
libro, fueres con letu-
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
por ir á manos de idio-
verás de manos á bo-
aun no dar una en el cla-
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-
en Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
que da Príncipes por fru-
en el cual florece un Du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra, que á osa-
favorece la fortu-
De un noble hidalgo Manche-
cantarás las aventu-
á quien ociosas letu-
trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-
alcanzó á fuerza de bra-
á Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hieroglí-
estampes en el escu-
que, cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-

Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-
que D. Álvaro de Lu
que Aníbal el de Carta-
que el Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-.
Pues al Cielo no le plu
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
ní me alegues con filo
porque torciendo la bo-
dirá el que entiende la le-
no un palmo de las ore-
¿para qué conmigo flo-
No te metas en dibu-
ni en saber vidas aje-
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
darles á los que grace-
mas tú quémate las ce-
solo en cobrar buena fa-
que el que imprime neceda-
dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-
Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con piés de plo-
que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida:

Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al ménos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

D. BELIANIS DE GRECIA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Mas que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas di á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante;
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis piés postrada la fortuna
Y trajo del copete mi cordura
Á la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡Ó quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo,
Á Miraflóres puesto en el Toboso,
Y trocara su Lóndres con tu aldea!
¡Ó quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Ó quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú heciste
Del comedido hidalgo D. Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA Á SANCHO PANZA ESCUDERO DE D. QUIJOTE.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio, ya está en uso
La llaneza escudera con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude-
del Manchego D. Quijo-
puse piés en polvoro-
por vivir á lo discre-
Que el tácito Villadie-
toda su razon de esta-
cifró en una retira-
segun siente Celesti-
libro en mi opinion divi-
si encubriera mas lo huma-

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
bisnieto del gran Babie-
por pecados de flaque-
fuí á poder de un D. Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-
que esto saqué á Lazari-
cuando para hurtar el vi-
al cielo le di la pa-

ORLANDO FURIOSO Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Cita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la monarquía,
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mil brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno.
Y ella por vos famosa, honesta y sábia.

DE SOLISDAN Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.

Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habéis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BADIECA Y ROCINANTE

SONETO.

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Anda, señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno sé es de la cuna á la mortaja.
¿Queréislo ver? miraldo esamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R*. No es gran prudencia.
B. Metafísico estáis. *R*. Es que no como.
B. Quejaos del escudero. *R*. No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero, ó majordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

CAPÍTULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme [1], no há mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos [2] los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro

[1] Cervántes no nombró este lugar, pero no se duda que es Argamasilla de Alba, pueblo del priorato de San Juan en la Mancha.

[2] Se acostumbraba en la Mancha, cuando se morian ó desgraciaban por cualquier accidente las ovejas, acecinar la carne para los usos domésticos, y aprovechar las extremidades y aun los huesos quebrantados, de lo cual hacian olla, llamándola segun Pellicer *duelos y quebrantos; duelos* por el que indicaban del dueño del ganado, y *quebrantos* por el de los huesos de las reses.

Esta clase de olla, como ménos sustanciosa y agradable, se permitia comer los sábados en España, á pesar del voto de abstinencia de carnes en este dia hecho con motivo de la victoria de las Navas. Esta costumbre existió hasta mediados del siglo XVIII.

hidalgo con los cincuenta años : era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento : basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos : y de todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas le parecian de perlas : y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito : *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura*. Y tambien cuando leía : *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza*. Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pié de la letra como allí se promete : y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula : mas maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar era D. Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio : y

así del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesválles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reináldos de Montalban, y mas cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuanto en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del imperio de Trapisonda : y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple : mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de média celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana : y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse

deste peligro la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza y sin querer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos [1] que un real y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantùm pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién habia sido ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces: pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar *Rocinante* [2], nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar *D. Quijote*: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *D. Quijote de la Mancha*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin alma. Deciase él: si yo por malos de mis pecados, ó por mi

[1] *Cuarto* significa una moneda pequeña de cobre, y tambien una enfermedad larga que suelen padecer las caballerías en los cascos de piés y manos. De esta doble significacion nace el equívoco y la gracia del presente pasaje.

[2] Quiere decir que el nombre de *Rocinante*, puesto por D. Quijotte á su caballo, indicaba que habia sido *Rocin-antes*, y que continuaba siendo el *ante-rocin* ó primero y mayor rocin de todos los rocines del mundo. Ya se sabe, que la palabra *rocin* significa comunmente un caballo flaco de mala [illegible]ra y poco valor.

buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿ no será bien tener á quien enviarle presentado, y que éntre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida : yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡ Ó cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama ! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos : y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso : nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.

Hechas pues estas prevenciones no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana ántes del dia (pues era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apénas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería ni podia ni debia tomar armas con ningun

caballero : y puesto que lo fuera habia de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño : y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero iba hablando consigo mismo y diciendo : ¿ quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo : dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡ Ó tú, sabio encantador, quienquiera que esas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado : ¡ ó princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje : y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la pri-

mera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada : y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á D. Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero D. Quijote, coligiendo por su huída su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro con gentil talante y voz reposada les dijo : non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria , mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que D. Quijote vino á correrse, y á decirles : bien parece la mesura en las fermosas,

y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de ál [1] que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo : si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho [2] (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo D. Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió : para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla [3], aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó paje. Y así le respondió : segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar : y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto fué á tener del estribo á D. Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como D. Quijote decia, ni aun la mitad : y acomodándole en la caballeriza volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar : y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran

[1] *Al* es el *aliud* latino (otro).
[2] Es lo contrário : quiso decir *fuera ó á excepcion del lecho.*
[3] Castellano significa el *natural de Castilla*, y tambien el *alcaide* ó *gobernador del castillo*. Mas para entender el texto, es menester saber que, en el idioma de germanía, *sano de Castilla* significa *ladron disimulado*.

algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera D. Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,

Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y D. Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre ántes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió D. Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas

y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la órden de caballería.

CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió D. Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riaran, Compas de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo [1], y

[1] Especie de mapa picaresco de España, donde se marcan los principales parajes á que solia concurrir la gente perdida y vagabunda.

otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traía dineros: respondió D. Quijote que no traía blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. Á esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trajeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas [1] por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante,

[1] Bien *herradas* es bien *provistas de dinero.*

esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes : y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones recebidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas cuando ménos se pensase. Prometióle D. Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura fuéronselo á mirar desde léjos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de D. Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo : ó tú quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), ántes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo : acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece : no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo : y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar D. Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro.

Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada dijo : ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien D. Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno : tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian : y así por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese : y así llegándose á él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna ; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria : que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó D. Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas se vino adonde D. Quijote

estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y disorecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora : Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. D. Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera : á la cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas aunque con mas breves palabras respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir á la buena hora.

CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba seria cuando D. Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escu-

dero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con esto pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo. No habia andado mucho cuando le pareció que á su diestra mano de la espesura de un bosque que allí estaba salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apénas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desataldo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debia su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta D. Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase si no queria morir por

ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, mas? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced. señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros como tengo dicho un real sobre otro y aun sahumados [1]. Del sahumerio os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis mas que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con mas véras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díjole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres, y como que andará vuestra merced

[1] Es decir, perfumados, en demostracion de que se dan con alegría y buena voluntad.

acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades; pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino jurando de ir á buscar al valeroso D. Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas [1]; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea diciendo á média voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recebió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apénas los divisó D. Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le parció venir allí de molde

[1] *Setena* significa el *siete tantos*. *Pagar con las setenas*, expresion metafórica tomada de lo judicial, significa pagar superabundantemente el perjuicio ó agravio que se hizo

uno que pensaba hacer; y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oír levantó D. Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones y á ver la extraña figura del que las decia; y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decís, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó D. Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengáis uno á uno como pide la órden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso por complacer á vuestra merced diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió D. Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atre-

vido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamas pudo : tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo : non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovínos y del marqués de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montaña : historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y así con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque :

¿Dónde estás, señora mia,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

Ó noble marqués de Mantua,
mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. D. Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua su tio, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo: y apénas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo. señor Quijada (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida, pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo bien pensativo de oir los disparates que D. Quijote decia; y no ménos iba D. Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto olvidándose de Baldovinos se acordó del moro Abindarráez cuando el alcaide de Antequera Rodrigo de Narváez le prendió y llevó preso á su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia

á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leido la historia en la Diana de Jorge de Montemayor donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo por excusar el enfado que D. Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: sepa vuestra merced, señor D. Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mi! que yo no soy D. Rodrigo de Narváez ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quién soy, respondió D. Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció entró en el pueblo y en casa de D. Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de D. Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: sepa, señor maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria y que-

daba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife [1], un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces : abran vuestras mercedes al señor Baldovínos y al señor marqués de Mantua que viene mal ferido [2], y al señor moro Abindarráez que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo : ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo : llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sábia Urganda que cure y cate de mis feridas. Mira en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mi bien mi corazon del pié que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos qne se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura : ¿ jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á D. Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolas, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

[1] La sobrina equivocó el nombre de este encantador, diciendo *Esquife* en lugar de *Alquife*.

[2] El labrador Pedro Alonso equivoca la historia y los personajes, porque el mal ferido no fué el marqués, sino su sobrino Baldovinos. Quizás Cervántes lo haria así de intento.

CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana : entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo : tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores : mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama : tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos fué los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el cura : parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y asi me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está juntó á él. Es, dijo el barbero, *las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre : tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Ama-

dis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *D. Olivante de Laura*. El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardin de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero ó por decir mejor ménos mentiroso : solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo : al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *el Caballero Platir*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca vénia; acompañe á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *el Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cauz está el diablo : vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro dijo : este es *Espejo de Caballerías*. Ya conozco á su merced, dijo el cura : ahí anda el señor Reináldos de Montalban con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpétuo siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo.Ni aun fuera bien que vos le entendiérados, respondió el cura, y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieron volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo

que se ha de hacer dellos, escetuando á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesválles*, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por causa muy acertada por entender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva* y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Inglaterra*, lo cual visto por el licenciado dijo : esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve come á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas : la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *D. Belianis*, Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren así se usará con éllos de misericordia ó de just.cia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los piés del barbero que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia : *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡ que aquí esté Tirante el Blanco ! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está D. Quirieleison de Montalban valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los

amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo : aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho. Así será, respondió el barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería sino de poesía : y abriendo uno vió que era *la Diana de Jorge de Montemayor*, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género) : estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sábia Felicia y de la agua encantada, casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *la Diana*, llamada *Segunda del Salmantino;* y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es, *Gil Polo*. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo : y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *los Diez Libros de fortuna de Amor* compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta sardo. Por las órdenes que recebí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmelo acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbaro prosiguió diciendo : estos que se siguen son *el Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henáres*, y *Desen-*

gaño de zelos. Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar. Este que viene es *el Pastor de Fílida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de várias poesías*. Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas : menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene : guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *el Cancionero de López Maldonado*. Tambien el autor desde libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta : algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿ Pero qué libro es ese que está junto á él? *la Galatea de Miguel de Cervántes*, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervántes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada : es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos : *la Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austríada de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y el Monserrat de Cristóbal de Virues*, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *las Lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto comenzó á dar voces D. Quijote diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos *la Carolea* y *Leon de España,* con los hechos del emperador, compuestos por D. Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á D. Quijote ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura le dijo: por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo D. Quijote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalban si en levantándome deste lecho no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así; diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entónces para el mal de su amigo fué que le murasen y tapiasen el apo-

sento do los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo : ¿qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí so partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordámos á mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria : dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede : y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡O sobrina mia! respondió D. Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta : primero que á mí me trasquilen tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero sobre que él decia que la

cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó D. Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote órden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba ducho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco D. Quijote imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer ni D. Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viaje que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol no les fatiga-
Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra ...d, señor caballero andante, que no se le olvide lo que ... ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar

por grande que sea. Á lo cual le respondió D. Quijote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches les daban algun título de conde, ó por lo ménos de marqués de algun valle ó provincia de poco mas ó ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo ménos Juana Gutiérrez mi oislo vendria á ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo,

de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras : ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver aunque estaba ya bien cerca lo que eran, ántes iba diciendo en voces altas : non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por D. Quijote dijo : pues aunque mováis mas brazos que los del gigante Briareo [1] me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podia menear : tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡ Válame Dios ! dijo Sancho : ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza : cuanto mas que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento : tal es la enemistad que me tiene ; mas ~~al cabo~~ al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar tornó á subir sobre Rocinante que medio despaldado estaba, y hablando en la pasada aventura siguieron el camino del puerto

[1] El gigante Biareo, que segun la fábula tenia cien brazos y cincuenta vientres, fué uno de los Titanes que combatieron contra los dioses, y fué sepultado con sus compañeros debajo del monte Etna, cuyas explosiones se creían ser los gemidos de los gigantes que allí yacian.

Lápice, porque allí decia D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero le dijo : yo me acuerdo haber leido que un caballero español llamado Diego Pérez de Várgas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Várgas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apénas podrán ser creidas. Á la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leido cosa en contrário en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entónces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados entre-

tenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió D. Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones asomaron por el camino dos frailes de la órden de S. Benito caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella aunque iban el mismo camino; mas apénas los divisó D. Quijote cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de S. Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no

sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de D. Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote: y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido, y sin detenerse un punto tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa Doña

Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habéis recebido no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que D. Quijote decia escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para D. Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera: anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno. Entendióle muy bien D. Quijote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaíno: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages [1], respondió D. Quijote; y arrojando la lanza en el suelo sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinacion de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á D. Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. D. Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaíno, que así le vio venir contra

[1] Fórmula de amenaza, que era comun entónces en España. Agrages fué sobrino de la reina Elisena, madre de Amadis de Gaula, en cuya historia se hace mencion de sus hazañas.

él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote, y así le aguardó bien cubierto de su almohada sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, D. Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de D. Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen : y así con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejámos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban por lo ménos se dividirian de arriba abajo y abririan como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas; cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno

dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías por mas escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de zelos*, y *Ninfas y Pastores de Henáres*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español D. Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginadad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quijote de contínuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia : aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana [1] de Toledo llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caractéres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado [2] que los leyese; y no fué muy dificultoso

[1] *Alcana* es voz derivada del hebreo, y significa *feria ó mercado*.

[2] Es decir, algun morisco que se explicase en castellano y pudiese servirle intérprete; porque *aljamia* era el castellano chapurrado que hablaban los Moros, así como *algaravia* era el arábigo que hablaban los Cristianos.

hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él se comenzó á reir: preguntéle que de qué se reia y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion: díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa dijo: está, como he dicho, aquí en el márgen escrito: *esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano par salar puercos que otra mujer de toda la Mancha.* Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de D. Quijote. Con esta imaginacion le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano dijo que decia: *Historia de D. Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo* [1]. Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recebí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de D. Quijote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de D. Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta: tenia á los piés escrito el vizcaino un título que decia: *D. Sancho de Azpeitia* que sin duda debia de ser su nombre, y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: *D. Quijote:* estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á él estaba

[1] *Cide*, tratamiento de honor, equivale á *señor*: *Hamete* es nombre comun entre Moros, y *Benengeli* quiere decir *hijo del Ciervo*, *Cerval* ó *Cervanteño*, y así se designó á sí mismo Cervántes, que habiendo residido cinco años en Argel no pudo ménos de adquirir algunos conocimientos del idioma comun del país.

Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo que decia : *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio : cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor ántes que por falta del sujeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo : tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrário, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡ Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego viéndose parar de aquella manera ! No se diga mas sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos con tal furia descargó sobre el vizcaíno acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, co-

menzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como lo vió caer saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, si no que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal segun estaba ciego D. Quijote si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual D. Quijote respondió con mucho entono y gravedad : por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que D. Quijote pedia y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y ántes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó y le dijo : sea vuestra merced servido, señor D. Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ín

sulas en el mundo. Á lo cual respondió D. Quijote : advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja ménos : tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así D. Quijote teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo : paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la santa Hermandad [1] y nos prendan, y á fe que si lo hacen que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo D. Quijote; ¿y dónde has visto tú ó leido jamas que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió D. Quijote, que yo te sacaré de la manos de los Caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero díme por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no lo he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho : lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió D. Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se

[1] Tribunal severísimo, establecido por los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel el año de 1476 para perseguir, juzgar y castigar los delitos cometidos fuera de poblado, y que subsistia, aunque con notables variaciones, en tiempo de Cervántes.

ahorraran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así cuando yo le haga y te le dé no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza ántes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió D. Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió D. Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo: yo hago juramento al criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovínos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho le dijo: advierta vuestra merced, señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió D. Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza: pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le

costó á Sacripante [1]. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia : si no, dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿qué hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dijo D. Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella [2]. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió D. Quijote : hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman sea de aquello que hallaren mas á mano : y esto se te hiciera cierto si hubieras leido tantas historias, como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando

[1] Segun cuenta Ariosto, el desgraciado fué Dardinel de Almonte, que murió peleando con Reináldos de Montalban, á quien habia dado inútilmente en el yelmo que llevaba y habia ganado al rey Mambrino.

[2] Agrican, rey de Tartaria, puso sitio, con un ejército de dos millones de soldados de diferentes naciones, á Albraca, castillo fortísimo en las partes mas remotas del Asia en el imperio del Catai (la China), con el intento de apoderarse de Angélica, que se habia encerrado en él.

lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces : así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó D. Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos que ellos conocian y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traía comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida : subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí : que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormir al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á D. Quijote que se sentase sobre un dor-

najo que vuelto del reves le pusieron. Sentóse D. Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo : porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho : que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo ya lleno ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las

robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseían. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje [1] aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con

[1] *La que no está escrita, sino que se pone al juez en la cabeza, y sin haber texto ni doctor á quien arrimarse, la ejecuta.* Así dice Covarúbias en el artículo *Encajar.* (*Tesoro de la lengua castellana.*)

todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mi y á mi escudero : que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonaminoto á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar D. Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo : para que con mas véras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo : de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música : hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar diciendo desta manera :

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo;
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lúnes
lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo :
tal piensa que adora un ángel,
y viene á adorar á un gimio :
Merced á los muchos dijes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse ;
volvió por ella su primo :
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo;
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
por el santo mas bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque D. Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió D. Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó D. Quijote, pero acómodate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase, y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote.

Estando en esto llegó otro mozo de los que les traían de aldea el bastimento, y dijo: ¿sabéis lo que pasa en el lugar compañeros? ¿Cómo lo podemos saber? respondió uno d ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañan aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y s murmura que ha muerto de amores de aquella endiablad moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella qu se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Mar cela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero; es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrase en el campo como si fuera moro, y que sea al pié de la peñ donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fam

(y él dicen que lo dijo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo [1] dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo ménos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedró. Y D. Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y qué pastora aquella. Á lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote. Mas Pedro no reparando en niñerías prosiguió su cuento diciendo: asimesmo adevinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil. Estéril queréis decir, amigo, dijo D. Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en este podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo D. Quijote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Am-

[1] Se daba antiguamente el nombre de *abades* á los *curas*, y todavía se les da en algunas partes de España, señaladamente en Galicia.

brosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansi en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros : de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto ; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denántes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza ; quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viváis mas años que Sarna. Decid Sarra [1], replicó D. Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro ; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dijo D. Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije ; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra ; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada mujer que hubo en todos estos contornos : no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo sacerdote y beneficiado en

[1] El pastor llamaba *Sarna* á la mujer de Abrahan, y D. Quijote le corregia este vocablo como ya le habia corregido otros. En el dia se dice *Sara* y no *Sarra*, la cual vivió ciento y diez años, y fué madre en edad muy avanzada.

nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija : y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura : y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dijo D. Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora : y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el trajo de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun recogimiento, que

por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menos cabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco [1]. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embebecido y trasportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse média legua. En cuidado me lo tengo [2], dijo D. Quijote, y

[1] Se llamaba entónces *trabuco* una máquina militar con que se lanzaban piedras en defensa y ofensa de las fortalezas. En el dia *trabuco* es una escopeta corta de mucho calibre.

[2] Es decir, *ya estoy en ello, así pienso hacer*.

agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narracion de tan sabroso cuento. ¡Ó! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrário accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apénas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á D. Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondio Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que

aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores y que por haberles visto en aquel tan triste traje les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera : que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á D. Quijote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondio D. Quijote : la profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera : el buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyeron esto cuando todos le tuvieron por loco ; y por averiguarlo mas, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguutar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. ¿No han vuestras mercedes leido, respondió D. Quijote, los anales é historias de Inglaterra donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey fué instituida aquella famosa órden de caballeria de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de D. Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de :

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónces de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el

valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicámos y oímos al invincible y valeroso caballero D. Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me deparare en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dijo : parécemc, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan neeesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, qne el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir ni me pasa por pensamiento que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por-

qué[1] de su sangre y de su sudor: y que sí á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego sin mas ni mas á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrário de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera qne las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto mas que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto histo-

[1] *Buen porqué es gran cantidad ó gran porcion.*

ria donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos no seria tenido por legítimo caballerio, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que D. Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro D. Quijote: señor, una golondrina sola no hace verano, cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como D. Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro D. Quijote y dijo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió D. Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni ménos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas

y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje aunque moderno tal, que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso Cervino [1] al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia : *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replicó D. Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro D. Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas que á lo que despues pareció eran cuál de tejo y cuál de cipres. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros dijo : aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con algunos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego D. Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro : mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo

[1] Hijo del rey de Escocia, capitan de la gente de guerra enviada por su padre al socorro de Paris, cercado por el rey Agramante.

él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí en memoria de tantas desdichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes prosiguió diciendo : ese cuerpo, señores que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido, adoró, fué desdeñado, rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César si consintiere que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano [1], dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestre enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida : de la cual lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así

[1] Virgilio al morir mandó que se quemase su Eneida, porque no habia acabado de limarla; pero sus testamentarios y amigos Tuca y Vario, apoyados en la voluntad de Augusto, no lo consintieron.

de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordámos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban: viendo lo cual Ambrosio dijo: por cortesía consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.* Oyólo Ambrosio y dijo: ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veáis, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seáis oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oído
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable,

Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contarla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas :
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;
Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano :
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha :
Matan los zelos con rigor mas fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte.
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto :
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza :
Ni yo desesperado la procuro;
Ántes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas,
¡Ó amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Ó en el reino de amor fieros tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos,
Dáme, desden, una torcida soga :

¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
  Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
  Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
Á la de amor antigua tiranía.
  Diré que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene,
  Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
  Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco:
  Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:
  Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
  Ántes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
  Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
  Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
  Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
  Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
  Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Ántes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

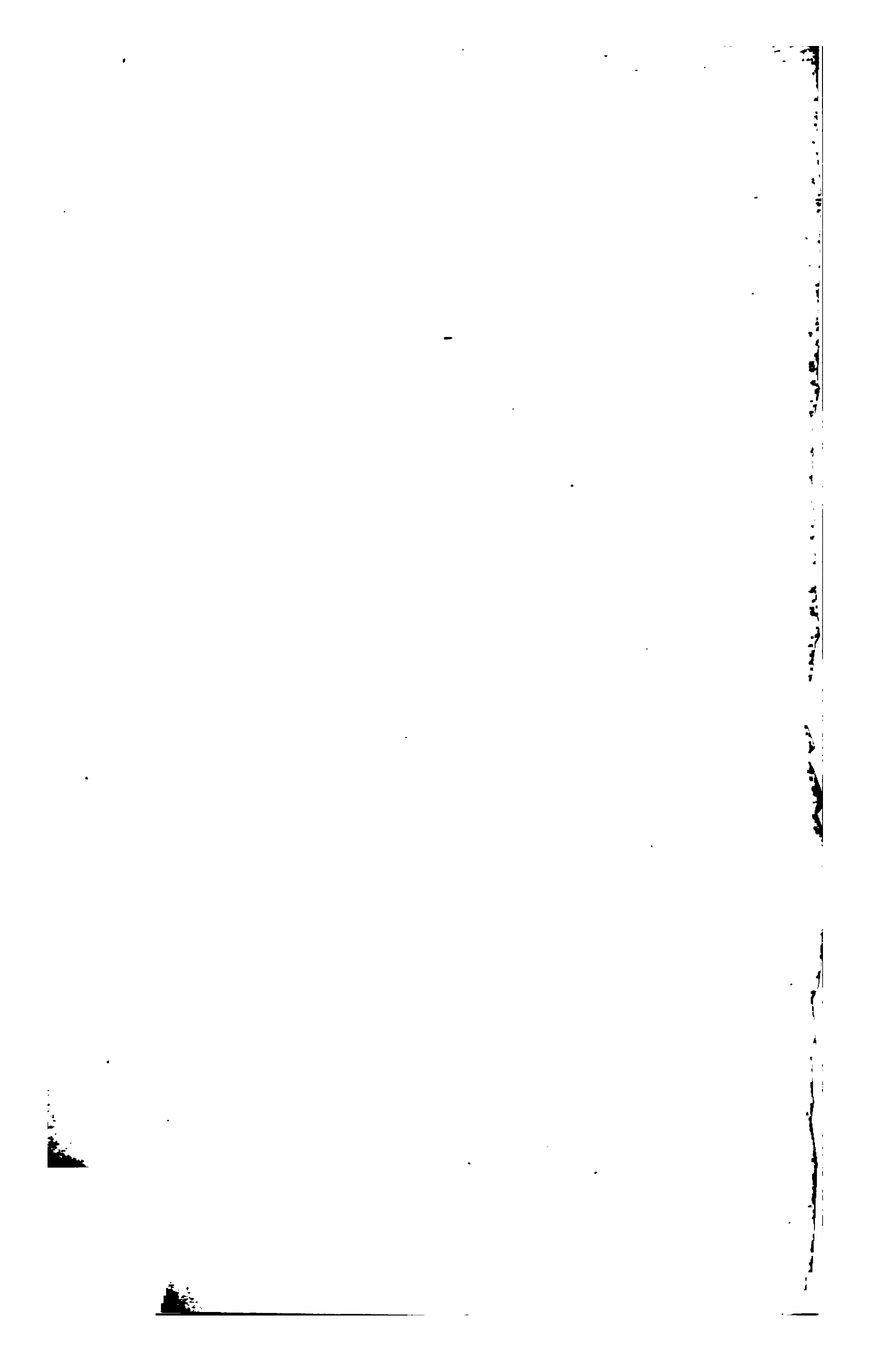
Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagáis desa duda es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdoñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio cuando con muestras de ánimo indignado le dijo: ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dínos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera que sin ser poderosos á otra cosa á que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis decís y aun queréis que esté yo

obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y mas que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria en andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habrian de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y segun yo he oido decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto mas que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso; pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que ántes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozase el



.... Por cima de la peña..... pareció la pastora Marcela.

P. 63



fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura : y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa ; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido : mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase, de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama ingrata no me sirva, el que desconocida no me conozca, quien cruel no me siga : que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme : ni quiero ni aborrezco á nadie : no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene : tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é inteligibles voces dijo : ninguna persona de cualquiera estado y condicion que sea se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion

mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fué pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses [1], de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibiéronle con las herraduras y con los dientes de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelóta; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le dirribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros sino gente soez y de baja ralea: dí-

[1] Hacas galicianas es lo mismo que *jacas gallegas*, de poca alza, pero de muchas fuerzas y á propósito para la arriería, por cuya razon se servian de ellas los yangüeses, naturales del pueblo de Yánguas en la provincia de Segovia

golo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento; replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dijo: señor D. Quijote, ah señor D. Quijote. ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió D. Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero D. Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estéis advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú

mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo : tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo : señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar : así que séalo á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo le respondió : quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrário, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué seria de ti si ganándola yo te hiciese señor della ? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío : porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura ; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera no tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice ; mas yo le juro á fe de pobre hombre que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento : jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas ? Aun las tuyas, Sancho, replicó

D. Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni ménos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron ántes y despues en diversas calamidades y miserias, porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de doscientos azotes con las riendas de su caballo atado á una coluna de un patio, y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los piés en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de piés y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero; así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos, porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quién dió con ella. Digo esto porque no pienses que puesto que quedámos desta pendencia molidos, quedámos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apénas puse mano á mi tizona cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista

de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó D. Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió D. Quijote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que á lo que que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salímos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo D. Quijote: dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis feridas. Y mas que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió D. Quijote: las feridas que se reciben en las batallas ántes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo D. Quijote, cuando no pueden mas, ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadis cuando llamándose Beltenébros se alojó en la peña pobre ni sé si ocho años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra

desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y veinte péseles y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante y llevando al asno del cabestro se encaminó poco mas á ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de D. Quijote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caída de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á D. Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen paracer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de D. Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas ta-

blas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritórnes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritórnes. D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues cómo vos siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor D. Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando le la mano á la ventera le dijo: creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo

no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecéroslo miéntras la vida me durare; y plugiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritórnes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritórnes curó á Sancho, que no ménos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de D. Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y un manta que ántes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan raras, no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apénas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, por malicia ó ignorancia lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*; ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso se tendió en sus enjalmas, y se dió

á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus costillas, y D. Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y dezcalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero; pero apénas llegó á la puerta cuando D. Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirádola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en algun manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo habia leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre higaldo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, as cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero;

ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz amorosa y baja le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintio, estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y D. Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los piés mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiéndola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciéndo: ¿adónde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto depertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritórnes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño, el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo se abrazó con Marítórnes, y comenzaentre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del

mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cuál andaba su dama, dejando á D. Quijote acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á escuras dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja [1] de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su média vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa Hermandad; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo D. Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las

[1] Se llamaba así para distinguirla de la nueva, que fué la que fundaron los Reyes Católicos á fines del siglo XV: la vieja existia ya en el XIII.

estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¿Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió D. Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber..... mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó D. Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió D. Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo D. Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía; y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡qué de su gallardo entendimiento! ¡qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte que estoy peor que ayer cuando los arrieros por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado; pero dígame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura habiendo quedado della cual quedámos? Aun vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.

¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió D. Quijote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo D. Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo : señor ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió D. Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver déjanse sentir, dijo Sancho : si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote ; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole : pues ¿cómo va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió D. Quijote, si fuera que vos : ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras salióse luego, y Sancho Panza dijo : sin duda, señor, que este es el moro escantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió D. Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos ; levántate Sancho si puedes, y llama al alcaíde desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo : señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por as manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el caudrillero tal oyó túvole por hombre falto de seso ; y porpue ya comenzaba á amanecer abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre que-

ria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido casi média azumbre, y apénas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco ménos que su amo. Es pues el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así D. Quijote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera

de enea sobre quien se habia vuelto á echar ni la manta de angeo con que se cubria fueron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida: duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero D. Quijote, que como se ha dicho se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser de dolor que sentia en las costillas, á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida: si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recebí de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó D. Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió D. Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrário) que jamas pagaron posada ni

otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió D. Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido no pagaria un solo cornado aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla [1], gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenia por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el misero manteado daba fueron tantas que llegaron á los oídos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada la rodeó por ver si hallaba por donde

[1] *Heria* (jeria) de Sevilla, pronunciacion propia del país por *feria*. Se ndian en ella muebles y trastos, unos nuevos y otros viejos, todos los éves en cuyos dias era la feria de aquella ciudad.

entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritórnes viéndole tan fatigado le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: ¿por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léjos de cristiana. Así como bebió Sancho dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó ménos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió D. Quijote le dijo : ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿ qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo : así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo en [illegible] estuvo que en encantamentos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando [illegible] cabo ~~al cabo~~ nos han de traer á tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pié derecho; y lo que seria mejor [illegible] mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y [illegible] entender en la hacienda, dejándonos de andar de zeca en meca y de zoca en colodra [1], como dicen. ¡ Qué poco sabes Sancho, respondió D. Quijote, de achaque de caballería calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio : si no dime ¿ qué mayor contento puede haber en el mundo, ó q[illegible]

[1] La expresion de *andar de ceca en meca* sirve para denotar la vag[illegible]cia de los que andan de una parte á otra sin objeto preciso y deter[illegible]nado; y *andar de socos en colodros* significa salir de un peligro y en[illegible] en otro mayor.

gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la dèl vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con média oreja y média celada ménos; que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el menteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis cuando se llamaba *El caballero de la ardiente espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha cortaba como una navaja, y no habia armadura por fuerte y encantada que fuese que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos [1]. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero cuando vió D. Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contrária se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas

[1] *Duelos* son aflicciones, pesadumbres, trabajos, calamidades. *Papar*, hablando familiarmente es *tragar*, *engullir*. *Que se los papen duelos*, expresion en los que hacen poco caso de los males ajenos.

batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba D. Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió D. Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo D. Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dijo D. Quijote; lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no lo trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas, que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veía ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido

Micocolembo, gran duque de Quirocia : el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice : *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina hija del duque Alfeñiquen del Algarbe : el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique : el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así : *Rastrea mi suerte.* Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo : á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones : aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Númidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros en el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas

dehesas del tortuoso Guadiana, celebra lo por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno le dijo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo ménos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otro cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor D. Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró; ¡qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió D. Quijote, ántes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de véras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes decia: ¿adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante llegó otra almendra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer : viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole : ¿no le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo : sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas : si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo : sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomita las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho

á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole D. Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dijo: sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal y el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas. ¿Cómo no? respondió Sancho; ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ¿Qué te faltan las alforjas, Sancho? dijo D. Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos qué comer hoy, replicó D. Quijote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió D. Quijote, tomara yo ahora mas aína un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo D. Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así, como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí y pro-

curemos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios. hijo, dijo D. Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dáme acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: ¿cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y média; y en la de arriba ni média ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho; y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no

me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote : basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen; y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo : tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y miéntras mas se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote, el cual animándose un poco dijo : esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornaron

á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de cuartana, y creció mas el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban : iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo : lo contrário le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros : figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo : deteneos, caballeros, quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis, que segun las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís; y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno dijo : deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los piés dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer el encamisado comenzó á denostar á D. Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en

noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo envueltos y revueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover, así que muy á su salvo D. Quijote los apaleó, á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí : sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo cual respondió el caido : harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada : suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo D. Quijote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denántes dije, que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcovéndas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Desa suerte, dijo D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto ; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara : y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todo los dias de su vida, y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviad para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que va buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijot suceden de un mismo modo : el daño estuvo, señor bachill Alonso López, en venir como veníades de noche, vestidos c aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, c

biertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo. y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andaza me ha dado me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo D. Quijote, ¿ y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dio luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traían aquello buenos señores bien hassecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego cargó su jumendo, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho : si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales lo puso, diráles vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Cabellero de la Triste Figura*. Con esto se fué el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho qué le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto : y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados : cuál se llamaba *El de la Ardiente Espada*, cuál *El del Unicornio*, aquel *de las Doncellas*, aqueste *El del Ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar cuando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le

llamarán *El de la Triste Figura;* y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que,como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escu lo ó rodela como habia imaginado, y díjole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: si quis suadente diabolo,* etc. [1], aunque sé bien que no puse, las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quién respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestigios del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su santidad el papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller se fué, como queda dicho sin replicarle palabra. Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintio Sancho diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en que entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de piés, y como dicen váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno rogó á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucediόles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

[1] Cervántes aludiria al decreto, que empieza así, del Concilio de Trento, relativo á *cosas sagradas*, sino á *personas sagradas*.

CAPÍTULO XX

De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos dónde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba : alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo : digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido, de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon y dijo : Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse : yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos : yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan

las mas claras que ellos ficieron : bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos ; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras ; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra : así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle : señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan emerosa aventura : ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias ; y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes : cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él : así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro ; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto : y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla : yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no ménos ; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano : por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado ; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, por-

que la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la média noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero : y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza : lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante; de manera que cuando D. Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo : ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo : pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo D. Quijote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto ; y llegándose á él puso la una mano en el

arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartar del un dedo : tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole D. Quijote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido : á lo que Sancho dijo que sí hiciera si le dejara el temor de lo que oia ; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento que ya comienzo : érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar ; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice : *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias : dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió D. Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿ Luego conocístela tú ? dijo D. Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuendo lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo : así que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado ; y fué

tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas : la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mujeres, dijo D. Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece : pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal : la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde léjos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no se qué botecillo de mudas para la cara ; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas ; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba : entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra : tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél : sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver : con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo D. Quijote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió D. Quijote. Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta ; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió D. Quijote ; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo D. Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi ma-

dre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió D. Quijote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo D. Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo D. Quijote y dijo: ¿qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado: mas como D. Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apénas hubieron llegado cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho: ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca?

En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió D. Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió D. Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada briose, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues D. Quijote que ya Rocinante se movia lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temorosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura : sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante; y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias : tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido y por lo ménos cristiano viejo : cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pié, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo

andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua : al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole D. Quijote se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote vió lo que era enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse : y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga : has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro : yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues D. Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo : sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burláis no me burlo yo, respondió D. Quijote.

Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? á lo ménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió D. Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo D. Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco; mia en que no me dejo estimar en mas: sí que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de D. Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir,

Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero : así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro : las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho ; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañir. No creo yo, respondió D. Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced ; y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo ; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dijo Sencho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced ; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó D. Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento D. Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió D. Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apénas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo : paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, ecialmente aquel que dice : donde una puerta se cierra

otra se abre: dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche: digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino [1] sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó D. Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, trasdor escrupuloso? dijo D. Quijote: díme, ¿no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo D. Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo D. Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y caballero que D. Quijote veía, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traía una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde média legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y yelmo de oro: que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos: y cuando

[1] Yelmo encantado que ganó Reináldos de Montalban matando al rey Mambrino que lo llevaba, y que usó despues en varios combates.

él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo: defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento: dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos dijo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí; y dándosela á su amo se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo D. Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron la alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo D. Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le

hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberlo menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto D. Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene; aquí dió un suspiro y le puso en las nubes; y dijo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras; pero yo sé de qué calidad fueron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo D. Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió D. Quijote, y en caso de duda hasta estar mejor informado digo que los trueques si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona no los hubiera menester mas; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los

batanes sin volver la cara á mirallos, tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto; que cortada la cólera y aun la malencolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía : con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando dijo Sancho á su amo : señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograse. Díla, dijo D. Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpétuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen; y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento : que visto esto del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpétua memoria : de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderilles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió D. Quijote; mas ántes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobacion buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo : este es el Caballero del Sol ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas : este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecien-

tos años : así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir : ea sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recebir á la flor de la caballería que allí viene, á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar : sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos : desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra ; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto : venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella : levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo : mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte : y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha : darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face : y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia : suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho

porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubie[r]tos por la honra de su señora : finalmente la infanta volver[á] en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, [el] cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágri[mas] : quedará concertado entre los dos del modo que se ha[n] de saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la prince[sa] que se detenga lo ménos que pudiere : prometérselo ha con muchos juramentos : tórnale á besar las manos y desp[í]dese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar l[a] vida : vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, n[o] puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de ma[ñana], vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta, diciéndole, habiéndose despedido de los dos, que la señor[a] infanta está mal dispueta, y que no puede recebir visita : piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasel[e] el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de s[u] pena : está la doncella medianera delante, hálo de notar tod[o], váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, [y] le dice que una de las mayores penas que tiene es no sab[er] quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no : ase[gura] la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentilez[a] y valentía como la de su caballero sino en sujeto real [y] grave : consuélase con esto la cuitada, y procura consolars[e] por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de do[s] dias sale en público. Ya se es ido el caballero ; pelea en l[a] guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas : vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios, no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es ; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran aventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa : muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado : casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura*. No lo dudes, Sancho, replicó D. Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores : solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por

otras partes, que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podia hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinietos sueldos [1]; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo, unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podria ser yo destos que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser: y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor cuadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: dígolo porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella, pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo D. Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la

[1] Las leyes del Fuero Juzgo, que rigieron en España desde su establecimiento en el período de la dominacion goda hasta entrado el siglo XIII, y se repitieron en Fueros posteriores, imponian 500 sueldos de pena á los que hacian perjuicio ú ofensa grave á personas nobles, las cuales percibian esta multa en indemnizacion del agravio.

suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió D. Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo D. Quijote, y cuando no lo fueras no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo D. Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. ¿Qué hay mas, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa? y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de grande. ¿Pues cómo sabes tú, preguntó D. Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras dél: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo D. Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde. Así será, respondió D. Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que D. Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pié ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pié : los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dijo : esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó D. Quijote : ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó D. Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y D. Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia : añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo : aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leellas : vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia que D. Quijote se tomara aunque no se la dieran,

se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondió que por enamorado. ¿Por eso no mas? replicó D. Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias há que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad : fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó D. Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico : mas respondió por él el primero, y dijo : este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió D. Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dijo D. Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dijo D. Quijote ; mas una de las guardas le dijo : señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento : á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones : porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió D. Quijote, el cual pasando al tercero preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo : yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo D. Quijote, por libraros de sa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester : dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zoco-

dover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo D. Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida, y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco mas á ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha: quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello; algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad, Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para

dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no ménos sino con mucha mas gallardía que el pasado: yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime a pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traía una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó D. Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo D. Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le

pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo D. Quijote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren : lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó D. Quijote. *La Vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó D. Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habéis estado en ellas? dijo D. Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo D. Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su majestad manda : si no, por vida de... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta [1], y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas ; mas D. Quijote se puso en medio, y le rogó

[1] Alusion á algun incidente ocurrido los dias anteriores durante el viaje de los galeotes en alguna venta, y en que era culpable el comisario. Hé aquí *manchas hechas en la venta*, con cuya manifestacion podia amenazar un galeote al comisario.

que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua ; y volviéndose á todos los de la cadena dijo : de todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades : todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores ; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres : cuanto mas, señores guardas, añadió D. Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros ; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello : pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros ; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario : bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato : los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo : váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese esa bacía que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió D. Quijote ; y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento ; pero volviendo sobre sí pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á D. Quijote que con mucho sosiego los aguardaba ; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran procurando

romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo D. Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo : de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud : dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recebido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir dónde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo : lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca : lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. Pues voto á tal,

dijo D. Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamáis, que habéis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad) viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien D. Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apénas hubo caido cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las médias calzas le querian quitar si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad; D. Quijote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan malparado D. Quijote dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro

mayor; porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos [1]. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo D. Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo no solamente á la santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete mancebos, y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió D. Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba,

[1] La muerte que las leyes de la santa Hermandad imponian á los malhechores, era de saeta, y la pena se ejecutaba en el campo, dejando allí los cadáveres atados al palo, para escarmiento de los que quisiesen imitarlos. El sonido de las saetas disparadas era el zumbido que á Sancho le parecia oir. La reina católica Doña Isabel dispuso, que ántes de asaetar á los reos, se les diese garrote para excusarles la prolongacion del tormento.

y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron que de la cadena por virtud y locura de D. Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á D. Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese se halló bien léjos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio, el cual viendose sin él comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hojos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís [1] que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa. D. Quijote, que vió el llanto y supo la cáusa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacia, el cual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y

[1] Venian á ser 70 de los nuestros, cuyo jornal ganaba entónces el rucio.

vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, qué fué necesario que Sancho se apease á tomarlos [1], y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho; y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por D. Quijote dijo: paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo D. Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndolé alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: ¿pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

[1] Cervántes se olvidó aquí del robo del rucio.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí? dijo D. Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sino Fili, respondió D. Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió D. Quijote, y verásio cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja D. Quijote, y dijo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió D. Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo D. Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

« Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte
» donde ántes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte,
» que las razones de mis quejas. Desecháste me ¡ó ingrata!
» por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas
» si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo
» dichas ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó
» tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí
» que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Qué-
» date en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que
» los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque
» tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome ven-
» ganza de lo que no deseo. »

Acabando de leer la carta dijo D. Quijote: ménos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que D. Quijote pasaba el libro pasaba Sancho la maleta sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halla

mas de lo hallado dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza : figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos, y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes : traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura : y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y así mandó á Sancho que se apease del asno [1], y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que

[1] Cervántes se olvidó tambien aquí del robo del rucio.

vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió : harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el rey me hacia franco. Engáñaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos : y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo; y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte : y habiendo rodeado parte de la montaña hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos, que quién les habia traido por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba dijo : apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar : díganme ¿han topado por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no léjos deste lugar hallámos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto : que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra : allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses poco mas á ménos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula

que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijímosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis média legua mas adentro quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalámos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entónces nunca mas le vimos hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallámos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apénas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entónces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos

en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo : ¡ ha fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño : y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille : por esto conjeturámos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido : todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas : y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinámos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que visteis pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le habia dicho D. Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra); el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle; pero hízolo mejor la suerte



El otro..... le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote...

P. 137.

de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de léjos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca vió D. Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. D. Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á D. Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: por cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os su-

plico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona; y juro, añadió D. Quijote, por la órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado le dijo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba, y en tanto que comia ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á D. Quijote el cuento que le habia contado su escudero cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto prosiguió diciendo: esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y miéntras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se lo prometió en nombre de los demas y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linaje noble, mis padres, ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza, que para

remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme : tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia : á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que cuando pasaran adelante no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas : creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡ Ay cielos, y cuántos billetes la escribí ! ¡ cuán regaladas y honestas respuestas tuve ! ¡ cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encondidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad ! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice : á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese; y con este intento luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba: y al tiempo que entré en un aposento donde estaba le hallé con una carta abierta en la mano, la cual ántes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo : por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida que á mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde

él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque; y dá gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez dé buen criado á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y así por divertirme y engañarme me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia que el ausentarse por algunos meses, y que queria que la ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que

es madre do los mejores del mundo. Apénas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labrodora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor : quiero decir, que así como D. Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de véras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase : venímos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debia encubrir nada : alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada : cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos : vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas las puso en olvido : enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura : y para encenderle mas el deseo (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veía con cuán justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á rezelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos : cosa que despertaba en mí

un no sé qué de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda, pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.... No hubo bien oido D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo : conque me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda : así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de D. Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura, pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura mas en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores : y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interrumper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna : así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo : no se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrário entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy gran malicia, ó bella-

quería por mejor decir: la reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapótras; y quien lo contrário entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡ Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote, no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero: déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebrós.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana [1]. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete [2], fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote, tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dále por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvoconducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacia al caso que aquel abad [3] fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis tornisconos. Á fe, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como yo lo sé cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé

[1] Cervántes no tuvo presente que Sancho no habia hallado aun su rucio.
[2] Sancho llamó así al fabulista Esopo. Solia decirse *Isopete* ántes del siglo XVI.
[3] Tambien trocó Sancho el nombre de *Madasima* en *Magimasa*, y el de *Elisabat* en *abad*.

que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella èra su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuanto mas que de Dios dijeron. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Senor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, aca-

bándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligéncia. ¿En mi dilígencia? dijo Sancho. Sí, dijo D. Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulíses, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebrós [1]; nombre por cierto significativo y propio para la vida que

[1] *Beltenebrós* se compone de *bello* y *tenebroso*, como si dijéramos *hermoso y triste*: por eso le llama D. Quijote nombre significativo y propio para la vida que Amadis habia escogido.

él de su voluntad habia escogido : así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas, y deshacer encantamentos : y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿qué dama le ha desdeñado? ¿ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio : que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias : el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado; cuanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme : así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion : loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea : y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrário, seré loco de véras, y siéndolo no sentiré nada : así que de cualquiera manera que responda saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mam-

brino? que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido lo quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo cual respondió Sancho : vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi mujer y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denántes juraste te juro, dijo D. Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo : ¿qué, es posible que en cuanto há que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa : y fué rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara : guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban : corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban : habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio : este es el

lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto : este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contínua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Ó vosotras, Napeas y Dríadas, que tenéis por costubre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudéis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canséis de oilla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. Ó solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello : y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas le dijo : libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte; véte por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho dijo : bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria : y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de véras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió D. Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo

que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió D. Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de amidrar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia, y seria yo de parecer que ya que á vuestra merced parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió D. Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de véras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo: y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y mas el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo D. Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio* [1], segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio* dijo D. Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el T[illegible]

[1] La expresion latina que aquí se indica y que estropeaba Sancho, es *in inferno nulla est redemptio*, que significa que en el infierno no hay remedio ni esperanza de salir de él.

boso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo D. Quijote; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadís se firmaron, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que há que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogáles la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo D. Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa, hecha y dere-

cha, y de pelo en pecho, y puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡Ó hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de média legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahōra digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querria ya verme en camino solo por vella que há muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire: y confieso á vuestra merced una verdad, señor D. Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda por via de fraternal reprension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: vuestra merced, señor mio,

está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso tanto vale como la mas alta princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cũenta que es la mas alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginacion como la deseo así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. Á lo cual respondió Sancho: escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero con todo eso dígamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dijo D. Quijote.

Carta de D. Quijote á Dulcinea del Toboso.

« SOBERANA Y ALTA SEÑORA :

« El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas » del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la sa» lud que él no ti‑ne. Si tu fermosura me desprecia, si tu va» lor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, » magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme » en esta cuita, que ademas de ser fuerte es muy duradera. » Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella » ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa » quedo : si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo » que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré sa» tisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

» Tuyo hasta la muerte

» El Caballero de la Triste Figura. »

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido : pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura.* Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió D. Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo D. Quijote, y habiéndola escrito se la ley que decia así :

« Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos » señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres d » los cinco que dejé en casa, y están á cargo de vuestra mer» ced : los cuales tres pollinos se los mando librar y pag » por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta » con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entr» ñas de Sierra Morena á veinte y siete de agosto deste pr» sente año. »

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced. No menester firmarla, dijo D. Quijote, sino solamente poner rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y para trecientos fuera bastante. Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho : déjeme, iré á ensillar á Rocinante aparéjese á echarme su bendicion, que luego pienso partir sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo me quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras,

las haré en ménos de média hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros : y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento; cuanto mas que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece : y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce aunque nunca se venda : bonico soy yo para eso; mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. Á fe, Sancho, dijo D. Quijote, que á lo que parece no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. Á esto dijo Sancho : ¿sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo D. Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas, cuanto mas que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba D. Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos cuando volvió

y dijo : digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿ No te lo decia yo? dijo D. Quijote : espérate, Sancho, que en un credo las haré : y desnudándose con toda prisa los calzones quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco; y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que así como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que cuál seria mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas; y hablando entre sí mismo decia : si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pié, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro : aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesválles; pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y paje de Agramante : y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno así como él es en su mismo traje, y que se está

hoy como la madre que la parió [1]; y haríale agravio manifiesto si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; por que lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad; y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estáis
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque mas terrible sea;
pues por pagaros escote,
aquí lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador mas leal

[1] Parece que el texto está alterado aquí. Es de creer que en el original diria *se está hoy como su madre la parió.*

de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber cómo ó por dónde.

Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y así hasta henchir un pipote,
aquí lloró D. Quijote
ausencias de Dulcina
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras.

Hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole al cogote,
aquí lloró D Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien el *Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los Faunos, y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse, en tanto que Sancho volvia; que si como tardó tres dias tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué que en saliendo al camino real se puso en buscar del del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza,

el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros, los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de D. Quijote se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo; mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de D. Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el sene Sancho Panza buscando el librillo; pero no le halló, ni lo podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni más se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió média docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba. ¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venian la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de

mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar dónde y cuándo quisiesen. Decidla Sancho pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de gradísimo rato : por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia : *Alta y sobajada señora*. No dirá, dijo el barbero sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dijo Sancho : luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa;* y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en : *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates : tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar : dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser emperador, ó por lo ménos monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo : y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser ménos, y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio que los dos se admiraron de nuevo considerando cuán vehemente habia sido la locura de D. Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba,

pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo ménos arzobispo ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.; ¿qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengáis pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote, y para lo que ellos querian, y fué que dijo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde D. Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero

le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que D. Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de D. Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver, púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen [1], sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apénas hubo salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al

[1] *Tocar*, adornar la cabeza.

barbero le rogó que trocasen trajes, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer determinaba de no pasar adelante aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diese licion él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho ántes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos mas podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian

sombra agrabable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora la tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra llegó á sus oídos una voz, que sin acompañarla son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades; y mas cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los zelos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quién consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo no es cordura
querer curar la pasion,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa

oían; pero viendo que duraba algun tanto el silencio determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas.
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, ó amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio, el cual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo; y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo así lo dieron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quienquiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lu-

gares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y várias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria por de ningun juicio; y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oir la quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venís con la misma intencion que otros han venido, ántes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorraréis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á D. Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: y así llegando al paso del billete que habia hallado D. Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

« Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan » á que en mas os estime; y así, si quisiéredes sacarme desta » deuda sin ejecutarme en la honra, lo podréis muy bien » hacer: padre tengo que os conoce y que me quiere bien, » el cual sin forzar mi voluntad cumplirá la que será just

» que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como » yo creo. »

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efectuase. Díjele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡ Ó Mario ambicioso ! ¡ ó Catilina cruel ! ¡ ó Sila facineroso ! ¡ ó Galalon embustero ! ¡ ó Vellido traidor ! ¡ ó Julian vengativo ! ¡ ó Júdas codicioso ! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿ qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon ? ¿ qué ofensa te hice ? ¿ qué palabras te dije, ó qué consejos te di que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho ? Mas ¿ de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda ? ¡ Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía ! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿ Pude yo prevenir esta traicion ? ¿ pude por ventura caer en imaginarla ? No por cierto, ántes con grandísimo

gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura [1] como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores : todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora : exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia ; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda ; pero por no destruir mis esperanzas todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba : claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de D. Fernando, fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribió que le enviase cierto dinero sin su sabiduría [2] ; y todo fué invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Órden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado ; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veía que habia de ser á costa de mi salud ; pero á los

[1] *Tan segura* quiere decir aquí *tan ajena ó tan ignorante.*
[2] ... decir, *sin su conocimiento.*

cuatro dias que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre ántes de leerla quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino : díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo : hermano, si sois cristiano como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo : y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado ; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba; y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla, y en diez y seis horas que há que se me dió he hecho el camino que sabéis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apénas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y vi que contenia estas razones :

« La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vuestro » padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas » en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que » él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ven» taja que él piensa que D. Fernando os hace, ha venido en » lo que quiere con tantas véras, que de aquí á dos dias se ha » de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo » han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cuál » yo quedo, imaginaldo : si os cumple venir, veldo ; y si os » quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á en» tender. Á Dios plega que esta llegue á vuestras manos » ántes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de » quien tan mal sabe guardar la fe que promete. »

Éstas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros : que bien claro conocí entónces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia

movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra D. Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala D. Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contrária. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miéntras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traía por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una cámara Luscinda acompañada de su madre y de dos donc

llas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Ó memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os canséis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. Á esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir : *¿queréis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Ó quien se atreviera á salir entónces diciendo á voces : ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y léjos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice : ahora que dejé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme : en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse ó

desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca : *sí quiero;* y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el *sí* que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido : quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula : hice que me la ensillase sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todo de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado : y en mitad de la fuga destas maldiciones

vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles D. Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condecendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia dónde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apénas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan

poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo : otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos : donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia : ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habéis visto? y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere : yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha : ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII [1].

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia : la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decia desta manera :

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entónces, y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y

[1] Cervántes subdividió la primera parte de su *Quijote* en otras cuatro. La primera comprende hasta el capítulo IX; la segunda hasta el XV; la tercera hasta el XXVIII, como se ha visto; y la cuarta hasta la conclusion en el capítulo LII. En la segunda parte del *Quijote* abandonó esta division, y no guardó otra que la de los capítulos desde el I hasta el LXXIV, que es el último.

los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traía puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traía ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura con voz baja: esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era mujer, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion y en mas deseo de saber quién era ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apénas los hubo visto cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huída llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo cual visto por los tres salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: deteneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huída, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura prosiguió diciendo: lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos

descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dijo: pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que si me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habéis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman Grandes de España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los em-

bustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces: y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa ...tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras ...as, y yo tan cubierta y recatada, que apénas vian mis

ojos mas tierra de aquella donde ponia los piés; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de D. Fernando, que es este el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia diciendo: y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que D. Ferdando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dávidas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo cual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrário; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y D. Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me

decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á D. Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseos. Todos estos recatos que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme ; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas; hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros : y así pasándoseme aquel sobresalto primero torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dije : si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué : así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos : tu vasalla soy, pero no tu esclava : ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora como tú señor y caballero : conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme : si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi

voluntad de la suya no saliera : de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras : todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion ; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia ; solo dijo : qué ¿ Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas : pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando D. Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio : con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decirlas le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo ; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí misma : sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será D. Fernando el primero á quien hermosura ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza : pues si no

hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué sin yo pensarlo mi perdicion, los juramentos de D. Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia aun no tan apriesa como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque D. Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fué, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á D. Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á D. Fernando que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en

la villa y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de D. Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprension de su atrevimiento ántes no habia oido; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca se habia casado D. Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. El despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche sin dar cuenta á mi traidora doncella salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á D. Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oir: díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública

en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella : díjome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el *sí* á D. Fernando fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habia quitado la vida ; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por D. Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó D. Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no lo viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad ; y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de en casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando [1] mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á D. Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba,

[1] *Bando* es parcialidad, partido, faccion : y *poner en bando* será poner en *tson*, y por consiguiente en duda.

llegó á mis oídos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traía, y oí decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quién, siendo sugeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entrámos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin

culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo : en fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo : ¿y quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habéis dicho, Luscinda dijo que era su esposo : soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estáis, me ha traido á que me veáis cuál me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oir el

que de ser su esposa pronunció Luscinda : yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia ; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habéis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suseso en nuestros desastres, que nosotros pensamos : porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernado con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho : y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que toméis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna ; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desamparararos hasta veros en poder de D. Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio ; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á D. Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles : contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de D. Quijote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con D. Quijote habia tenido, y

contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó los llamaba á voces : saliéronle al encuentro, y preguntándole por D. Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea : y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hubiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia ; y que si aquello pasaba adelante corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo ménos que podia ser : por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de D. Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa : á lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba ; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura ; y así preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho;

y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos : que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer é hijos, seria nunca acabar : así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda y Diego de Valladodid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos : con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos porque no se le acordase á D. Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entónces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea : á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado,

y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era D. Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura se fué á hincar de rodillas ante las de D. Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuèstro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió D. Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda fasta que os levantéis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió D. Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopía. Sea quien fuere, respondió D. Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella dijo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga lueg conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha d entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darm venganza de un traidor que contra todo derecho divino y hu mano me tiene usurpado mi reino. Digo que así lo otorgo respondió D. Quijote; y así podéis, señora, desde hoy m desechar la malancolía que os fatiga, y hacer que cob nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, q con el ayuda de Dios y la de mi brazo vos os veréis prest restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuest antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follon que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en tardanza dicen que suele estar el peligro. La menester doncella pugnó con mucha porfía por besarle las man mas D. Quijote, que en todo era comedido y cortés caballer

jamas lo consintió; ántes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo ménos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, qué se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traía en un estuche quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo

como los de á pié. En efecto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces : para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes; y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual D. Quijote decia : déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto : que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tanto, mi señor licenciado, respondió D. Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el barbero, y apeándose, en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar : y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caido

dijo : vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes, de que se admiró D. Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entónces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, D. Quijote dijo á la doncella : vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y ántes que ella respondiese dijo el licenciado : ¿ hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo : sí señor, hácia ese reino es mi camino. Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon D. Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas : lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado

me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevèdad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor D. Quijote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mio, que há muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo; y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia D. Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el cura cuando Sancho dijo: pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije ántes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazon D. Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averi-

guar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de D. Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado le dijo: señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo D. Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió D. Quijote: á lo que respondió Dorotea: pues así es esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser

tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismo nombres no se les acuerda como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Mícomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilment á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante en sabiendo mi horfandad habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese, pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino si queria excusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote ó D. Gigote. D. Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dijo Dorotea : dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En

oyendo esto D. Quijote dijo á su escudero : ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió D. Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne : y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor D. Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apénas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó D. Quijote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese tomó el cura la mano y dijo : debe de querer decir la señora princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor D. Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado : que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía despues de haber degollado al gigante quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto D. Quijote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado : pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella suplicándole le diese

las manos para besárselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: solo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto y él y yo salímos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí, ó alta y valerosa señora, dijo D. Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir büena espada, merced á Gines de Pasamonte que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor D. Quijote, cabal juicio: pues cómo ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reino que se le viene á las manos de bóbis bóbis, y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. D. Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca

es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿ Pensáis, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabéis vos, gañan, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser, ¡O hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo D. Quijote, ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dijo D. Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo D. Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vues-

tras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aquesa señora Toboso, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantase un poco, que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole D. Quijote : despues que veniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo D. Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo D. Quijote, que me dan pesadumbre : ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Miéntras esto pasaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano ; pero Sancho Panza, que doquiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre cuando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia : el cual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido cuando á grandes voces le dijo : ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo : ¿cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona : el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente

D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas dijo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion prosiguió D. Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y díme ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo, y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dijo D. Quijote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sanchó, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo D. Quijote. No, señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro*

hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura : y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos mios.

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo D. Quijote. Llegaste, ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo D. Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos : y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo D. Quijote, que aechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante : cuando le diste mi carta ¿ besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, rospondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome : poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dijo D. Quijote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella : adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? ¿y tú qué le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo D. Quijote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dijo D. Quijoté, ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegámos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó D. Quijote, que no acompaña esa grandeza y

la adorna con mil millones de gracias del alma [1]. Pero no me negarás, Sancho, una cosa : cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió D. Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió D. Quijote, hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, ¿qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced : rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced el *Caballero de la Triste Figura* : preguntéle si habia ido allá el Vizcaíno de márras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien : tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo D. Quijote; pero díme ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias en agradecimiento de su recado Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí; y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en

[1] Habla en tono irónico

extremo, dijo D. Quijote, y si no te dió joya de oro, sin dud
debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela
pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y s
satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? d
que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poc
mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí a
Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por l
cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tien
cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza l
hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballer
andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar si
que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coge á un ca
ballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo
en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de dond
anocheció; y si no fuese por esto no se podrian socorrer e
sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como s
socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en la
sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fier
vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de l
batalla y está ya á punto de muerte, y cuando no os me ca
asoma por acullá encima de una nube ó sobre un carro d
fuego otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallab
en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á l
noche se halla en su posada cenando muy á su sabor,
suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil legua
y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabi
encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros
así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer qu
en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar
del Toboso, pues como tengo dicho algun sabio amigo
debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. A
seria, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinan
como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.
cómo si llevaba azogue, dijo D. Quijote, y aun una legi
de demonios, que es gente que camina y hace caminar s
cansarse todo aquello que se les antoja; pero dejando es
aparte, ¿qué te parece á ti que debo yo de hacer ahora cer
de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? q
aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamien
véome tambien imposibilitado del don que he prometido á
princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caball
ría á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una pa
me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra
incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanz
en esta empresa; pero lo que pienso hacer será camin
apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegan
le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamen
en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que m
sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que el

venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanto yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo ¡Ay! dijo Sancho, ¡y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahí está nuestro licenciado que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga [1]. Mira Sancho, respondió D. Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á ti? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho; y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo D. Quijote, que estás en lo cierto, y que I abré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la princesa que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre, que la quiere

[1] Expresion estropeada á lo vizcaino. El refran es, *quien bien tiene y mal escoge por mal que le venga no se enoje*. Acaso Cervántes lo trastrocó de propósito para hacer reir.

bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡O qué necio y qué simple que eres! dijo D. Quijote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo D. Quijote, ¡y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose D. Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porpue puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron aunque poco la mucha hambre que todos traían. Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á D. Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ¡ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle D. Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban, y dijo: porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego llevado de mi obligacion hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en

nada. Digo que estaba atado á la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le vide pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oidas no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados, ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, dí lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al reves? replicó D. Quijote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedámos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo. de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo D. Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo D. Quijote; y diciendo esto se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho

que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió D. Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dijo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo le dijo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á D. Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encantrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar D. Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritórnes, que vieron venir á D. Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipes. D. Quijote dijo que sí haria, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de márras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba dijo : para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma y dijese á D. Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga con diligencia les aderezó una razonable comida : y á todo esto dormia D. Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritórnes y todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habian hallado : la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho : como no le

viese contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron : y como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero : no sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas : á lo ménos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dijo la ventera porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado que no os acordáis de reñir por entónces. Así es la verdad, dijo Maritórnes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto : digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿ qué os parece, señora doncella ? dijo el cura hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo ; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿ Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran ? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias : y ¡ Jesus ! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco : yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos ; que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él ; y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro

que abrió vió que era D. Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Hircania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernández de Córdoba con la vida de Diego García de Parédes. Así como el cura leyó los dos títulos primeros volvió el rostro al barbero y dijo : falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas dijo el cura, que estos dos, el de D. Cirongilio y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, queréis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero ; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan y dese Diego García, que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparetes y devaneos ; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido : y este Diego García de Parédes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia : y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquíles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino : por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, dónde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de D. Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al

caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyese esto se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de D. Quijote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es cumpostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como le entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque lmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco [1]: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encatamentos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pié que cojea vuestro huésped D. Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no

[1] Añade el ventero que no *es nada blanco*, porque *blanco* es *bobo ó necio* el *Vocabulario* de Germanía compuesto por Juan Hidalgo.

seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del Curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras; mas yo no se la he querido dar pensado volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero todavía soy cristiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas con todo eso si la novela me contenta me la habéis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miéntras los dos esto decian habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dijo el cura si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recebiria dijo: pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados; eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras si los de la caza; pero cuando se ofrecia dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero habian alcanzado tan dulce nombre como el ser

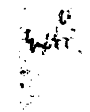
llamados *los dos amigos,* que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas véras los dos se amaban estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido fácilmente pondria remedio en todo. ¿Pero dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando

por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones :

¿Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido y sobre al que me hizo en darme á ti por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto librede la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo : y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad sino es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro : porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes : porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? ¿qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? Ansí que la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima

en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento; de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos : y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia : y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada; y muéveme entre otras cosas á fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedaré ya ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte; así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dijo : no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de véras las decias no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga : sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario : el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser : porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos como

dijo un poeta *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y cuando el amigo tirase tanto la barra que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues díme tú ahora, Anselmo, ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto; ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, yo vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida. Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo : paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, intelegibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen : *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales :* y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion : y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte : y porque claro lo veas, díme, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho : pues si tú sabes que tienes mujer retirada,



honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? ¿ó qué será mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides : si no la tienes por la que dices ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos : las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos : las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrário muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo en el fin de su primera parte de las Lágrimas de S. Pedro, que dice así :

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado :

Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza,
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso [1], que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reináldos, que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: cuanto mas, que con el que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Díme Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así sin saber otra cosa en contrário, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor ni mas fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante así en tu estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedaria sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de ti mismo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion

[1] Este vaso tenia la propiedad de indicar á los maridos si sus mujeres les eran infieles, en cuyo caso al que iba á beber del vino se le derramaba por el pecho.

que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir las atajan con lodo, y despues ojeándolo le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo se está quedo, y se deja prender y cautivar á trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Háse de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres

que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca á ti como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben con ojos de menosprecio en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por que con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y así como Adan despertó y la miró dijo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entónces fué instituido el divino sacramento del matrimonio con tales lazos que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen mas de una voluntad; y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean

deste género, es forzoso que al marido le queda parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive : mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa : advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo : con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimismo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto mas para comerse : así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra; y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues, como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal

deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho; y así le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos él mismo los haria. A todo se ofreció Lotario bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y média volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado

tanto ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad ne se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se trasforma en ángel de luz siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver cómo resiste á las obras : yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcáis y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de média hora Lotario no habló palabra á Camila ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su

amigo le habia dicho de las respuestas de Camila todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansí salió del aposento, y llamando á Lotario aparte le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila. Lotario respondió que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de ti confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que se podria hallar para conseguir mi deseo? No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba : cuanto mas que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para darle comodidad mas segura y ménos sobresaltada determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no léjos de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo, ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposiblé es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo :

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quien
jamas espero algun bien,
con el cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila como mujer discreta y honrada de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansí lo haria aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado, mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él ni él

viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en contínua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor, ántes tuvo en ma á Camila; la cual habiendo visto en Lotario lo que jamas pen sara no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió esta razones.

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

« Así como suele decirse que parece mal el ejército sin
» general y el castillo sin su castellano, digo yo que pare
» muy peor la mujer casada y moza sin su marido cuan
» justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan m
» sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta aus
» cia, que si presto no venís me habré de ir á entretener
» casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuest
» porque la que me dejastes, si es que quedó con tal titu
» creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos
» toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros,
» aun es bien que mas os diga. »

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lota habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de ha respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de ta nuevas respondió á Camila de palabra que no hiciese mu

miento de su casa en modo ninguno porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; ¿pero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de

ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa; abrazaronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori porque le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré si no tan buenos como el sugeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero

que ya estaba desengañada y creía que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huía de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera no habia qué temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobre mesa rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansi:

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella ronovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llánto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto á Camila; pero mejor á Anselmo pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila: ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad? En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario; y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas

teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir ménos malo, y podréislo bien juzgar pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero; y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Como tu rostro hermoso esta esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Qué en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonraba entónces le decia que estaba mas honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecío, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella le dijo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse que el que luego da da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos. No corre por ti esta razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia y á otros abrasa, á unos hiere y á otros mata: en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la

tiene rendida porque no hay fuerza que le resista; y siendo así ¿de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo lo tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oídas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no solo tiene las cuatro *SS* que dicen que han de tener los buenos enamorados [1], sino todo un A. B. C. entero: sino escúchame, y verás como te le digo de coro. El es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico,* y las *SS* que dicen, y luego *tácito, verdadero*: la *X* no le cuadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z zeladôr* de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia; y así lo confesó ella descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban:

[1] Parece que Cervántes en este pasaje aludió á un dicho proverbial de su tiempo, que explicó Luis Barahona en las *Lágrimas de Angelica*, donde hablando de los efectos que el amor de esta causaba en el Orco, decia (Canto 4º)

Ciego ha de ser el fiel enamorado
No se dice en su ley que sea discreto.
De cuatro *eses* dicen que esta armado,
Sabio, solo, solícito y secreto:
Sabio en servir y nunca descuidado,
Solo en amar y á otra alma no sujeto,
Solícito en buscar sus desengaños,
Secreto en sus favores y sus daños.

porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar traspiés no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela despues que vio que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese no habia de osar descubrille; que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de su mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse, y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga; y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuese ni aun razonable, sin mas ni mas ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: sábete, Anselmo, que há muchos dias que ando peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia co

la he comenzado : creí ansimismo que ella, si fuera la que
bia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado
enta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, co-
zco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que
ando otra vez hagas ausencia de tu casa me hablará en la
cámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la ver-
d que allí le solia hablar Camila) : y no quiero que precipi-
samente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun
metido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que
ste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de
mila, y naciese en su lugar el arrepentimiento : y así ya
e en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, si-
e y guarda uno que ahora te daré para que sin engaño y
n medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas
eres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres
as como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes
condido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y
ras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha
modidad, y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los
os lo que Camila quiere; y si fuere la maldad, que se
ede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y dis-
ecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, sus-
nso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario,
rque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oir,
rque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asal-
s de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento.
llando estuvo por un buen espacio mirando al suelo sin
over pestaña, y al cabo dijo : tú lo has hecho, Lotario,
mo yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu con-
jo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que
nviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en
artándose dél se arrepintió totalmente de cuanto le habia
cho, viendo cuán neciamente habia andado, pues pudiera él
ngarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshon-
do. Maldecia su entendimientn, afeaba su ligera determi-
cion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho
para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar
enta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo
cer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que
podia hablar le dijo : sabed, amigo Lotario, que tengo una
na en el corazon que me le aprieta de suerte que parece
e quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no
hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto,
e cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se
tá con él hasta el dia tan á costa de mi crédito, cuanto le
edará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á
ras tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es que no
puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nues-
os tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los

suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suces
Al principio que Camila esto decia creyó Lotario que era art
ficio para desmentille que el hombre que habia visto salir er
de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pe
dirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acab
de estar confuso y arrepentido del todo; pero con tod
esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordena
ria remedio para atajar la insolencia de Leonela: díjole asi
mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habi
dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse e
la recámara para ver desde allí á la clara la poca lealta
que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y con
sejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelt
laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantad
quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enoj
y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensa-
miento y la simple y mala determinacion que habia tenido
pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto par
el bien y para el mal mas que el varon, puesto que le va fal
tando cuando de propósito se pone á hacer discursos, lueg
al instante halló Camila el modo de remediar tan al parece
inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase qu
otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pen
saba sacar de su escondimiento comodidad para que desd
allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y
sin declararle del todo su pensamiento le advirtió que tuvies
cuidado, que en estando Anselmo escondido él viniese cuand
Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese le respondie-
se como respondiera aunque no supiera que Anselmo le es-
cuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion
porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que vies
ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar
sino fuere responderme como yo os preguntare, no queriend
Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temero
que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le pa
recia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan bueno
Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de
á aquella aldea de su amigo se partió y volvió á esconder
que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se l
dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aqu
sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esp
raba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de s
honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensa
que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Cam
y Leonela que Anselmo estaba escondido entraron en la rec
mara, y apénas hubo puesto los piés en ella Camila cuan
dando un grande suspiro dijo: ¡ay Leonela amiga! ¿no se
mejor que ántes que llegase á poner en ejecucion lo que
quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomas

la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desuellacáras en su casa; y ya señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciese; pero detúvolo el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: ¿por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar pri-

mero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero há de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvia quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: válame Dios, ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto que me tenga por deshonesta y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las contínuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traidores, aquí venganzas: éntre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y cuando mucho saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y

estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y ántes que á esto me respondas palabra quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado cuanto la esperanza está mas cerca de posello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene; que á no ser así, por ménos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar para que vieras con cuán poca ocasion le agravias? Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no díme: ¿cuándo, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos?

¿cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y repre
didas de las mias con rigor y con aspereza? ¿cuándo tus m
chas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas
admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede pe
severar en el intento amoroso luengo tiempo si no es suste
tado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa
tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha su
tentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme
darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses q
siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de ser
contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que piens
hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agr
viado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y d
mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la oc
sion, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus mal
intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo q
algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pens
mientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo ca
tigar con mis propias manos, porque castigándome otro ve
dugo quizá seria mas pública mi culpa; pero ántes que es
haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me aca
de satisfacer el deseo de la venganza que espero y teng
viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justic
desinteresada, y que no se dobla al que en términos tan des
perados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con u
increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la da
desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela
el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostrac
nes eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso vale
de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no
diese; la cual tan vivamente fingia aquel extraño embust
falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar c
su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lota
ó fingiendo que no podia, dijo: pues la suerte no quiere
tisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será
poderosa que en parte me quite que no le satisfaga; y
ciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotari
tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudi
herir no profundamente, se la entró y escondió por mas ar
de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y lueg
dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leone
Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía duda
de la verdad de aquel hecho viendo á Camila tendida en tie
y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha prest
despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la peq
ña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nu
se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion
la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le toc
comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre

cuerpo de Camila como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora si acaso viniese ántes que estuviese sana. El respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veía no cesaba de hacerse cruces maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó como se ha dicho la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le siguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podia dejar de ver: á lo que Leonela respondia que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo, hermana, replió Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré que le digamos, y quizá que por ser la herida donde es se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y

procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian trasformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que segun esto no habia de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila con rostro al parecer torcido aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.

Poco mas quedaba por leer de la novela cuando del camaranchon donde reposaba D. Quijote salió Sancho Panza todo alborotado diciendo á voces: acudid, señores, presto, y so



Hallaron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo.

P. 243.

corred á mi señor, que anda envuelto en las mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el cura dejando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estáis en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decís estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el apo-
sento, y que D. Quijote decia á voces: tente, ladron, malan-
drin follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimi-
tarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las pa-
redes; y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si D. Quijote ó D. diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la ventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en lo cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero tomó tanto enojo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero hasta que el barbero trujo una gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó D. Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su

contrário. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á D. Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con D. Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura

dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperse mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Derotea dijo que así lo creía y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y

tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole : sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó : es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo : no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dílas luego, dijo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la casa quedó asombrado. Pre-

guntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y ansí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apénas hubo andado la mitad cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecia, y aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias há se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé qué toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedéis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen ade-

rezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte : y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones :

« Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las » nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa » que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer » milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hi- » ciese ; y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay » para que... »

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto sin poder acabar la razon se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, nō por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda no quiso salir del monasterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo : lo cual sabido por Camila hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela ; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad : y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama

pudiérase llevar, pero entre marido y mujer algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la mujer que en el sillon venia; y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la mujer en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habéis visto: y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no há mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habéis oido nombrar á al-

guno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo: ¿qué mal sentís, señora mia? mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: no os canséis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda si no queréis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desta vos mismo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de D. Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba se levantó en pié y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeand todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tant ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, si saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asid por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pud acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto s le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada co la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la teni era su esposo D. Fernando, y apénas le hubo conocido cuand arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristisim ay, se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse al

junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió la conoció D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á D. Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien D. Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á D. Fernando desta manera : dejadme, señor D. Fernando, por lo que debéis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas : notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabéis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria : sean pues parte tan claros desengaños para que volváis (ya que no podáis hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada : quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que D. Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir :

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quién tú por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya : soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad :

dádiva de ti tan mal agradecida cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo; tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la qué te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras yo soy tu esposa; testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar en dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á D. Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchóla D. Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser

corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneceria. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de D. Fernando que apretada la tenian; el cual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda dijo: venciste, hermosa Dorotea, venciste porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó D. Fernando iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no lo conociese, pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio le dijo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contrária suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á ti mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la ge-

nerosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazon acudieron los amigos de D. Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto fué abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que merecéis: lo que os ruego es que no me reprendáis mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para

cetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no er vuestro; y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos e la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de dos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y ontenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de odillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; diciendo esto la tornó á abrazar y juntar su rostro con el uyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener ran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar ndubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hiieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos os que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar antas los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no arecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion n todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de odillas ante D. Fernando, dándole gracias de la merced que s habia hecho, con tan corteses razones, que D. Fernando o sabia qué responderles, y así los levantó y abrazó con uestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó uego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar an léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó odo lo que ántes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó anto D. Fernando y los que con él venian, que quisieran que urara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras; y así como hubo acabado dijo D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba er esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la uiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia upo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, in que nadie supiese decir dónde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba n un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida i no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo, scogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino l lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí habia de haber mas guarda en el monasterio; y así aguardando un dia á que a portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa,

se habian venido con ella á un lugar donde se acomodara de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en D. Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de D. Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quién dijo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió D. Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fuera de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no

sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás. ¿Y qué es lo que dices loco? replicó D. Quijote, ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó D. Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aquí está hoy dia tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo D. Quijote, dáme de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y trasformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el cura á D. Fernando y á los demas que alli estaban las locuras de D. Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos parecia ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dijo D. Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léjos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto D. Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo aunque abollado de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á D. Fernando y á los demas la extraña presencia de D. Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, q la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido p órden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo sabe de la misa la média, y que fué poco versado en las hi torias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasad tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y le hallara á cada paso como otros caballeros de menor fama qu la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndol mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porqu no há muchas horas que yo me vi con él, y.... quiero call porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubrid de todas las cosas, lo dirá cuando ménos lo pensemos. Víst sos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á es sazon el ventero, al cual mandó D. Fernando que callase, no interrumpiese la plática de D. Quijote en ninguna maner y D. Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y deshe dada señora, que si por la causa que he dicho vuestro pad ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tier por quien no se abra camino mi espada, con la cual ponien la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo m D. Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cu como ya sabia la determinacion de D. Fernando de que prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra D. Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondi quienquiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste F gura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no dijo le cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos aca cimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor q yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser que ántes, y de tener los mismos pensamientos de valer del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siemp he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la hon al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y ta verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si p vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura q tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testig della los mas destos señores que están presentes: lo q resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya ho se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suce que espero lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Es dijo la discreta Dorotea, y en oyéndole D. Quijote se volvi á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora t

digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: díme, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo D. Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo D. Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor D. Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió D. Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre D. Quijote y D. Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con médias mangas y sin cuello, los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traía unos borceguíes datilados y un alfanje morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la

barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el traje parecia mora la apéo en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos

los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. El en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó D. Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida, y así cómo esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: *no, no Zoraida: María, María*, dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor diciéndole: sí, María, María: á lo cual respondió la mora: *sí, sí, María: Zoraida macange*, que quiere decir *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con D. Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á D. Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas D. Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer D. Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura que ando por ahí

en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así co el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcan con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento de enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas so acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíri como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vend á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamin porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tie por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las l tras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blan llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de l letras humanas, que es su fin poner en su punto la justic distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender, hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto gen roso, y alto y digno de grande alabanza; pero no de ta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tien por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los homb pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nu vas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las q dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia cuando ca taron en los aires: *gloria sea en las alturas, y paz en tierra á los hombres de buena voluntad*; y la salutacion q el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus al gados y favorecidos fué decirles, que cuando entrasen alguna casa dijesen: *paz sea en esta casa*; y otras much veces les dijo: *mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal man joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bi alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que mismo es decir armas que guerra. Presupuesta pues e verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto ha

ventaja al fin las letras, vengamos ahora á los trabajos de cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática D. Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguó diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su malaventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma aunque sea un poco mas tarde lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miséria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea que si no calienta, á lo ménos entibie su frio, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas escilas y caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras.

Prosiguiendo D. Quijote dijo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la

misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare[1] por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla[2] en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo[3]. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas[4], todos tienen en que entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas

[1] *Garbear* significa lo que militarmente se llama ahora *merodear*.

[2] Se alude á la borla, insignia de los graduados de doctores y maestros en las universidades.

[3] Quiere decir, que no llegan á mil.

[4] Esto es, *de un modo ú otro*. *Mangas* suele significar lo mismo que regalos, adehalas, emolumentos que se agregan al sueldo de algun empleo. Por oposicion á estos provechos eventuales, denotados por *mangas*, *faldas* significa el estipendio señalado, los derechos corrientes y fijos. Uno y otro juntos forman la dotacion del oficio de letrado, así como las mangas y faldas pertenecen á un mismo vestido.

ntra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar
gun son las razones que cada una de su parte alega; y en-
e las que he dicho dicen las letras, que sin ellas no se po-
ian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus
yes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo
ie son letras y letrados. Á esto responden las armas, que
s leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las ar-
as se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se
iardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan
s mares de corsarios [1], y finalmente, si por ellas no fuese,
s repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los
minos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la con-
sion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene
cencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es ra-
on averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debe
e estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras
cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de
beza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas
lherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar
no por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo
ie á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen
mparacion, porque á cada paso está á pique de perder la
da. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni
tigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que
llándose cercado en alguna fuerza [2], y estando de posta ó
iarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos
tán minando hácia la parte donde él está, y no puede apar-
rse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan
rca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á
capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna
ntramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando
provisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al
ofundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro,
amos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos gale-
s por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales en-
avijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del
e conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto,
endo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte
ie le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de
parte contrária, que no distan de su cuerpo una lanza, y
endo que al primer descuido de los piés irá á visitar los
ofundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido
razon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser
anco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho
so al bajel contrário; y lo que mas es de admirar, que apé-

[1] Cuando vivia Cervántes la voz *corsario* era sinónima de *pirata*.
[2] *Fuerza* significa plaza murada y guarnecida de gente para defensa;
ro esta acepcion de la palabra *fuerza* no está en uso en la actualidad.

nas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin de mundo, cuando otro ocupa su misme lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes : valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí nungun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo préambulo dijo D. Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería [1]. El cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camanranchon de D. Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, D. Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en compañía de Zoraida : á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia

[1] Es decir, de su malhadada caballería.

de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecellé le contaria. El cura y todos los demas se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y viéndose rogar de tantos dijo que no eran menester ruegos donde el mandar tenia tanta fuerza; y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si así se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendáis desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio tal que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es hacer de mi hacienda

cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa real*, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó éntre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de rey que merced de señor*. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo én él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabámos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedímos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender sino quedarse con ella en raíces. Digo en fin que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándo-

nos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hórnos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el Serenísimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey D. Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi premisas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor D. Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mesina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fuí él desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí rey de

Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contrária, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habéis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Leváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino bogando en la capitana de los tres fanales [1]. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y genízaros [2] que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor D. Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la *Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la *Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la *Presa*. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos

[1] Buque comandante general de la armada, cuya insignia eran tres fanales.

[2] *Los levantes* eran soldados de marina, y los *genízaros* de tierra; pero estos solian embarcarse tambien en los casos de necesidad, y aun lo pretendian muchas veces como medio de enriquecerse con las presas hechas en el corso.

á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol ya habia pasadó su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos à Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como el señor D. Juan habia ganado á Túnez y quitado aquel reino á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor D. Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero [1], ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se aso-

[1] Es decir, de un sitio mas alto.

lase aquella oficina y capa de maldades, y aquella goma ó esponja y pollila de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de D. Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de S. Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece;* y así se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fué uno llamado D. Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y ántes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á D. Pedro de Aguilar, D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos dijo el uno

ántes que vuestra merced pase adelante le suplico me diga qué se hizo ese D. Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en traje de arnaute con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje. Pues así fué, respondió el caballero, porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así:

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo,
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo;
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caída,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.



De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada;

Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que contínuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes :
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo : rendidos pues la Goleta y el fuerte, los Turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo la minaron por tres partes ; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas ; y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fortax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los Turcos ponerse nombros de alguna falta que tengan ó de alguna virtud que en ellos haya : y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que decienden de la casa otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo : y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un Turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe : y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos [illegible] ren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el di[illegible] y entre sus renegados ; y yo cupe á un renegado vene[illegible] que siendo grumete de una nave le cautivó el Uchalí [illegible] quiso tanto que fué uno de los mas regalados [illegible] suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que [illegible] ha visto. Llamábase Azan Agá [1], y llegó á ser mu[illegible]

[1] Es errata por *Azan Bajá*.

ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronne una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar,

yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Mirámos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debajo de la caña la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con esto entendímos ó imaginámos que alguna mujer que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos hicimos zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginámos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos

muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procurámos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcáide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido, y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles

le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué trauuciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Vírgen María*. Leímos el papel, y decia así:

« Cuando yo era niña tenia mi padre una esclava, la cual » en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo mu» chas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que » no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces, » y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela » Márien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos » cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha » parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y mucha» cha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú » si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido si » quisieres, y si no quisieres no se me dará nada, que Lela » Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á » quién lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son » todos marfuces [1]. Desto tengo mucha pena, que quisiera que » no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me » echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la » caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes » quien te escriba arábigo dímelo por señas, que Lela Márien » hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que » yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva. »

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y así nos rogó que si era verdad lo que sospechaba que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adevinaba que por medio de aquella que aquel papel habia escrito habia él y todos nosotros de tener libertad.

[1] *Marfuz* quiere decir en árabe *astuto, falso, pérfido.* i.e. deceitful.

verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gre-
io de la santa Iglesia su madre, de quien como miembro
drido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pe-
do. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepenti-
miento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer
onsentímos y venímos en declararle la verdad del caso, y
sí le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle
a ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí
a casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de infor-
marse quién en ella vivia. Acordámos ansimismo que seria
bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien
lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las
razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las
que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este
suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria,
ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que
á la mora se le respondió fué esto :

« El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella ben-
» dita Márien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que
» te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos,
» porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á
» entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que
» ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos
» estos cristianos que están conmigo te ofrezco de hacer por
» ti todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escri-
» birme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé
» siempre : que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo
» que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás
» por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar
» todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra
» de cristianos que has de ser mi mujer, yo te lo prometo
» como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo
» que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su madre
» sean en tu guarda, señora mia. »

Escrito y cerrado este papel aguardé dos dias á que estu-
viese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostum-
brado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó
mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quién
la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusie-
sen el hilo ; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el
papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con
la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla
yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y
de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta
veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la espe-
ranza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nues-
tro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella
casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho,
que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el

cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hei mosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireye que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunc se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cris tiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concei taba con lo que venia en el papel. Entrámos luego en consej con el renegado en qué órden se tendria para sacar á la mor y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó po entónces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, qu así se llamaba la que ahora quiere llamarse María : porqu bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de da medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedámo en esto dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él per deria la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo e baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase e parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada so ledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un feli císimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moned alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentr de nuestro rancho, el cual dijo que así decia :

« Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á » España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he » preguntado : lo que se podrá hacer es, que yo os daré po » esta ventana muchísimos dineros de oro ; rescataos vos co » ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristia » nos, y compre allá una barca, y vuelva por los dem » y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está » la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de e » tar todo este verano con mi padre y con mis criados : » allí de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á l » barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no y » pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie qu » vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volver » mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procu » saber el jardin, y cuando te pasees por ahí sabré que es » solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señ » mio. »

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto p todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y pr metió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo m ofrecí á lo mismo : á todo lo cual se opuso el renegado di ciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno s liese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los lib las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas ces habian usado de aquel remedio algunos principales, c tivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca

dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconseja, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer jumá, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese nos daria mas dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no lo echaria ménos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dímos luego quinientos escudos al renagado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté y dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dán-

dola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pa
garia mi rescate, porque si luego diera el dinero fuera da
sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estab
en Argel, y que el mercader por sus granjerías lo habia ca
llado. Finalmente, mi amo era tan caviloso que en ningun
manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. E
juéves ántes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia d
ir al jardin nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida
rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su
padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla
Respondíle en breves palabras que así lo haria y que tuvies
cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquella
oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto dieron
órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen po
facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mi rescatad
y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les pe
suadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio d
Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podi
asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el ne
gocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órde
que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercade
para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza, a
cual nunca descubrímos nuestro trato y secreto por el peligr
que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias cuando ya nuestro renega
tenia comprada una muy buena barca capaz de mas d
treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color qui
hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sarg
que está veinte leguas de Argel hácia la parte de Oran, en
cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres ve
hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. T
garinos llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á l
de Granada *mudéjares;* y en el reino de Fez llaman á l
mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel r
mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que p
saba con su barca daba fondo en una caleta que estaba
dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba, y a
muy de propósito se ponia el renegado con los morillos q
bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayar
de burlas, á lo que pensaba hacer de véras, y así se iba
jardin de Zoraida y le pedia fruta, y su padre se la daba s
conocelle; y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como

espues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la
abia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta
segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan
er de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su
adre se lo manden : de cristianos cautivos se dejan tratar y
omunicar aun mas de aquello que seria razonable; y á mí
e hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la
lborotara viendo que su negocio andaba en boca de rene-
ados; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió
ugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo
uán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo
uando y como y adonde queria, y que el tagarino su com-
añero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y
ue yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos
ristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles
ueria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tuviese
ablados para el primer viérnes, donde tenia determinado
ue fuese nuestra partida. Viendo esto hablé á doce españo-
es, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas
ibremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar
antos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en
orso y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no
e hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano
in ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero :
á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viérnes
en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen
la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen
hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con
órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen
sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha
esta diligencia me faltaba hacer otra, que era la que mas me
convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban
los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso,
que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos ántes
del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos
podia volver; y así determiné de ir al jardin y ver si podria
hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas un dia ántes
de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encon-
tré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda
la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos
y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion
alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual
todos nos entendemos: digo pues que en esta manera de len-
guaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de
quién era. Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí [1], y

[1] Mamí era el comandante de los corsarios que, apresando la galera espa-
ñola *el Sol*, hicieron cautivos á Miguel de Cervántes y á su hermano Ro-
drigo, que volvian en ella de Nápoles á España.

esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, ántes luego cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos : solo diré que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traía, traía dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar ; y así hay mas perlas y aljófar entre moros que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto; y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella me tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis : á lo cual ella respondió : en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, por-

que vosotros cristianos siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á ti mucho. Desto se rió muy de véras su padre, y dijo: gualá [1], cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no, mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratán peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre á Zoraida: hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y véte en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¿tamejí*, cristiano, *tamejí?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondi: señora, sí, pero no en ninguna manera sin ti: el primer juma me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos

[1] Juramento arábigo: *por Alá, por Dios.*

veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasámos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre : sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir : *amejí*, cristiano, *amejí* : véte, cristiano, véte. A lo que su padre respondió : no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos : no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre : quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin : miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine y di cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin

el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos dudámos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados y los mas dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegámos al bajel, y saltando él dentro primero metió mano á un alfanje y dijo en morisco : ninguno de vosotros se mueva de aquí si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegámos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi le tomé una mano, y la comencé á besar,

y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo veréis; y diciendo esto se volvió á entrar diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese, la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces comenzó á decir en arábigo : cristianos, cristianos, ladrones, ladrones, por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaba temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian d horas pasadas de la noche cuando ya estábamos todos en l barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadur de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir e renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vid El como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísima mente, y mas cuando vió que yo estrechamente la teni abrazada, y que ella sin defenderse, ni quejarse, ni esqui varse se estaba queda; pero con todo esto callaba porque n

pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia á causa que si allí los dejaban apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venímos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida en tanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran por no ser posible

poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos; mas el darme libertad no me tengáis por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; el cual interese si le queréis poner nombre desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañámos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿qué es esto, hija, que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas, y así quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Así es, respondió Zoraida. ¿Que en efecto, replicó el viejo tú eres cristiana,

y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida: la que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apénas hubo oido esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa [1] le sacámos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales habiéndose trocado el viento nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala mujer cristiana*; y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala*, y *rumia*, *cristiana*; y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejámos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zoraida como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatámos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su

[1] Traje moruno, especie de capa ó sobretodo, comun á ambos sexos.

acuerdo, dijo: ¿por qué pensáis, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensáis que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penséis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos, asido porque algun desatino no hiciese, le dijo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha, ¿adónde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando por habernos hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos; y así consolando yo á Zoraida atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel re-

dondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entónces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los franceses, los cuales despues de habérse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me le daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la cual entónces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego su camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido; y así toma-

ron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de mediodía podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entrámos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mosotraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la média noche seria cuando llegámos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestímos en la arena, salímos todos á tierra, y besámos el suelo, y con lágrimas de muy alegrísimo contento dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje: sacámos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabámos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrímos. Con todo esto determinámos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos sino que presto descubriésemos quien

nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas la cansaba á ella mi cansacio que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debíamos de haber andado cuando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos los primeros que á la vista se ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante comenzó á dar los mayores gritos del mundo diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedámos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordámos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así encomendándonos á Dios fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrímos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza corriendo á média rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apénas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya

te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte : ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprendo que habéis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y média de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado, otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansi con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colòres, que si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo m que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia gracias á Dios por la merced recibida, y así como en entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parec los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suy como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo significaban, para que ella las adorase como si verdaderam fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la h hablado. Ella que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia ; los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció : solos quedámos Zoraida y yo con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que por ha-

berme hecho el cielo conpañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII.

...e trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

...lló en diciendo esto el cautivo, á quien D. Fernando ...: por cierto, señor capitan, el modo con que habéis ...do este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la ...dad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino ...ro, y lleno de accidentes que maravillan y suspen... á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos ...ebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara; y en diciendo esto, D. Antonio [1] y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialemente le ofreció D. Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En

[1] Podria leerse *Cardenio* en lugar de *D. Antonio*, porque no habia ninguno que se llamase así entre todos los concurrentes; pues aunque venian con D. Fernando tres caballeros, no se habia dicho el nombre de ninguno de ellos.

esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, éntre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia mostraron ser oidor como su criado habia dicho. Traía de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y séis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista : de suerte que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella dificilmente pudiera hallarse. Hallóse D. Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió dijo : seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, à quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced digo en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo : aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de D. Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero D. Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor oidor entró confuso así de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la postura de D. Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo

que ántes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Pérez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á D. Fernando, á Cardenio y al cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infanteria española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Pérez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su

padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contrária, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos halláinos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé qué le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entónces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado: de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando algo de allí desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el cual viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡ó señor, si supiésedes las nuevas que me habéis contado, y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decís es mi mayor hermano, el cual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia dé su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros,

no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quién supiera ahora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los mios! ¡O quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Bertería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡O Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues tenéis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije los pusieron en la estrecheza que veis para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron apénas creo que pueden pensarse, cuando mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí D. Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre

de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. D. Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de D. Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, D. Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma que ansí se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: quien no duerme escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
que desde léjos descubro,

mas bella y resplandeciente,
que cuantas vió Palinūro [1].
Yo no sé adónde me guia,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando mas verla procuro.
¡O clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
será de mi muerte el punto.

egando el que cantaba á este punto le pareció á Dorotea e no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: rdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gus-s de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. ara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no en-ndió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á pregun-r, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta ara; pero apénas hubo oido dos versos, que el que can-ba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño mo si de algun grave accidente de cuartana estuviera en-rma, y abrazándose estrechamente con Dorotea le dijo: ¡ay ñora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? e el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era nerme cerrados los ojos y los oídos para no ver ni oir á ese sdichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? mira que een que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma n tanta seguridad, que si él no quierre dejalle no le será itado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las senti-s razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así dijo: habláis de modo, señora Clara, que no puedo enten-ros; declaraos mas y decidme ¿qué es lo que decís de na y de lugares, y deste músico cuya voz tan iquieta os ne? Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero per-r por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de r al que canta, que me parece que con nuevos versos y evo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respon-ó Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos dos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual estando enta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta ma-ra:

[1] Palinuro fué el piloto mayor de la flota de Eneas.

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas
Sigues firme la via
Que tú misma te finges y aderezas;
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denántes. Entónces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansi fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicallo, y así lo dejé estar sin dalle otro favor sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y así

l dia que nos partímos nunca pude verle para despedirme él siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar una jornada de aquí, vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme : él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos : y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy grande estudiante y poeta : y hay mas, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas como decís, sino señor de almas y lugares como ya os he dicho. No digáis mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces : no digáis mas, digo y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿ qué fin se puede esperar si su padre es tan principal y tan rico que le parecerá que yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo : no querria sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me alviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco : no sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de S. Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuán como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo : reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio : solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba D. Quijote, y

que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que D. Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzon dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa : ó mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo; ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros por solo servirte de su voluntad ha querido ponerse ? Dáme tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras [1] : quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios ó ya puesta de pechos sobre algun balcom, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro que tendré mas zelos de ti que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entónces zeloso y enamorado. A este punto llegaba entónces D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna que entónces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez como la pasada la doncella fermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagra-

[1] Así llama D. Quijotte á la luna por las tres caras que tiene en sus tres estados de llena, creciente y menguante, ó por las tres formas que presenta sucesivamente, redonda, semicircular y puntiaguda.

lecido volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas dijo: lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en partes donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes. ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió D. Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió D. Quijote; pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes que sin duda D. Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que D. Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la tratéis

tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de D. Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose D. Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su buen su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda que le socorriese; y finalmente allí le tomó la mañana tan desesperado y confuso que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado; y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia y creia que de aquella suerte sin comer ni beber ni dormir habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia porque apénas comenzó á amanecer cuan-

do llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por D. Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quienquiera que seáis, no tenéis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, entónces veremos si será justo ó no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió D. Quijote. No sé de qué tenéis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó D. Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabéis poco del mundo, replicó D. Quijote, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con D. Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de D. Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al

suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

En efecto fueron tantas las voces que D. Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á D. Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. El sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo: cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de D. Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion diciéndoles que era D. Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traía el amante de Doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta que no habia echado de ver en el que preguntaban, pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor dijo, aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta y entren los demas á buscarle; y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veía el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que D. Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el so-

bresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. D. Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballeria que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor D. Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que tenéis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre de que recibió tal sobresalto que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor D. Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues cómo supo mi padre, dijo D. Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondió D. Luis. ¿Qué habéis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien D. Luis estaba, y levantándose de allí fué á decir lo que pasaba á D. Fernando y á Cardenio, y á los demas que ya vestido se habian, á los cuales dijo como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si al-

guna fuerza le quisiesen hacer; y así se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á D. Luis dentro de la venta y rodeados dél persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian quisiese ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó D. Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me llevéis sería llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, D. Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbéro y D. Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo D. Luis : no hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos qué es esto de raíz, dijo á este tiempo el oidor; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió : ¿no conocé vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dijo : ¿qué niñerías son estas, señor D. Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este traje que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á D. Luis le apartó á una parte, y le preguntó qué venida

habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian, mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á D. Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. A lo cual respondió D. Quijote muy de espacio y con mucha flema: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió D. Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga y poniendo mano á su espada acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero; pero así como llegó embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo D. Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se

desesperaban de ver la cobardía de D. Quijote y de lo mal qu lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí qu no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que s atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámo nos atras cincuenta pasos á ver qué fué lo que D. Luis respon dió al oidor, que le dejámos aparte preguntándole la causa d su venida á pié y de tan vil traje vestido: á lo cual el mozo, asién dole fuertemente de las manos, como en señal de que algu gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: señor mio, yo no sé deciros otr cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestr vecindad que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi volun dad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no l impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ell dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traj para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanc ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos ma de lo que ha podido entender de algunas veces que desd léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabéis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero si os parece que estas son partes para que os aventuréis hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestr hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, n gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tie el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las huma voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado manceb y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, a de haber oido el modo y la discrecion con que D. Luis habia descubierto su pensamiento, como de verse en pun que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no e perado negocio; y así no respondió otra cosa sino que sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, q por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo pa considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las man por fuerza D. Luis, y aun se las bañó con lágrimas, co que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo del oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bi le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fue posible lo quisiera efectuar con voluntad del padre de D. Lui del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pu por persuasion y buenas razones de D. Quijote, mas que po amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los cri dos de D. Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y l resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el bar bero á quien D. Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sa cho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo

cual barbero llevando su jumento á la caballeriza vió á ncho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á ancho diciendo: ah don ladron, que aquí os tengo, venga i bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me rosstes. Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó s vituperios que le decian, con la una mano asió de la lbarda y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó s dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la resa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal anera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del rey y de la justicia, que sobre obrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteaor de caminos. Mentís, respondió Sancho, que yo no soy ltleador de caminos, que en buena guerra ganó mi seor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote denate con mucho contento de ver cuán bien se defendia ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por ombre de pro, y propuso en su corazon de armarle cabaero en la primera ocasion que se le ofreciese, por pacerle que seria en él bien empleada la órden de la cabaría. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso la pendencia vino á decir: señores, así esta albarda es ia como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no dejará mentir; si no pruébensela, y si no le viniere pintirada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo dia e ella se me quitó me quitaron tambien una bacía de azófar eva, que no se habia estrenado, que era señora de un escu-. Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poóndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad aclarase, dijo: porque vean vuestras mercedes clara y anifiestamente el error en que está este buen escudero, pues ama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el ual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con gítima y lícita posesion: en lo del albarda no me entremeto, ue lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho e pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste venido cobarde, y con ellos adornar el suyo; y se la di, y él los omó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré ar otra razon sino es la ordinaria, que como esas trasformaiones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo ue este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo ancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que a que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste

castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué adó estaba la bacía y la trujo, y así como D. Quijote la vió la tomó en las manos y dijo: miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo D. Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas há de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo salvo mejor parecer remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero: y lo mismo confirmó Cardenio, D. Fernando y sus camaradas, y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo

á esta sazon el barbero burlado, que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo; cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor D. Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo D. Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecian. No hay duda, respondió á esto D. Fernando, sino que el señor D. Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de D. Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de D. Luis, y á D. Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver como andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen

hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de D. Quijote, el cual á esta sazon dijo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contrária de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia, porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habia entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva. Mentís como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis porque con el alboroto no se les fuese: el barbero viendo la casa revuelta tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros: D. Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á D. Quijote y á Cardenio y á D. Fernando, que todos favorecian á D. Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El

barbero aporreaba á Sancho: Sancho molia al barbero: D. Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendia: D. Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste cáos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: tengánse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veáis por vuestros ojos como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todoporoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de D. Quijote, y se veían malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de D. Luis tambien se estuvieron quedos viendo cuán poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de D. Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el cura qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que D. Luis le habia dicho. En fin fué acordado que D. Fernando dijese á los criados de D. Luis quién él era, y como era su gusto que D. Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués seria estimado como el valor de D. Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de D. Luis que

no volviera por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de D. Fernando y la intencion de D. Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz ménospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delicuentes, traia uno contra D. Quijote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscaba, y poniéndose á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en D. Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de D. Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apénas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia : favor á la santa Hermandad ; y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la colera en su punto, y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida ántes que D. Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud

en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á D. Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones D. Quijote, y con mucho sosiego dijo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, decidme ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿qué rey no le asentó á su mesa? ¿qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.

En tanto que D. Quijote esto decia estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y que no tenian para qué lle-

var aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse á lo que yo entiendo. En efecto tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de D. Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á socapa, y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde D. Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto D. Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto conforme veía y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de D. Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó D. Fernando puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando.

Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso, pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria ántes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿ quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como deesa, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrário. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de D. Quijote le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba pre-

sente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra: señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena; con perdon sea dicho de las tocas honradas. ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó D. Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez á hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso rosponder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió D. Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos dijo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué

hacerse sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: no os despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo D. Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor D. Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia *sicut erat in principio* ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar le echó la bendicion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si así fuera yo te vengara entónces y aun ahora; pero ni entónces ni ahora pude ni vi en quién tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo affirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se con-

certaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote y luego D. Fernando y sus camaradas, con los criados de D. Luis y los cuadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los piés de modo que cuando él despertó con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su contínua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura trazador desta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que trayendo allí la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: « O Caballero de la Triste Figura, no te dé » afincamiento la prision en que vas, porque así conviene » para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo » te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon man» chego con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya » despues de humilladas las altas cervices al blando yugo » matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz » del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes » garras del valeroso padre; y esto será ántes que el segui» dor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las » lucientes imágines con su rápido y natural curso. Y tú, » el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en » cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te des» maye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mis» mos á la flor de la caballería andante; que presto, si al » plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan su-

» blimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las » promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote de » parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pa- » gado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del » valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas » donde paréis entrambos; y porque no me es lícito decir » otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me » sé; » y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: ó tú, quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso; y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha con otros famosos sucesos.

Cuando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro dijo: muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido ni visto ni

oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos: y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió D. Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de média legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar dándoles un tanto cada dia. Colg

Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritórnes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quién D. Quijote dijo: no lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le di á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de D. Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandada con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del Curioso impertinente habia

sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria se fuesen todas de un mismo autor; y así la guardó con propu puesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque n fuesen luego conocidos de D. Quijote, y pusiéronse á camina tras el carro; y la órden que llevaban era esta: iba primer el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrille ros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia lueg Sancho Panza sobre su asno llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus po derosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, co grave y reposado continente, no caminando mas de lo qu permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentad en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y así con aquel es pacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llega un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acom para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicánd el cura, fué de parecer el barbero que caminasen u mas, porque él sabia que detras de un recuesto que c allí se mostraba habia un valle de mas yerba y mucho que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer de bero, y así tornaron á proseguir su camino. En esto el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta sei ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, d los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban n con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba so bre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á ses tear á la venta que ménos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cor tesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era ca nónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, San cho, Rocinante, cura y barbero, y mas á D. Quijote enjaula do y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador ó otro delincuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los cua drilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó D. Quijote la plática, y dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decirlas; y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes esta ban en pláticas con D. Quijote de la Mancha, para responder

de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo á lo que D. Quijote dijo respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando; así que si no está mas que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó D. Quijote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros ...los, donde los caballeros andantes vean los pasos que han ...guir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de ...mas. Dice verdad el señor D. Quijote de la Mancha, ... esta sazon el cura, que él va encantado en esta carreta, ...r sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de ...os á quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este ...ñor, *el Caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes ...rar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes ...os serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y libre en semejante estilo estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor D. Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esto así ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura prosiguió diciendo: ¡ah señor cura, señor cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco? ¿pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos,

pues no se podia esperar otra casa así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna insula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor D. Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles [1], dijo á este punto el barbero; ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor que voy viendo que le habéis de tener compañía en la jaula, y que habéis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto mas gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Digolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quedese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero á Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de D. Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la pe-

[1] La expresion de *adóbame esos candiles* es como la de *atájame esos pavos*, y otras semejantes, con que se moteja en estilo familiar al que habla, indicando que lo que dice es un desproposito

regrina historia de D. Quijote, y en acabándola de oir dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cuál mas, cuál ménos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fabulá donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y manaña amanece en tierras del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de méntira, y que así no estan obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que lás leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la versimilitud y de la imitacion,

en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parecen que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y así le dijo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de D. Quijote, que eran muchos: y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, elocuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada, aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere: puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que des-

es de acabada tal perfeccion y hermosura muestre, que siga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es eñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque escritura desatada destos libros da lugar á que el autor da mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquel partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables acias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien de escrebirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII

de prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

sí es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el o, y por esta causa son mas dignos de reprension los que a aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advercia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde ieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á ménos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de er un libro de caballerías guardando en él todos los punque he significado: y si he de confesar la verdad, tengo itas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si respondian á mi estimacion las he comunicado con hom- apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros orantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de os he hallado una agradable aprobacion; pero con todo no he proseguido adelante, así por parecerme que hago a ajena de mi profesion, como por ver que es mas el núro de los simples que de los prudentes; y que puesto que mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los chos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del vanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer seantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos y del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice migo mismo, sacado de las comedias que ahora se repretan, diciendo: si estas que ahora se usan así las imagias como las de historia, todas ó las mas son conocidos parates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por nas estando tan léjos de serlo; y los autores que las comen, y los autores que las representan dicen que así han ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; ue las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y os los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y

que á ellos les está mejor ganar de comer con los mucho
que no opinion con los pocos ; deste modo vendrá á ser u
libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar lo
preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del Cantillo;
aunque algunas veces he procurado persuadir á los autore
que se engañan en tener la opinion que tienen, y que ma
gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedia
que sigan el arte que no con las disparatadas, ya están ta
asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon n
evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á un
destos pertinaces : decidme, ¿no os acordáis que há poco
años que se representaron en España tres tragedias que com
puso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tale
que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos la
oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como d
los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ell
tres solas que treinta de las mejores que despues acá se ha
hecho? ¿Sin duda, respondió el autor que digo, que debe d
decir vuestra merced por *la Isabela, la Fílis y la Alejandra*
Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien lo
preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer
que eran, y de agradar á todo el mundo : así que no está l
falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos qu
no saben representar otra cosa. Sí que no fué disparate
Ingratitud vengada, ni le tuvo *la Numancia*, ni se le halló e
la del *Mercader amante*, ni ménos en *la Enemiga favorabl*
ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas ha
sido compuestas para fama y renombre suyo, y para gananc
de los que las han representado; y otras cosas añadí á est
con que á mi parecer le dejé algo confuso, pero no satifech
ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. E
materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo
esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo ran
cor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal q
iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque ha
biendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo d
la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de
verdad, las que ahora se representan son espejos de disp
rates, ejemplos de necedades, é imágines de lascivia : porq
¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamo
que salir un niño en mantillas en la primera escena del pr
mer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado
Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mo
cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey gan
pan, y una princesa fregona? ¿Qué diré pues de la obse
vancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podi
suceder las acciones que representan, sino que he visto co
media que la primera jornada comenzó en Europa, la segun
en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuat

ıuadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible satisfaga á ningun mediano entendimiento que fingiendo accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan fué el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jesalen, y el que ganó la Casa santa como Godofre de Bullon, biendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la media sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes rores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay norantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas buscar gullerías. ¿Pues qué si venimos á las comedias vinas? ¡Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apófas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros mas respeto ni consideracion que parecerles que allí está bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para gente ignorante se admire y venga á la comedia: que lo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las storias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; pore los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las es de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes ndo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no ria bastante disculpa desto decir que el principal intento las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se gan públicas comedias, es para entretener la comunidad n alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los los humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues e se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no y para qué poner leyes, ni estrechar á los que las compon y representan á que las hagan como debian hacerse, pues mo he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas pretende. A lo cual responderia yo, que este fin se consería mucho mejor, sin comparacion alguna, con las comedias enas que con las no tales, porque de haber oido la comedia ificiosa y bien ordenada saldria el oyente alegre con las las, enseñado con las véras, admirado de los sucesos, creto con las razones, advertido con los embustes, sagaz n los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la rtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena media en el ánimo del que la escuchare por rústico y torpe e sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alear y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas as partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere llas, como por la mayor parte carecen estas que de ordirio ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los

poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos [1] con tanta gala, con tanto donáire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias ántes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro ó á este mismo que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura cuando adelantándose el barbero llegó

[1] Parece que se hace aquí alusion á Lope de Vega

á ellos, y dijo al cura : aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y así por gozar dél como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde : á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traía recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la contínua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo : señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió D. Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad : y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera : lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo [1]; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa

[1] Es lo que se llama comunmente el *hilo de Ariadna*, que esta dió, segun refiere la fábula, á Teseo para que, atándolo á la entrada del laberinto de Creta, pudiese volver á salir.

atinar de dónde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco : y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo té responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo [1] que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado : si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos piense. Acaba de conjurarme, dijo D. Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las profesa debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

[1] *Meollo* significa aquí *juicio*.

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote.

¡Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió D. Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias: yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mí ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á la ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó D. Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta

que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como D. Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendiólo el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió D. Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que el que está encantado como yo no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido le hará volver en volandas; y que pues esto era así bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: aun espero en Dios y en su bendita madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de ti ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto D. Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos [1], como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías; y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras co

[1] *Perder los estribos* es perder el equilibrio de la razon ó el juicio: metáfora tomada del jinete que impelido por alguna causa violenta y extraordinaria abandona los estribos, y pierde con ellos el apoyo que necesita para tenerse con seguridad y firmeza á caballo.

sas de este jaez, tan léjos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princésas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor D. Quijote, duélase de sí mismo, y redúzcase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan González Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernández Andalucía, un Diego García de Parédes Extremadura, un Garci Pérez de Várgas Jerez, un Garcilaso Toledo, un D. Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor D. Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeri-

urd, osado sin cobardía, y todo esto para honra de Dio provecho suyo y fama de la Mancha, do segun he sabido tra e vuestra merced su principio y orígen. Atentísimamente estuvo D. Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando le dijo: paréceme señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles par la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor e creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á segui la durísima profesion de la caballería andante que ello enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas. Todo es al pié d la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á est sazon el canónigo. A lo cual respondió D. Quijote: añadi tambien vuestra merced diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y pué tome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmiend y mudar de letura leyendo otros mas verdaderos y que mej deleitan y enseñan. Así es, dijo el canónigo. Pues yo, re plicó D. Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el en cantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tant blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y te nida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestr merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merce dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan: porqu querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de qu están colmadas las historias, será querer persuadir que sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta: po que ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda pe suadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantibl que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á t que es tanta verdad como es ahora de dia; y si es mentir tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquíles, ni guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey A tus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuerv y le esperan en su reino por momentos, y tambien se atr verán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Me quino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrif los amores de D. Tristan y la reina Iseo, como los de Gineb y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor esca ciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan a que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte

mi padre cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdedera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncasválles está el cuerpo de Roldan tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del conde de san Poló. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania. D. Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñónes, del Paso; las empresas de Mósen Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que D. Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor D. Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe: porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo ménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de S. Juan ó de Alcántara,

decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó D. Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió D. Quijote, los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice:

« Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago » estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas » negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, » y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si » así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas » que en sí encierran y contienen los siete castillos de las » siete Fadas que debajo desta negregura yacen? » ¿y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte imitando á la naturaleza parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo ménos dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿qué es ver pues, cuando nos

cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores distilada? ¿qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿cuál será oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla y quizá mondándose los dientes como es costubre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque há tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contrária la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mi fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo es cosa muerta como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: trabaje vuestra merced, señor D. Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mi esperado, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna te-

dida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa, y así haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó D. Quijote: yo no sé que haya mas que decir, solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Insula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que D. Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento le dijo: ha cerrera, cerrera, manchada, man-

chada, ¿y cómo andáis vos estos dias de pié cojo? ¿qué lobos os espantan, hija? ¿no me diréis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada; que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitáis. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, á lo ménos estaréis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras: que si vos que las habéis de guardar y encaminar andáis tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os soseguéis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto por mas que vos os pongáis á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradecïólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. A lo ménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creáis esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadáis dello, y queréis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió D. Quijote: por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Saco la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor D. Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne mómia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo D. Quijote; véte adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo

e falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando
cuento deste buen hombre. Así la daremos todos á las
estras, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese
incipio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos pal-
adas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia,
iéndole: recuéstate juntó á mí, manchada, que tiempo nos
eda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la
bra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á
con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender
e estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual
menzó su historia desta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.

Tres leguas deste valle está una aldea, que aunque peque-
es de las mas ricas que hay en todos estos contornos,
la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aun-
e es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por
virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo
e le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija
tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y vir-
d, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver
s extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la ha-
an enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué
eciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué
rmosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender
r todas las circunvecinas aldeas; ¿ qué digo yo por las
rcunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciuda-
s, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos
todo género de gente, que como á cosa rara ó como á
ágen de milagros de todas partes á verla venian ? Guar-
ábala su padre y guardábase ella, que no hay candados,
ardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella
e las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza
la hija movieron á muchos así del pueblo como forasteros
que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba
sponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber deter-
inarse á quién la entregaria de los infinitos que le impor-
naban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian fuí yo
no, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen
ceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser
tural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad flo-
eciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no ménos
abado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro

del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en
balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cual-
quiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir
desta confusion determinó decírselo á Leandra (que así se
llama la rica que en miseria me tiene puesto) advirtiendo
que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la volun-
tad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de
imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en
estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y
malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas
que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; sol
sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca eda
de su hija y con palabras generales, que ni le obligaba
ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor An
selmo y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombre
de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fi
aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de
ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vi-
cente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar
el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas par
tes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar siendo mucha
cho de hasta doce años un capitan que con su compañ
por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doc
vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno d
mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se poni
una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, d
poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de su
es maliciosa y dándole el ocio lugar es la misma malicia,
notó y contó punto por punto sus galas y preseas, y hall
que los vestidos eran tres de diferentes colores con s
ligas y médias; pero él hacia tantos guisados é invencion
dellas, que si no se los contaran hubiera quien jurara q
habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y
mas de veinte plumas: y no parezca impertinencia y dem
sía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hac
una buena parte en esta historia. Sentábase en un po
que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y
nos tenia á todos la boca abierta pendientes de las hazañ
que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe q
no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallad
habia muerto mas moros que tiene Marruécos y Túne
entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, q
Gante y Luna, Diego García de Parédes y otros mil
nombraba, y de todos habia salido con vitoria sin que
hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra pa
mostraba señales de heridas, que aunque no se divisab
nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferen
reencuentros y faciones. Finalmente con una no vista arrog
cia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian

decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y média de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oídos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél ántes que en él naciese presuncion de solicitarla : y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron : yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos : tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué : suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas véras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que si una vez se pierde no

deja esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Leandra la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo ménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su dis recion y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo ménos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertámos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, vária y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con

versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja : yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones ; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros : si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto : cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras várias y sazonadas frutas no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano ; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué D. Quijote, que le dijo : por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna ventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante ; guardando pero las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno : aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á D. Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia : señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso D. Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, endereza-

dor de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió : y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas véras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. D. Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza, pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilléros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados : solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su ámo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fué D. Quijote, el cual aunque estaba del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo : hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos tréguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y D. Quijote se puso en pié volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora * que por un recuesto bajaban muchos hombres

* *Á deshora* significa aquí *de improviso ó de repente*

vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla : y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traían cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines : y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban : ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería · ahora digo, que veredes en lá libertad de aquella buena señora que allí va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes : y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes : bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo : ¿adónde va, señor D. Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla : mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban ; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en D. Quijote, le respondió diciendo : señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, por-

que se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó D. Quijote, y es esta, que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que D. Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de D. Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de D. Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á D. Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre D. Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que D. Quijote no bullia pié ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de D. Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era D. Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gasta-

dos años! ¡ó honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! ¡ó liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió D. Quijote, y la primera palabra que dijo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió D. Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á D. Quijote en el carro como ántes venia; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia: el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de D. Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, D. Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á D. Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de D. Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de D. Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatrioto quedaron maravillados, y un muchado acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas.

A las nuevas de esta venida de D. Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno; Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traéis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion [1]. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me veréis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir asi de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atrevesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda la discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su mujer en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recibieron, y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á

[1] Aludia Sancho á los cien escudos hallados en la maleta de Cardenio, que eran las cosas de *mas momento y consideracion* que las saboyanas y paticos de que su mujer le preguntaba.

la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que D. Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo ménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que D. Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quijote, con diferentes epitafios y elógios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leêr y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO D. QUIJOTE DE LA MANCHA HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta:
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo que su fuerza tanto ensancha
Que llegó del Catay hasta Gaeta:
La Musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncínea plancha.
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cansado:
Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico:
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.
¡O vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasáis con prometer descanso,
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel,
que vó el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea:
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demas por estar caromida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo. y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de D. Quijote.

Forsi altro canterá con miglior plectro.

PARTE SEGUNDA

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

DEDICATORIA

AL

CONDE DE LÉMOS

Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias, ántes impresas que representadas, si bien me acuerdo dije, que D. Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á V. E.; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega me parece que habré hecho algun servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro D. Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe : y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia de D. Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; ademas que sobre estar enfermo, estoy

muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los trabajos de Persiles y Sigismunda, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses *Deo volente;* el cual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento : y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de V. E. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince. = Criado de V. E.

Miguel de Cervántes Saavedra.

PROLÓGO AL LECTOR

Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo D. Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona [1]. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros [2]. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas

[1] En 1614, nueve años despues de haber publicado Cervántes la primera parte del *D. Quijote*, salió á luz en Tarragona otro *D. Quijote* con nombre de segunda parte, compuesta por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural, se decia, de Tordesillas. El autor, que quiso ocultarse bajo este nombre, fué aragones segun Cervántes.

[2] Alude á la batalla naval de Lepanto, en la cual le dieron tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda de la que quedó manco

son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza : y hase de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada : y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del santo oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo [1], engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion contínua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son mas satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, díle de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama, y para confirmacion desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento :

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pié le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponia redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará Vmd. ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, este, que tambien es de loco y de perro :

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponia junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que des-

[1] Parece alusion á Lope de Vega.

(*Pl.=27 fne -hornn? May 1853.

cargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo : asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decia : perro ladron ¿á mi podenco? ¿no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia : este es podenco, ¡guarda! En efecto todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremes famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos : viva el gran conde de Lémos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pié : y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rójas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso : la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida : y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas á ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de D. Quijote que te ofrezco, es cortada del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á D. Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas : que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el Persiles, que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.

CAPÍTULO I.

De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de D. Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el celebro, de donde procedia segun buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestido una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne mómia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado, y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló D. Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de D. Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que ha-

bian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adonde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristianidad, y su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió D. Quijote: su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevencion, de la cual su Majestad la hora de ahora debe estar muy ajeno de pensar en ella. Apénas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre D. Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á D. Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese: quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo D. Quijote, no será impertinente sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mio, respondió D. Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor D. Quijote, dijo el cura. No querria, dijo D. Quijote, que le dijese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo D. Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuesa merced quién le fia, señor cura? dijo D. Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazon D. Quijote, ¿hay mas sino mandar su Majestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino média docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Es-

ténme vuesas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso D. Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula; que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo D. Quijote: caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazon dijo el barbero: suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia D. Quijote, y el cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada, ántes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre cosas que el loco le dijo fué que el

retor le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus
rientes le hacian porque dijese que aun estaba loco y con
cidos intervalos, y que el mayor contrário que en su des
cia tenia era su mucha hacienda, pues por gozar della
enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nue
Señor le habia hecho en volverle de bestía en hombre. Fi
mente él habló de manera que hizo sospechoso al retor,
diciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discr
que el capellan se determinó á llevársele consigo á qu
arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de a
negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al r
mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el li
ciado: volvó á decir el retor que mirase lo que hacia, po
sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sir
on de nada para con el capellan las prevenciones y adv
mientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció
retor viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenci
sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se
vestido de cuerdo y desnudo de loco [1], súplicó al cape
que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de
compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria ac
pañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efe
y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegad
licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aun
entónces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mir
me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha
servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo m
cerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo,
acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: te
grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me
vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si e
confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos
coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imag
como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras
ceden de tener los estómagos vacíos y los celebros lleno
aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los
fortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas r
nes del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra j
frontero de la del furioso, y levantándose de una estera v
donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á gran
voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenci
respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no te
necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gra
á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mira
que decís, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el l

[1] *Vestido de cuerdo y desnudo de loco* quiere decir, sin aquellos
pos, ó sin aquellos trajes que durante su *curacion* suelen llevar los
en los hospitales.

sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo D. Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, ántes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla

que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque éntre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando ménos se cata se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que D. Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que D. Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reináldos? ¿quién mas invencible que Roldan? ¿y quién mas gallardo y mas cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrera, segun Turpin en su cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad, señor D. Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respondió D. Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el

señor D. Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió D. Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor D. Quijote, ha referido, hayan sido sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió D. Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores, y estaturas. ¿Qué, tan grande le parece á vuesa merced, mi señor D. Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En eso de gigantes, respondió D. Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó no en el mundo; pero la santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reináldos de Montalban y de D. Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reináldos, respondió D. Quijote, me atrevo á decir que era ancho de

rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando, (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazodora, corto ds razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentilhombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió D. Quijote, señor cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Véese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura [1].

Dígame, señor D. Quijote, dijo á esta sazon el barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió D. Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó no fingidas, en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos : venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica que trujo revuelto un mundo. Milagro, dijo el cura : y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian de-

[1] El poeta andaluz fué Luis Barahona de Soto, natural de Lucena, y el castellano Lope de Vega, madrileño.

jado la conversacion, daban grandes voces en el patio y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Qiujote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron D. Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á D. Quijote, y ellas le defendian la puerta : ¿ qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió : ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo : él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio : él me sacó de mi casa con engañifas prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito ; ¿ y qué son ínsulas? ¿ es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias : id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recebian el cura y el barbero de oir el coloquio de los tres ; pero D. Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de D. Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías y así dijo el cura al barbero : vos veréis, compadre, como cuando ménos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero ; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que

las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber ¿qué tratarán ahora los dos. Yo aseguró, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo. En tanto D. Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinámos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa marced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dijo D. Quijote, segun aquello: *cuando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo D. Quijote, que cuando la cabeza duele todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió D. Quijote, que no me dolia yo cuando á ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entónces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y díme, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? ¿y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió D. Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las médias negras con seda verde. Eso, dijo D. Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado: roto bien podria ser, y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso: otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo D. Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules el de los muchos trabajos se cuenta, que fué lascivo y muelle. D. Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué mas que demasiadamente rijoso, y de su hermano que fué lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó D. Quijote. Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la *historia* de vuesa merced, con nombre *del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*: y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con

otras cosas que pasámos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo D. Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió D. Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo D. Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por el en volándas. Harásme mucho placer, amigo, dijo D. Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó D. Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna

indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien D. Quijote recibió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á D. Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: déme vuestra grandeza las manos, señor D. Quijote de la Mancha, que por el hábito de S. Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar D. Quijote, y dijo: desa manera ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Ambéres, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se tráduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazon D. Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrário, ninguna muerte se le igualará. Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió

D. Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos : unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripcion de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes : otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazon Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero : todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera A lo que yo imagino, dijo D. Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor D. Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo D. Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador : el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fueron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir no como debian ser, sino como fueron sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió D. Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo D. Quijote, y no interrumpáis al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme

lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que tambien dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sanson. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor D. Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dijo D. Quijote; y miéntras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernala. Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensáis, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sanson, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobiernan ínsulas por lo ménos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dijo Sancho, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de la presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es qué su autor puso en ella una novela intitulada *el Curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene qué ver con la historia de su merced del señor D. Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dijo D. Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador,

que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió : lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo;* y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella : los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apénas han visto algun rocin flaco cuando dicen allí va Rocinante : y los que mas se han dado á su letura son los pajes : no hay antecámara de señor donde no se halle un D. Quijote : unos le toman si otros le dejan; estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento ménos que católico. A escribir de otra suerte, dijo D. Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refran : de paja y de heno etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volúmen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado [1]. En efecto lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean es menester un gran juicio y un maduro entendimiento : decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó D. Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenian méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo

1 *El Tostado* es el nombre que se da comunmente á D. Alonso de Madrigal, obispo de Avila, que floreció en el reinado de D. Juan II de Castilla con fama del hombre mas docto y el escritor mas laborioso entre los españoles de su siglo.

Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo D. Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican. Todo esto es así, señor D. Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dijo D. Quijote, á pocos habrá contentado. Antes es al reves, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladron que hurtó el rucio á Sancho [1], que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido : tambien dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió : yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo me pondrá en la espina de santa Lucía : en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. D. Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones,

[1] El bachiller no tuvo razon para decir esto, puesto que en el capítulo XXIII de la primera parte, donde se cuenta el hurto del rucio, se dice que lo hurtó Gines de Pasamonte.

tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de D. Quijote, y volviendo al pasado azonamiento dijo : á lo que el señor Sanson dijo, que se leseaba saber quién ó cómo ó cuándo se me hurtó el juiento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo le la santa Hermandad nos entrámos en sierra Morena, desues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del ifunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos ntre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y o sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refrieas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado ueño, que quienquiera que fué tuvo lugar de llegar y susenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados e la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y e sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es sa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le suceó á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca con a misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas uel famoso ladron llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió ancho, y apénas me hube estremecido cuando faltando las tacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el mento, y no le vi : acudiéronme lágrimas á los ojos, y hice a lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra hisria, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Mico icona conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de tano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y gransimo maleador que quitámos mi señor y yo de la cadena. está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que ántes haber parecido el jumento dice el autor, que iba á caballo ncho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé qué sponder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria scuido del impresor. Así es sin duda, dijo Sanson; pero ué se hicieron los cien escudos? Deshiciéronse, respon Sancho : yo los gasté en pro de mi persona y de la de mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi ujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he an-

dado sirviendo á mi señor D. Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo négro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó D. Quijote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, Dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto, como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de D. Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quijotadas, embista D. Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiene el autor? dijo D. Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habiamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó D. Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro

dias otra salida, y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de S. Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante [1]; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor D. Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro [2], sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna ínsula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla [3]; y cuando viene el bien, mételo

[1] Es decir, le serviré con esmero y diligencia.
[2] En *hoto*, expresion antigua, es lo mismo que *en confianza*.
[3] Quiere decir, que se aprovechen las ocasiones y se obre segun ellas.

en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor D. Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula. Tanto es lo de mas como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador no conociésedes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: nó, sino llegãos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo D. Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayó entre los ojos. Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo D. Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó D. Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas, y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á D. Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó a preguntarle: ¿qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió: mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo. D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte: así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con

yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caeria muerto. Eso no, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita : vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo : sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido : como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela si es que su tio el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. Á buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos, la sacáis á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoria, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refran que dice : al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrónes y de la pelaruécas: no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija : traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien [illegible]da, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos

todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y mujer de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo). ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás cómo te llaman á ti Doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No, sino estaos siempre en un ser sin crecer ni menguar como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto: que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro D. Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á

nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡ Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto [1] un don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruécos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:) De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde

[1] *Chantar*, voz familiar anticuada, es lo mismo que *poner*

de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebréis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decís... resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa : yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñéis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de véras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á D. Quijote para dar órden en su partida.

CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de D. Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio : con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron le dijo el ama : en verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de que-

jar en voz y en grita á Dios y al rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quijote : ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco ; y solo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan ; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen entre otros muchos es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama : díganos, señor, ¿ en la corte de su Majestad no hay caballeros? Sí, respondió D. Quijote, y muchos ; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentacion de la majestad real. ¿ Pues no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte ? Mira, amiga, respondió D. Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes : de todos ha de haber en el mundo ; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros ; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frio, hambre ni sed ; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos piés ; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí ; y has de saber mas que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir ; y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros ; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó

por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos. ¡ Ah, señor mio! dijo á esta sazon la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo D. Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿ es posible que una rapaza, que apénas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortés caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos : ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad : hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos : aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio : y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡ Válame Dios! dijo la sobrina, ¿qué sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió D. Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas : á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos : unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios

grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni diminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo seria milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él

tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro[1], que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió D. Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apénas le hubo conocido el ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor D. Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII.

De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apénas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole

[1] Garcilaso de la Vega en su *Elegía á la muerte de D. Bernardino de Toledo*, hermano del gran duque de Alba D. Fernando.

se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas le dijo: ¿qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en sí gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor D. Quijote? No, señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré lue[go] allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama; ¿la oracion de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? es[o] fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sin[o] de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachille[r] por Salamanca, que no hay mas que bachillear, respondi[ó] Carrasco y con esto se fué el ama, y el bachiller fué lue[go] á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á s[u] tiempo.

En el que estuvieron encerrados D. Quijote y Sancho pa[sa]saron las razones que con mucha puntualidad y verdad[era] relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: señor, [ya] yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa me[r]ced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sanch[o], dijo D. Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respond[ió], si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que n[o] me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quie[ro] decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho [ó] diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entónces po[drá] drá enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, San[cho], dijo luego D. Quijote, pues no sé qué quiere decir so[y]

tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Ménos te entiendo ahora, replicó D. Quijote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió D. Quijote, en ello : tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el principio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras doscientas patochadas. Podrá ser, replicó D. Quijote; y en efecto ¿qué dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió D. Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que habláis hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios qusiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dijo D. Quijote; pero no sé dónde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y miéntras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió D. Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho : yo apostaré que habia de decir rata y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió D. Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leido todas ó las mas

de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servian á merced; y que cuando ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de ántes, que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no queréis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco y el ama y la sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándolo como la vez primera y con voz levantada, le dijo: ¡ó flor de la andante caballería! ¡ó luz resplandeciente de las armas! ¡ó honor y espejo de la nacion española! plega á Dios todopoderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimiento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearen; y volviéndose al ama le dijo: bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor D. Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor D. Quijote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se

ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazon dijó D. Quijote volviéndose á Sancho: ¿no te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha; sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que

tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente D. Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo D. Quijote, que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina echaron al bachiller no tuvieron cuento : mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y D. Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles média legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, D. Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió D. Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo D. Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo : bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á D. Quijote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de D. Quijote y de su escudero : persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no

es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo :

Solos quedaron D. Quijote y Sancho, y apénas se hubo apartado Sanson cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole D. Quijote : Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo ménos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo D. Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, sino es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó D. Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Qué, todavía das, Sancho, dijo D. Quijote, en decir, en pensar, en creer y en

porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester [1] y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á ti, ó Sancho, aquellos versos de nuestro poeta [2], donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contextas y tejidas : y desta manera debia de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto truecа y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen : y así temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡O envidia, raíz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, al estricote aquí y allí barriendo las calles : pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado : bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa : y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso me parece, Sancho, dijo D. Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podia dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las

[1] *Menester* significa aquí *oficio, arte ó empleo.*
[2] Garcilaso.

damas, se quejó al poeta diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que habia nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una média naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: mil veces, sacra majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volváis á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habléis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo armado de todas armas en la profundidad del Tibre? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y con ejemplos mas modernos ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos

de atender á la gloria de los siglos venidores, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese, quieres decir, Sancho, dijo D. Quijote: dí en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? Los gentiles, respondió D. Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho: pero sepamos ahora ¿esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no ¿de qué están adornadas? A lo que respondió D. Quijote: los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de san Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora, ¿cuál es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió D. Quijote; mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, ende-

reza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió D. Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo D. Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos : y advierta, señor, que ayer ó ántes de ayer (que segun há poco se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la armería del rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito de cualquier órden que sea, que valiente y andante caballero : mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió D. Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo : religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay mas frailes en el cielo que caballeros andantes. Eso es, respondió D. Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió D. Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á D. Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba

se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Média noche era por filo poco mas ó ménos cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de D. Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debia de estar retirada entónces, respondió D. Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó D. Quijote, que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia. Guió D. Quijote, y habiendo andado como docientos pasos dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos

con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo D. Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo D. Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á média noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo D. Quijote: ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, que por lo ménos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fué de oídas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió D. Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto siendo tan al reves como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado ántes del dia á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

> **Mala la hubistes, franceses,**
> la caza de Roncesválles.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole D. Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene

cantando ese villano ? Sí oigo, respondió Sancho, ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesválles? Así pudiera cantar el romance de Calaínos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien D. Quijote preguntó : sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿ dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa Doña Dulcinea del Toboso ? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo ; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo D. Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alba ; y dando á sus mulas no atendió á mas preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo : señor, ya se viene á mas andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle ; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora : y asaz seria de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo D. Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras : el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana : ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque donde D. Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.

CAPÍTULO X.

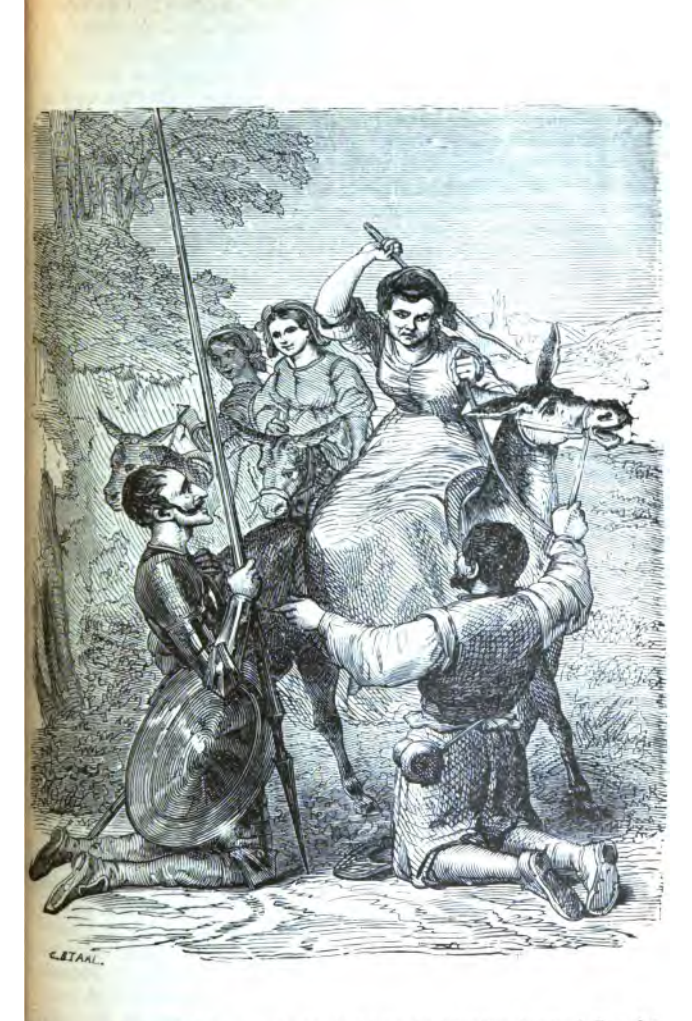
Donde se cuenta la industria que Sanch[o] ... señora Dulcinea, y de otros sucesos ... deros.

Llegando el autor desta grande hist[oria] ... este capítulo cuenta, dice que quisier[a] ... temeroso de que no habia de ser crei[do] ... de D. Quijote llegaron aquí al término ... que pueden imaginarse, y aun pasaro[n] ... mas allá de las mayores. Finalmente, ... y rezelo, las escribió de la misma man[era] ... añadir ni quitar á la historia un átomo ... sele nada por las objeciones que podian ... y tuvo razon, porque la verdad adel[gaza] ... siempre anda sobre la mentira como el ... Y así prosiguiendo su historia dice, qu[e] ... se emboscó en la floresta, encinar ó ... Toboso, mandó á Sancho volver á la ... viese á su presencia sin haber primer[o] ... su señora, pidiéndola fuese servida ... cautivo caballero, y se dignase de echa[r] ... que pudiese esperar por ella felicísimos ... cometimientos y dificultosas empresa[s] ... así como se le mandaba, y ... no le trujo la vez primer[a] ... y no te turbes cuando te vie[res] ... del mundo que vas á buscar. ¡ Dicho[so] ... Ten memoria, y ... muda las colores e... si se desas[osiega] ... la almohad[a] ... de su autor ... sobre el uno, al ... que te diere ... de aceda e... componerle a... mira todas ... los relatare ... escondido ... al fecho de ... lo sabes, ... exteriores ... certísimos ... interior del ... que la

mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y tambien se dice donde no se piensa salta la liebre: dígolo porque si esta noche no hallámos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de dia los pienso hallar cuando ménos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo D. Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y D. Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que D. Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non.* No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oxte, puto, allá darás rayo: no si no ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Ravena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse:

ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice : díme con quién andas, decirte he quién eres; y el otro de : no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere : quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que D. Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaría caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor D. Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como D. Quijote le vió le dijo : ¿qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó D. Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo D. Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y

verá venir á la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió D. Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió D. Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía? Yo no veo, Sancho, dijo D. Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho: ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo D. Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy D. Quijote, y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero D. Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura*. A esta sazon ya se habia puesto D. Quijote de hinojos junto á



Esta sazon ya se habia puesto D. Quijote de hinojos junto á Sancho...

P. 418.

Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los lábios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo : apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho : ó princesa y señora universal del Toboso, ¿cómo vuestro magnánimo corazon no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo : mas jo que te estrego, burra de mi suegro : mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos : vayan su camino, é dejenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto D. Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ó extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra : lo cual visto por D. Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo D. Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina dió con su cuerpo mas ligero que un

halcon sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entónces dijo Sancho: vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la jineta al mas diestro cordobes ó mejicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de mas de média legua. Siguiólas D. Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho le dijo: Sancho, ¿qué te parece? ¡cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. ¡O canalla! gritó á esta sazon Sancho: ¡ó encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallás, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis, y mucho mas hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus faciones de buenas en malas sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba cubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de mas de un palmo. A ese lunar, dijo D. Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó D. Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y

bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero díme, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino segun es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo D. Quijote: ahora torno á decir y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la muerte.

Pensativo ademas iba D. Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanas á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió D. Quijote con voz no muy desmayada; calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la

vido y la ve ahora ¿cuál es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó D. Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caido, Sancho, en una cosa, y es que pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas ántes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mi su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apénas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algun gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió D. Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. Responder queria D. Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino cargada de los mas diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de D. Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano; junto á

ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas, al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los piés de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia tambien un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á D. Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, adó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo; hemos hecho en un lugar que está detras aquella loma esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Córtes de la muerte y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante respondió D. Quijote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegándose á D. Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle D. Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado.

saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo : ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á D. Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre al rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero ; pero en efecto como buen escudero y como buen criado pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba D. Quijote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo : señor, el diablo se ha llevado al rucio. ¿Qué diablo? preguntó D. Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó D. Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio ; y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio por imitar á D. Quijote y á Rocinante, el diablo se fue á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo D. Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida : recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas : sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió D. Quijote, no se me ha de ir el domonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano; y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo : deteneos, esperad turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quijote, que los oyeron y entendieron

los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á D. Quijote en las puntas de sus guijarros. D. Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron le dijo: asaz de locura seria intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dijo D. Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas, y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPÍTULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el bravo caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte la pasaron D. Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido D. Quijote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía, respondió D. Quijote, si tú Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó D. Quijote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Si no dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que miéntras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio,

y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dijo D. Quijote, te vas haciendo ménos simple y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse D. Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heróica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de média vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo ménos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Pilades y Oréstes: y si esto es así se podia echar de ver para universal admiracion cuán firme debió ser la amistad destos

dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas;

y el otro que cantó:

De amigo á amigo la chinche, etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüenas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestitad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y D. Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado; manifiesta señal por donde conoció D. Quijote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; ¿y adónde está, señor mio, su merced desa señora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó D. Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió D. Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laúd ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no

lo sea, dijo D. Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.
Si gustáis que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado :
Si queréis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte ofrezco el pecho :
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo : ¡ O la mas hermosa y la mas ingrata mujer del orbe ! Cómo qué ¿ será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en contínuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿ No basta ya que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dijo á esta sazon D. Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podía ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora : y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoido el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida : ¿ quién va allá ? ¿ qué gente? ¿ es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió D. Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la aflicion mesma. D. Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni ménos. El caballero lamentador asió á D. Quijote del brazo diciendo : sentaos aquí, señor caballero, que para entender

que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. A lo que respondió D. Quijote: caballero soy de la profesion que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas dasdichas: de lo que cantaste poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á D. Quijote, ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió D. Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos ántes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió D. Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió D. Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho diciéndole: vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á estos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestrós cuerpos, porque ¿ quién mas calor y mas frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun, ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, sino es el viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula; y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿ Y qué tal? debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entónces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencólicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirá-

semos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocin, pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entónces es la caza mas gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para condesa si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos mas á ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡O hideputa puta, y qué rejo debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miéntras yo viviere· y hábiese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. O qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero. Cómo, ¿y no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ó hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que

me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá ántes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho; digo que no tiene nada de bellaco; ántes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noehe en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de média vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues qué se pensaba, respondió el otro, ¿soy

yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camiño un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: vuesa merced si que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrecheza de mi dueño, y á la opinion que tiene, y órden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos, ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por si ó por no, y es tan devota mia y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡ó hideputa bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dijo el del Bosque en oyendo el hideputa de Sancho, como habéis alabado este vino llamándole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad Real? ¡Bravo mojon! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dijo Sancho, no toméis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con tódas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro, el segundo dijo que mas

sabia á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban : porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, qne allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible ; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron D. Quijote y el caballero de la Selva [1], dice la historia que el del Bosque dijo á D. Quijote finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia : llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina [2] á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza ; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla llamada la

[1] Tres nombres se le dieron á este caballero en la relacion de la presente aventura : del Bosque, de la Selva, y de los Espejos. Durante la oscuridad de la noche se le dieron los dos primeros, que vienen á ser uno mismo; pero desde que amaneció, y pudo verse su sobrevesta, solo se le llama ya caballero de los Espejos.

[2] *Madrina* significa aqui *madrastra*.

Giralda [1], que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando [2]: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra [3]: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal D. Quijote que digo los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y

Tanto el vencedor es mas honrado,
Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido D. Quijote. Admirado quedó D. Quijote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el *mentís* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar

[1] Llaman en Sevilla la *Giralda* á una gallarda estatua de bronce dorad sobre un globo del mismo metal, que termina la torre de la catedral. Re presenta la Fe, y la llaman vulgarmente *Giralda* porque gira alrededo sobre un perno de hierro, movida del viento, que bate en el gran lábaro qu tiene en la mano derecha, sirviendo de veleta y de gobierno á toda la ciudad. Se ha extendido despues el nombre de *Giralda* á la torre, por el qu es muy conocida en España y fuera de ella. Tambien tiene la estatua un palma en la mano izquierda y un capacete en la cabeza, con vestido á heróico. Pesa veinte y ocho quintales y tiene catorce piés de alto.

[2] Son cuatro bultos de piedra berroqueña, tan desfigurados que apén se puede conocer si fueron toros ú otra clase de animales.

[3] En la sierra de Cabra, villa de la provincia de Córdoba, como á méd legua de la poblacion

por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: de que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á D. Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con D. Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dijo D. Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese D. Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habéis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepáis, que los tales encantadores sus contrarios no há mas de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á D. Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pié, y se empuñó en la espada esperando qué resolucion tomaria el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor D. Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el ven-

cido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga del todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare, Soy mas que contento desa condicion y conveniencia, respondió D. Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que miéntras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, média docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡ cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá

se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando apetitos para que se acaben ántes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera média nora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortes ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna por mínima que sea; cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte sino fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo mas acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apénas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar do-

cientas botefadas ántes que despertar *la cólera* para reñir con aquel vestiglo. D. Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas, la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó D Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. O vencido ó vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo D. Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel D. Quijote que dijistes haber vencido. A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió D. Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del de todo punto vengan nuestros caballos, que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido D. Quijote que pensáis. Con esto acortando razones subieron á caballo, y D. Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrário, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado D. Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió D. Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de D. Quijote las extrañas narices del escudero, y no se

admiró ménos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: suplico á vuesa merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo D. Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo D. Quijote, que á no ser yo quien soy tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo D. Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho D. Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su amigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podia moverse. D. Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló D. Quijote á su contrário, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. D. Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apénas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo,

vió, ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren? Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió en altas voces dijo: acude Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la mágia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo eso no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á D. Quijote: soy de parecer, señor mio, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo D. Quijote, porque de los enemigos los ménos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: mire vuesa merced lo que hace, señor D. Quijote, que ese que tiene á los piés es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero: y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿y las narices? A lo que él respondió: aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dijo: ¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus piés tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por D. Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo: muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habéis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora

Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís. Tambien habéis de confesar y creer, añadió D. Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser D. Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque parecéis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar D. Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de D. Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. D. Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba D. Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encatamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba D. Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á D. Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo

con el cura y el barbero sobre qué medio se podria tomar para reducir á D. Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á D. Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido D. Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que D. Quijote vencido cumpliria indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba D. Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque donde le sucedió todo lo que el prudente ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraórdinarios de D. Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al bachiller : por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido : con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della : D. Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es mas loco ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson : la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á D. Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis

costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia D. Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses: finalmente decia entre sí, que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿no es bueno señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos no me las podria dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó D. Quijote: ven acá, ¿en qué consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo por ventura? ¿hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi com-

padre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió D. Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por esperiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabia que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traia un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero D. Quijote le dijo: señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza al-

guna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastámos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostré. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á D. Quijote, mucho mas miraba D. Quijote al de lo verde pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de D. Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien D. Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el *Caballero de la Triste Figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago. Calló en diciendo esto D. Quijote, y el

de lo verde segun se tardaba en responderle parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: acertástes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís que el saber ya quién sois me la podria quitar, no ha sido así, ántes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Cómo ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió D. Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió D. Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de D. Quijote tomó barruntos el caminante de que D. Quijote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gaban: yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los he-

chos de los otros : oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado : procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó : ¿qué hacéis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á D. Diego. Preguntóle D. Quijote que cuántos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor D. Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años : los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio : en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió D. Qui-

jote : los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean como se quieren las almas que nos dan vida : á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso : y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado : y aunque la de la poesía es ménos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio : hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos : no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas : no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo, y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta : el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos : y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber

otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis, etc.* Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo [1], como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de D. Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas, y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen dis-

[1] Si tiene algo de cierto esta propiedad que se atribuyó á las hojas del laurel, será porque abundan de resina, lo cual las hará como llaman *idioeléctricas.*

curso de D. Quijote, cuando alzando D. Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual Sancho oyéndose llamar dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPÍTULO XVII.

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que cuando D. Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo: dáme, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á D. Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer, y volviéndose á Sancho le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla D. Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de D. Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho: ¿qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dáme si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á

Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse D. Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó á las narices, y en oliéndolas dijo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: si son requesones démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habéis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á colera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo D. Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando despues de haberse limpiado D. Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanas en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose D. Quijote delante y dijo: ¿adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué lleváis en él? y ¿qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Oran envía á la corte presentados á su Majestad, las banderas son del rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó D. Quijote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas, y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo D. Quijote sonriéndose un poco: ¿leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es

D. Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían. Ta, ta, dijo á esta sazon entre sí el hidalgo, dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho y díjole: señor, por quien Dios es que vuesa merced haga de manera que mi señor D. Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á D. Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentía que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza; cuanto mas que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió D. Quijote á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: voto á tal don bellaco, que si no abrís luego luego las jaulas, que con esta lanza os he coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. O hombre de poca fe, respondió D. Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: séanme testigos cuantos aquí están como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió D. Quijote que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó D. Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal

empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió D. Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriere ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto D. Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento de volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á D. Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando D. Quijote si seria bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de corazon, y luego á su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice: ó fuerte y sobre todo encarecimiento animoso D. Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo D. Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cor-

tadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamas criaron las africanas selvas [1]. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia diciendo, que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á D. Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoréo los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo D. Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á D. Quijote y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual D. Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada: ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrário no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió D. Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dáme por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvile á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo

[1] *Las espadas del perrillo* se llamaban y llaman así, porque tienen por marca un perro pequeño grabado en la hoja. Fabricólas Julian del Rey armero de Toledo.

mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera caballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el leonero, y D. Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dijo : que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era D. Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de D. Quijote, que los llamaba. Finalmente volvieron al carro, y en llegando dijo D. Quijote al carretero : volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje ; y tú, Sancho, dále dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho pero ¿qué se han hecho los leones ? ¿son muertos ó vivos ? Entónces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de D. Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Que te parece desto, Sancho, dijo D. Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía ? bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á D. Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo rey cuando en la corte se viese. Pues si acaso su Majestad proguntare quién la hizo, diréisle, que el *Caballero de los Leones* : que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura* ; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento. Siguió su camino el carro, y D. Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra D. diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de D. Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura;

pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó D. Quijote diciéndole: quién duda, señor D. Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco; y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, honran las córtes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por la soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun desplobado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al

punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor D. Diego, que ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor D. Quijote, respondió D. Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor D. Diego, respondió D. Quijote; y picando mas de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de D. Diego, á quien D. Quijote llamaba *el Caballero del Verde Gaban*.

CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló D. Quijote ser la casa de D. Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea; y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

> ¡O dulces prendas, por mi mal halladas!
> Dulces y alegres cuando Dios queria.

¡O tobosescas tinajas, que me habéis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de D. Diego, que con su madre habia salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de D. Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y D. Diego dijo: recebid, señora, con vuestro sólito

agrado al señor D. Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y D. Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar D. Quijote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual mas tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones. Entraron á D. Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero ántes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero: merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió D. Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huésped queria la señora Doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que D. Quijote se estuvo desarmando tuvo lugar D. Lorenzo (que así se llamaba el hijo de D. Diego) de decir á su padre: ¿quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió D. Diego: solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué D. Lorenzo á entretener á D. Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo D. Quijote á D. Lorenzo: el señor D. Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió D. L

renzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas: pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió D. Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió D. Lorenzo, y alguno hábra que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió D. Quijote; pero dígame vuesa merced ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dijo entre sí D. Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oido? La de la caballería andante, respondió D. Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos mas. No sé qué ciencia sea esa, replicó D. Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó D. Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolas ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defen-

derla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor D. Lerenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó D. Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Cómo si es así? respondió D. Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo D. Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió D. Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazon entre sí D. Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato flojo si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó D. Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: no le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como D. Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que mas se contentó D. Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, D. Quijote pidió ahincadamente á D. Lorenzo dijese los versos de la justa literaría. A lo que él respondió: por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenío la he hecho. Un amigo y discreto, respondió D. Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos; y la razon, decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni

dijo, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber. Verdaderamente, señor D. Quijote, dijo D. Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió D. Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió D. Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera :

Si mi fué tornase á es,
sin esperar mas será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será despues.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiemqo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos há ya que me ves,
fortuna, puesto á tus piés;
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso,
si mi fué tornase á es.
No quiero otro gusto ó gloria,
otra palma ó vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
sin esperar mas será.
Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo á ser,
despues que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder,
que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraria el que pidiese,
ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniese el tiempo ya.
Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo

buscar al dolor salida.
A mí me fuera interes
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será despues.

En acabando de decir su glosa D. Lorenzo se levantó en pié D. Quijote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de D. Lorenzo dijo: viven los cielos donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Aténas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee, y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó D. Lorenzo de verse alabar de D. Quijote, aunque le tenia por loco? ¡O fuerza de la adulacion, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó D. Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de D. Quijote diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa,
Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
Parte el amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.
Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved qué historia,
Que á entrambos en un punto ¡ó extraño caso
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dijo D. Quijote habiendo oido el soneto á D. Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Cuatro dias estuvo D. Quijote regaladísimo en la casa de D. Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse,

diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. D. Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para D. Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de D. Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dijo D. Quijote á D. Lorenzo: no sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó D. Quijote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo: sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor D. Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guia mas por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de D. Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo D. Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado D. Quijote del lugar de D. Diego cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de médias de cordellate; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y asi estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á D. Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles D. Quijote; y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio D. Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el Caballero de los Leones* Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de D. Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle D. Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quitéria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el



mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar rezeloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandría, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dijo á esta sazon D. Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al reves) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo D. Quijote, quitaríase la eleccion y juridicion á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su

parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin : que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, ántes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse : ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercadurma que una vez comprada se vuelve, ó se truecа ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida : es un lazo, que si una vez le echáis al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado como le llamó D. Quijote : de todo no me queda mas que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio. come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto : mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina : nadie sabe lo que está por venir : de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa; y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto : tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el sí y el no de la mujer no me atraveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria : denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. ¿Adónde vas á parar, Sancho? que seas maldito, dijo D. Quijote, que cuando co-

mienzas á ensartar refranes y cuentos no te puede esperar sino el mismo Júdas, que te lleve. Díme, animal, ¿ qué sabes tú de clavos ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡ Oh ! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo D. Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte [1] vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagues á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda : dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades mas de saber mas menear las negras [2] que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola [3]. Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estáis en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía con mi destreza moderna y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las

[1] Quiere decir, *no se enfade.*

[2] Las *negras* son las espadas de hierro sin lustre ni corte, con un boton en la punta, de las cuales se usa en el juego de la esgrima.

[3] Llevar el primero, es *llevar el primer lugar;* llevar cola, *llevar el último :* frases usadas en las universidades cuando concurren varios en las oposiciones á cátedras ó para recibir los grados : aquí se trataba del de *licenciado*, que era el del otro estudiante.

espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podria ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. No ha de ser así, dijo á este instante D. Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion: y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de piés se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetatores [1] en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una média sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dijo: mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad de quien tan léjos estaba: y levantándose abrazó al licenciado y quedaron mas amigos que de ántes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las excelencias de la espada con tantas razones de-

[1] *Aspetatores* por *espectadores*.

mostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero ántes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entónces no soplaba sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andámios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar D. Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de D. Diego.

CAPÍTULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

Apénas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando D. Quijote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo cual visto por D. Quijote, ántes que le despertase le dijo: ó tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en contínua vigilia zelos de tu dama, ni te des-

velen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertara tan presto si D. Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes dijo : de la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto mas de torreznos asados, que de juncos y tomillos : bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dijo D. Quijote : ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa : uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió D. Qui-

jote del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis médias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne : así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos : las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número : los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos : así habia rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras : los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle : las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió : hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, merced al rico Camacho : apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso

y para poco debéis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las médias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchára y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba D. Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazára y grita diciendo: vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo cual D. Quijote dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quitéria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar labrados de várias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque D. Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte tranzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Haciales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los piés á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interes; aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian traían á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de

la primera; el de la segunda *Discrecion;* el de la tercera *Buen linaje;* el de la cuarta *Valentía*. Del modo mismo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural que por poco espantarán á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito: *Castillo del buen recato*. Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponia entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra,
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas: callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede mas que Amor,
y es Amor el que me guia;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cria
mas conocida y mayor.
Soy el Interes, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro
por siempre jamas amen.

Retiróse el Interes, y hízose adelante la Poesía, la cual despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo dijo:

En dulcísimos conceptos
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.

Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna
de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas dijo :

Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrário, que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo por te engrandecer,
de hoy mas pródiga he de ser;
que aunque vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria D. Quijote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente despues de haber bailado un buen espacio, el Interes sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla : lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó D. Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletré para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo D. Quijote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas : bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo : el rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dijo D. Quijote, bien se parece, Sancho,

que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo : á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenia ; y el dia de hoy, mi señor D. Quijote, ántes se toma el pulso al haber que al saber : un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos ; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle. ¿ Has acabado tu arenga, Sancho? dijo D. Quijote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó D. Quijote, que yo te vea mudo ántes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entónces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, ó Sancho, respondió D. Quijote, nunca llegará tu silencio adó ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida ; y mas que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya ; y así jamas pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero ; y á nuestro cura he oido decir, que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder que de melindre ; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dijo á este punto D. Quijote: tente en buenas [1], y no te dejes caer, que en verdad que lo

[1] Esto es, *mantente en las buenas palabras ó expresiones que acabas de cir.*

que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dijo D. Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, dē sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma[1], que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos que despertó los D. Quijote, y sin duda le ayudara si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Cuando estaban D. Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo: á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. O hideputa, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la comparéis

[1] *Despabilar* es *hacer desaparecer con brevedad*, como se despabila una luz ó se quita el moco á un candil, que es en un momento: es metáfora usada por nuestros escritores. Sancho la aplicaba al caso de las gallinas y gansos de su espuma.

á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flándes. Rióse D. Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazon que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia, esperaos un poco gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro jironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con un corona de funesto cipres, en las manos traía un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él; y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el

triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando D. Quijote á Rocinante acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual le dijo que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de véras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo D. Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera; y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabia ni podia ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones. Entónces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: ¡ó Quiteria, que has venido á ser pia-



Llegó en fin Quiteria..... le pidió la mano por señas y no por palabras.

P. 482.

dosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de la mano Basilio y Quiteria, el cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y des-

envainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo D. Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. D. Quijote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon toméis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho por mostrar que no sentia la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á D. Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su ..., que con la cuadrilla de Básilio iba, y así se dejó atras ...as de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya

casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesínos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote de la Mancha.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á D. Quijote obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto : bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo D. Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo que el mayor contrário que el amor tiene es la hambre y la contínua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió D. Quijote, opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola

mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo · que mucho mas dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oía todo esto Sancho y dijo entre sí: este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle · ¿qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho ántes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo D. Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo D. Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está zelosa, que entónces súfrala el mismo Satanas. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió D. Quijote al diestro licenciado le diese una guia que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa

que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesínos. En el camino preguntó D. Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república : que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones : porque doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos, ó Ovidio español*, de invencion nueva y rara ; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quién el caño de Venciguerra de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganítos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora ; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo : dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Sí seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos ; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho ; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador

del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo,que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dijo el primo; y dijo D. Quijote: esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo D. Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á D. Quijote, que desde allí á la cueva de Montesínos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. D. Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así compraron casi cien brazas de soga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y D. Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian le dijo Sancho: mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió D. Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dijo la guia: suplico á vuesa merced, Señor D. Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de D. Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar), dijo D. Quijote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que guie, y luego se hincó de rodillas y hizo

una oracion en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ó señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me nieges tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tu me favoreces no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa que dieron con D. Quijote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salian mas cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre las cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guie y la peña de Francia junto con la trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba D. Quijote dando voces que le diesen soga y mas soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver á subir á D. Quijote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como média hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que D. Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando á su parecer á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á D. Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondia palabra D. Quijote, y sacándole del todo vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en

el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado, dijo : Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡O desdichado Montesínos! ¡O mal ferido Durandarte! ¡O sin ventura Belerma! ¡O lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamáis? dijo D. Quijote; pues no le llaméis ansí porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dijo D. Quijote de la Mancha : no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesínos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á D. Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesínos [1] habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hacé una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura region abajo sin llevar cierto

[1] Esta cueva está en el término de la Osa de Montiel.

ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes mas soga hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimero me senté sobre él, pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos; limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntunoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas vi que por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los diezes asímismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, luego decirme: luengos tiempos há, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesínos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcáide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apénas me dijo que era Montesínos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad sino en la daga, porque no fué daga ni pequeña, sino un puñal

buido mas agudo que una lezna. Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hóces el Sevillano. No sé, prosiguió D. Quijote; pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hóces fué ayer, y lo de Roncesválles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Asi es, respondió el primo : prosiga vuesa merced, señor D. Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió D. Quijote, y así digo que el venerable Montesínos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesínos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo : este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo ; tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo ; y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjos segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos ; y en verdad que debia de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte dando una gran voz dijo :

O mi primo Montesínos,
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazon
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesínos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos,

dijo: ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesválles eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin há muchos años, y aunque pasan de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima, que llaman de S. Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean [1]. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le

[1] El rio Guadiana se forma de las aguas que arrojan de sí las faldas de la parte oriental de Sierra Morena ó sierra de Alcaraz, las cuales forman por espacio de legua y média lagos profundos que cayendo sucesivamente unos en otros, empiezan á correr por una madre seguida en el término de la Osa de Montiel, dos leguas ántes de Argamasilla de Alba. Este rio, á poco de correr por su cauce, se oculta por espacio de siete ú ocho leguas desde Peñarroya, hasta que entre Villarrubia y Daimiel vuelve á fluir de dos lagunas llamadas *los Ojos de Guadiana*.

aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel D. Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, ó primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su túrbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios : los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras : traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne mómia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo : y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante : que si esto no fuera, apénas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entónces, señor D. Montesinos : cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y i no hay para qué comparar á nadie con nadie · la sin par

Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió : señor D. Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apénas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesínos se quietó mi corazon del sobresalto que recebí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió D. Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados : yo sé bien que no nos quedámos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasámos. A esta razon dijo el primo : yo no sé, señor D. Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó D. Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió D. Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió D. Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió D. Quijote, á lo ménos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de díme con quién andas decirte he quién eres : ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes, mirad si es mucho que ni coma ni duerma miéntras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor D. Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar

tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor mienta respondió Sancho. Si no ¿qué crees? le preguntó D. Quijote Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó D. Quijote; pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apénas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablámos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesínos si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo pensó perder el juicio ó morirse de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: en mala coyuntura y en peor sazon y aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo y en mal punto se encontró con el señor Montesínos, que nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió D. Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocíla, respondió D. Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla

y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asímismo que andando el tiempo se me daria aviso cómo habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas con turbada y baja voz me dijo mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin, que aquí traigo de cotonía nuevo, média docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: créame vuesa merced, señor D. Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dije: decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos y que quisiera ser un Fúcar [1] para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando ménos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mantua, de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, qué fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar

[1] Los Fúcares eran una familia ilustre desde mediados del siglo XV, originaria de Suiza, y establecida en Ausburgo, donde poseian grandes riquezas; se decia en España *es un Fúcar* para significar que uno era persona rica y adinerada.

las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡O santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¡ es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura ¡O señor, señor, por quien Dios es que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo D. Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesari al verdadero entendimiento desta grande historia.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, q llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesin en el márgen dél estaban escritas de mano del mismo Hame estas mismas razones :

« No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir q
» al valeroso D. Quijote le pasase puntualmente todo lo q
» en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, q
» todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido conti
» gibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo e
» trada alguna para tenerla por verdadera por ir tan fuera
» los términos razonables. Pues pensar yo que D. Quijo
» mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas nob
» caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera
» una mentira si le asaetearan. Por otra parte considero q
» él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas,
» que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máqui
» de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo
» tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdader
» la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que
» pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que

» tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que » se retrató della, y dijo que él la habia inventado por pare- » cerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que » habia leido en sus historias. » Y luego prosigue diciendo :

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba ; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo : yo, señor D. Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesínos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesínos, él despertó diciendo : paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba en Francia y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades ;* y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuesa merced tiene razon, dijo D. Quijote ; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos. Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No muchos, respondió D. Quijote ; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo [1] que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos ; pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y va-

[1] Alude aquí Cervántes á D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lémos, protector del mismo y de todos los literatos de aquel tiempo.

mos á buscar adonde recogernos esta noche. No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió D. Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entónces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo ménos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. D. Quijote le dijo: buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar D. Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco ántes de anochecer. Dijo el primo á D. Quijote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron D. Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de D. Diego, y cuántas veces os tengo de echar ménos! Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delan

dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que al parecer debian de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las médias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

A la guerra me lleva
  mi necesidad;
si tuviera dineros,
  no fuera en verdad.

El primero que le habló fué D. Quijote diciéndole: muy á la ligera camina vuesa merced, señor galan: ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió: el caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó D. Quijote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros: y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo y por señor al rey, y sevirle en la guerra, que no á un pelon en la corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun grande de España, ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catariberas, y á gente advenediza de racion y quitacion tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y seria tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó D. Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religion, ántes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis

amos, que acabados los negocios á que venian á la corte se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado. Notable espilorchería, como dice el italiano, dijo D. Quijote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas provecho que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo ménos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huída; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algália, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto mas que ya se va dando órden cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas sino que subáis á las ancas deste mi caballo hasta la venta y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazon dicen que dijo Sancho entre sí: válate Dios por señor: ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta

de la cueva de Montesínos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado cuando D. Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocia el pan á D. Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: mas despacio y no en pié se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió D. Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y D. Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera: sabrán vuesas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y média desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte: si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que

luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda. Con estas circunstancias todas y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos regidores á pié y mano á mano se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decís, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora, digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mi, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir y á volver

á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño : ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno ; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos ; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos ; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y éstas son las maravillas que dije que os habia de contar ; y si no os lo han parecido, no sé otras, y con esto dió fin á su plática el buen hombre : y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, médias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo : señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro ; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo :

sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego D. Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia. A lo que respondió el ventero: este es un famoso titerero, que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon enseñando un retablo de la libertad de Melisendra dada por el famoso D. Gaiféros, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto: trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oído le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él despues de haberle hablado al oído; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo, habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero de mala cara; y apénas le vió D. Quijote cuando le preguntó: dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo: señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mi ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene? No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: no quiero

recebir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante D. Quijote, y abrazándole las piernas dijo: estas piernas abrazo bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules, ¡ó resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡ó no jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado D. Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: y tú, ó buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocara yo por la giganta Andandona que, segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dijo á esta sazon D. Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo D. Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de D. Quijote): ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor D. Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero alegre sobremanera señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. D. Quijote no estaba muy con-

tento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo se retiró D. Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde sin ser oidos de nadie le dijo: mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente; y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió D. Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de es-

crúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á D. Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecia. D. Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de D. Quijote y de Sancho dijo: mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada Montesínos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído dijo luego maese Pedro: el mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles: y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió D. Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígole á vuesa merced, mi señor D. Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*, y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle D. Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié frontero del retablo, y acomodados D. Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero con otras cosas en verdad harto buenas.

Callaron todos Tirios y Troyanos : quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo : esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor D. Gaiféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba en- tónces la que hoy se llama Zaragoza : y vean vuesas mer- cedes allí como está jugando á las tablas D. Gaiféros, seg aquello que se canta :

> Jugando está á las tablas Don Gaiféros,
> Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre p tativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio descuido de su yerno, le sale á reñir : y adviertan con la v hemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que quiere dar con el cetro média docena de coscorrones, y a hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peli que corria su honra en no procurar la libertad de su espo dicen que le dijo :

> Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes tambien como el emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á D. Gaiféros, el cual ya ven cómo arroja impaciente de la cólera léjos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á D. Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y cómo D. Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone ; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar ; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de

la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego ender, y que le den docientos azotes, llevándole por las les acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y varamiento detras : y veis aquí donde salen á ejecutar la tencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la rte, ni á prueba y estése, como entre nosotros. Niño, niño, o con voz alta á esta sazon D. Quijote, seguid vuestra toria línea recta, y no os metáis en las curvas ó trasveres, que para sacar una verdad en limpio, menester son chas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro de dentro : muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo ese señor te manda, que será lo mas acertado : sigue tu to llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen brar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y siguió diciendo : esta figura que aquí parece á caballo, ierta con una capa gascona, es la mesma de D. Gaiféros, uien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice :

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiféros preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la projilidad se suele engendrar el fastidio : basta ver como D. Gaiféros se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas

del caballo de su buen esposo. Mas ¡ ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega D. Gaiféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes; lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, ántes prosiguió diciendo: no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dijo á esta sazon D. Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: no mire vuesa merced en niñerías, señor D. Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó D. Quijote; y el muchacho dijo: miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma

y tanto estruendo D. Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pié, en voz alta dijo : no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga supercheria á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como D. Gaiféros : deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro diciendo : deténgase vuesa merced, señor D. Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta : mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear D. Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta : temió el primo, acobardóse el paje y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco D. Quijote, y dijo : quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes : miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen D. Gaiféros y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazon con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey D. Rodrigo :

Ayer fuí señor de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

No há média hora ni aun un mediano momento que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo,

y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin *el Caballero de la Triste Figura* habia de sér aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole : no llores, maese Pedro, ni te lamantes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor D. Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor D. Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo D. Quijote ; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿ Cómo no ? respondió maese Pedro ; ¿ y estas relíquias que están por este duro y estéril suelo, quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo ? ¿ y cuyos eran sus cuerpos, sino mios ? ¿ y con quién me sustentaba yo, sino con ellos ? Ahora acabo de creer, dijo á este punto D. Quijote, lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra, D. Gaiféros D. Gaiféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno : por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habéis visto : si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas : vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele maese Pedro diciéndole : no esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso D. Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos ; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la [illegible]za ménos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo : ye se ve

cuán imposible es volver á este rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo D. Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida, y señálensele cinco reales. Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo D. Quijote, que no está en un cuartillo mas á ménos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí seria el diablo, dijo D. Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo ménos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que ántes volaba que corria, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que D. Quijote izquierdeaba, y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartilllos; y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo D. Quijote, no para tomar el mono, sino la mona [1], y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor D. Gaiféros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de D. Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya despues

[1] Jugó D. Quijote con la doble significacion de la palabra *mona*, que ademas de la *hembra del mono*, suele significar tambien la que toman los borrachos, es decir *embriaguez* ó *borrachera*.

de amanecido se vinieron á despedir de D. Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió D. Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes ni diretes con D. Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á D. Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose del casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano;* á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de D. Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leido la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuían á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolucion Gines le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Gines pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas be-

llaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berbería compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oído. Hecho esto, ántes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adivinaba su mono, á todos hacia monas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta conoció á D. Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á D. Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si D. Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto és lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y volviendo á D. Quijote de la Mancha, digo, que despues de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pié della, á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas

y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó jiron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando : al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos :

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó D. Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza : señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entónces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto mas que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos D. Quijote no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. D. Quijote alzando la visera con gentil brio y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los mas principales del ejército por verle admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. D. Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz y dijo :

Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. D. Quijote con esta licencia prosiguió diciendo : yo, señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas,

y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negócio, hallo segun las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en D. Diego Ordóñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dólfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor D. Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las águas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija, Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es : porque bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gentes de poco mas á ménos : bueno seria por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera : los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patría. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso : cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen : mandamiento que aunque parece algo

dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Asi que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse. El diablo me lleve, dijo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es teólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento D. Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él diciendo : mi señor D. Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atento, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren : cuanto mas que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de mas de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida : luego puesta la mano en las narices comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. D. Quijote, que vió tan malparado á Sancho, arremetió al que le habia dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; ántes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no ménos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogia el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su

jumento apénas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues D. Quijote buen trecho volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPÍTULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

Cuando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse D. Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿qué contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió D. Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo y así yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardadó para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales por no serte á ti de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de D. Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole D. Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo D. Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí; ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de márras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andar tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á ménos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo D. Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros á vuestra casa con vuesta mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios; mirad cuánto

há que esta tercera vez salímos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida : con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que há que sirvo á vuesa merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo D. Quijote, que todo lo que dices, sea verdad : ¿cuánto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado : esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó D. Quijote, y conforme al salario que vos os habéis señalado, veinte y cinco dias há que salímos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡O cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo D. Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas ó ménos. Dióse D. Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo : pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestros salidas, sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero díme, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya

puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡O pan mal conocido! ¡ó promesas mal colocadas! ¡ó hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que ántes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á D. Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y D. Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. D. Quijote la pasó en sus contínuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda llegaron D. Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á D. Quijote, porque contempló y miró él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró D. Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió D. Quijote: has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrário, me está llamando y convidando á que éntre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de ótro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se éntre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los áires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia, y ántes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen fráiles descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate

con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuestra merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabógas del mundo. Esto decia miéntras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. D. Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longincuos, respondió D. Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estas tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió D. Quijote: santiguarnos y levar ferro, quiero decir embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oir roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: el rucio, rebunza condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. O carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en estó comenzó á llorar tan amargamente, que D. Quijote mohino y colérico le dijo: ¿de qué temes, cobarde criatura? ¿de qué lloras, corazon de mantequillas? ¿quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de raton casero? ¿ó qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿por dicha vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla cómo un archiduque por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo ménos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habrémos caminado? Mucho, replicó D. Quijote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me

trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé cómo. Rióse D. Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda; y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejámos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atras y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó D. Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entónces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apénas las hubo visto D. Quijote cuando con voz alta dijo á Sancho: ves allí, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo D. Quijote, que aunque

parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos; no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la trasformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿venis desesperados? ¿qué, quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar adó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas catadura nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pié en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy D. Quijote de la Mancha, llamado el *Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con D. Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á D. Quijote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos voces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra mas mojados, que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á D. Quijote se lo pagase: el cual con gran

sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiereste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí D. Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrárias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: amigos, cualesquiera que seáis, que en esta prision quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender adó se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decía, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio, D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien léjos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedi-

mientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él temia. Sucedió pues, que otro dia al poner del sol y al salir de una selva tendió D. Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia trasformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á D. Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *Caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho: á mi con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó D. Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo D. Quijote; vé en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal *Caballero de los Leones*, que no há mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladisima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho en hora buena á servirse de mí

y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que tenía noticia de su señor el *Caballero de la Triste Figura*; y que si no le habia llamado el *de los Leones* debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe [1]) : decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha,* que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donair y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que D. Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leido la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó D. Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pié en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en suelo. D. Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya San-

[1] D. Juan Antonio Pellicer, combinando con su acostumbrada erudicion las circunstancias de lugar y de tiempo que se expresan en el *Quijote* con otras noticias históricas, conjetura que Cervántes designó en estos sucesos á D. Cárlos de Borja y Doña María de Aragon, Duques de Villahermosa, y que el castillo ó quinta, teatro de tantas aventuras como allí acaecieron, fué el palacio de Buenavía que edificó el Duque D. Juan de Aragon, primo del Rey Católico, en las inmediaciones de la Villa de Pedrola, residencia ordinaria de los señores de aquel estado.

cho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á D. Quijote maltrecho de la caida, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole : á mí me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió D. Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese dijo : no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Ducinea del Toboso, pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres y ciento : dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse D. Quijote á la Duquesa, y dijo : vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la Duquesa ; de que Saucho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires, señor D. Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes : y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió D. Quijote. Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras : y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*... *De los Leones* ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste

figura : él figuró el *de los Leones*. Prosiguió el Duque : digo que venga el señor *Caballero de los Leones* á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él D. Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el Duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á D. Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél los lacayos ó palafreneros vestidos hásta en piés de unas ropas que llaman de levantar de finísimo raso carmesí, y cogiendo á D. Quijote en brazos sin ser oido ni visto, le dijeron : vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa. D. Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso ; pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á D. Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces : bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes ; y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre D. Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba D. Quijote ; y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser

caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la Duquesa habia salido, y con voz baja le dijo : señora González, ó como es su gracia de vuesa merced. Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandáis, hermano? A lo que respondió Sancho : querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio : vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino;* y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para dónde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto ménos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia. Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que cuantas pudieran decirme ; y hablando con Sancho le dijo : advertid, Sancho amigo, que Doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodríguez. D. Quijote, que todo lo oia, le dijo : ¿pláticas son

estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere : aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el Duque : Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada : al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará cómo á su misma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á D. Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á D. Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado : seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á D. Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó D. Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), revantaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa ; y viéndose solo con Sancho le dijo : díme, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuérvos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo : huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado : enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra

que no fuese muy á propósito y bien considerada como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriria quién ellos eran. Vistióse D. Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncella le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas, puestas en ala tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamános, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debia de ser el grave religioso, que con los Duques salió á recibir á D. Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á D. Quijote en medio se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á D. Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y D. Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo : si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando D. Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo : no tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió D. Quijote; dí lo que quisieres como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor D. Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó D. Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo D. Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas

Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto : quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este : convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencía de Quiñónes, que fué hija de D. Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quién hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor D. Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad : pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer mas exequias, acabéis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recebian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rábia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, po-

niéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole : sentaos, majagránzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera : y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito. Púsose D. Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa porque D. Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á D. Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que D. Quijote respondió : señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en las mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza : á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; á lo ménos en la ligereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador : á buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo son sobre una borrica, como si fuera un gato. ¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque. Y cómo si la he visto, respondió Sancho; ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser D. Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo : vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este D. Quijote, ó D. Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á D. Quijote le dijo : y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes, y prendéis malandrines? Andad enhorabuena y en tal se os diga : volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo D. Quijote á las

razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pié, y dijo... Pero está respuesta capítulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió D. Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado pues en pié D. Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo : el lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo ; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza ; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo ? ¿ No hay mas sino á trochemoche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿ Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite : caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo : unos van por el ancho campo de la ambicion so-

berbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos. yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean: y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando su en compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el Duque, que yo en nombre del señor D. Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo D. Quijote, y besa los piés á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir, y dijo á D. Quijote: vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiás-

ticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió D. Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dále de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religion; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, ménos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalban hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Perecia de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo

parecer. Finalmente D. Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de D. Quijote; el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran ménos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor D. Quijote esperaria. Hízolo así, y quedó D. Quijote con la mas extraña figura y mas para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veian con média vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á D. Quijote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á D. Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque D. Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á D. Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el Duque que si á él no le lavaran como á D. Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: válame Dios, ¡si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros!



Y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil...

P. 545.

porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio. ¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos ántes es gusto que trabajo. No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y D. Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La Duquesa rogó á D. Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró D. Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apénas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina, para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor D. Quijote? preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió D. Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el Duque; y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor D. Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hermosas. Sí hiciera por cierto, respondió D. Quijote, si no me la hubiéra borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que mas estoy

para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió D. Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguídome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor D. Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió D. Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor D. Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dul-

cinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió D. Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto mas, que Dulcinea tiene un jiron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor D. Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor D. Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuestra merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió D. Quijote: señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Benardo del Carpio le mató en Roncesválles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he

visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca : y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo : y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales : y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso jamas pude hallar los palacios de Dulcinea ; y que otro dia habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo : y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante : tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento : tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo : duda de todo, y créelo todo : cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldria con cualquier gobierno como el rey con sus alcabalas : y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apénas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes : el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aco-

seje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare. A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y D. Quijote cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba quererselas lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa: ¿qué es esto? ¿qué queréis á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no consideráis que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero: no quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo. Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querria que fuese con toallas mas limpias, con lejía mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras mas parecen burlas que gasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á D. Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: hola, señores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: no, sino lléguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces.

A esta sazon, sin dejar la risa, dijo la Duquesa : Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere : él es limpio, y como él dice no tiene necesidad de lavarse ; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma : cuanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores ; pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de véras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo : de grandes señoras grandes mercedes se esperan : esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con ménos sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora : labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo : si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía : bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pechos del señor D. Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias ó cirimonias como vos decís : bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad : levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y D. Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuése. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á D. Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta pues la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenia de oirle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse ; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador [1]. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandisimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo : ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quijote anda ya impresa : una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor D. Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo : ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare : y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor D. Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanas no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato : pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo

[1] Escaño precioso de marfil, ganado por el Cid, segun cuenta su crónica, entre otros despojos, cuando tomó á Valencia, el cual habia sido del rey moro nieto de Alimaimon rey de Toledo.

que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Úbeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa : de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos que me dice : pues D. Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas; sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo : y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿cómo sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza : no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon : y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga ; y aun podria ser que se fuese mas aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador : tan buen pan hacen aquí como en Francia : y de noche todos los gatos son pardos : y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado : y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno : y las avecitas del campo tienen á Dios por su provéedor y despensero : y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia : y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero : y no ocupa mas piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches : y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto : y yo he oido decir, que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro

todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). Y como que no mienten, dijo á esta sazon Doña Rodríguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

> Ya me comen, ya me comen,
> por do mas pecado habia.

Y segun esto mucha razon tiene este señor en decir que quiere ser mas labrador que rey si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El Duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando ménos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza: y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato: dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pié ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria ser que á quince dias de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas del que de la labor del campo en que me he criado. Vos tenéis razon, Sancho, dijo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco há tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que

al señor D. Quijote persiguen, porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado: y no hay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos : y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando ménos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entónces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo ese, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesínos donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al reves, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuacion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores : yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor D. Quijote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al reves, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo la Duquesa; pero dígame ahora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesínos, que gustaria saberlo. Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa dijo : deste suceso se puede inferir que pues el gran D. Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos : verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué: y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo ménos es persona bachille-

rada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: así que no hay para qué nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encajenme ese gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador. Toto cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo ménos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis* [1]. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo náda de hipócrita; bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un bríndis de un amigo ¿qué corazon ha de haber tan de mármol que no haga la razon? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Qué rucio es este? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡O válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dijo Doña Rodríguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la Duquesa, no haya mas, calle Doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre los niñas de los ojos de vuesa grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesías ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha ir con el

[1] Hace alusion al dístico en que Angelo Policiano hizo ó compuso el epitafio de Micael Verino.

compas en la mano y con medido término. Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á D. Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

Grande era el gusto que recebian el Duque y la Duquesa de la conversacion de D. Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, pa-

ranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se pusó en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y D. Quijote, y pusiéronse á sus lados : Sancho se puso detras de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desman; y apénas habian sentado el pié y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote : lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho : tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote, y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de vitoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dijo : si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estu-

viera mi sayo de verse en este extremo, yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida : yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice :

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

Ese fué un rey godo, dijo D. Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañáis, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo : padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables : menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Así que, ó Sancho, mudad de opinion, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose : así enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores : en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendras; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte : no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo D. Quijote; y cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo

puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traidos tan á sazon y tan á tiempo cuando le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador griego [1], no por eso son ménos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con mas sazon acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífanos, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse D. Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada: yo soy el diablo, voy á buscar á D. Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesinos á dar órden á D. Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero D. Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho,

[1] Fernan Núñez de Guzman, el cual juntó una numerosa coleccion de refranes, que se imprimió despues de su muerte.

que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia; ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio sin apearse, encaminando la vista á D. Quijote dijo: á ti *el Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo) me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesínos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser para mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y D. Quijote: en Sancho en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea; en D. Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesínos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: ¿piensa vuesa merced esperar, señor D. Quijote? ¿Pues no? respondió él, aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flándes, dijo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que D. Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro

perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros que Sancho habiéndolos visto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz dijo: yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro dijo: yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pié como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada: yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicó Sancho: luz da el fuego, claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba, y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y

los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traía el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de D. Quijote cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que D. Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
(Mentira autorizada de los tiempos),
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Emulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
A quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos, contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa,
Y amiga de hacer bien á todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y carácteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su trasformacion de gentil dama
En rústica aldeana; condolíme,
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.

O tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas;
A ti digo, ó varon, como se debe,
Por jamas alabado, á ti valiente
Juntamente y discreto D. Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas Válate el diablo por modo de desencantar : yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dijo D. Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin dijo : no ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permitesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿ Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos ? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿ azotarme yo ? abernuncio. Apénas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con

un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: ó malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacáras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo, Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Dáte, dáte en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta D. Quijote, y dijo volviéndose al Duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atrevesada en la garganta, como una nuez de ballésta. ¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio, habéis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el Duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras mas ó ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora Doña

Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandáis mas que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin, aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el ser que está será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor D. Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura como vos bien sabéis. Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su

parte que le esperase aquí, porque venian á dar órden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesínos ni á sus semejas. A lo cual respondió Merlin: el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesínos, sino mio, porque Montesínos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por ahora acabad de dar el sí desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porqúe yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho: pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al reves de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apénas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y D. Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de

los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban : la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el dia que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia véras que mas gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.

Tenia un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes : yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura : menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco precio. A lo que respondió Sancho : déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado ; porque hago saber á vuesa merced, ue aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodon ue de esparto, y no será bien que yo me descríe por el proecho ajeño. Sea en buena hora, respondió la Duquesa ; yo s daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y e acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran us hermanas propias. A lo que dijo Sancho : sepa vuestra lteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una rta á mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que e ha sucedido despues que me aparté della : aquí la tengo n el seno, que no le falta mas de ponerle el sobrescrito : uerria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece ue va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben

de escribir los gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la Duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribístesla vos? dijo la Duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho: porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la Duquesa, que á buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

« Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora, otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres, mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa, acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. D. Quijote mi amo, segun he oido decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y trecientos azotes ménos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con esto mesmo deseo: tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo, ó no. El rucio está bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me llevaran á ser gran turco. La Duquesa mi señora te besa mil veces las manos; vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que ménos cueste ni valga mas barata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras; pero no te dé pena, Teresa mia, que en salvo está él que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno, sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él, y si así fuese no me costaria muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calonjía en la limosna que piden: así que por una via ó por otra tú has

» de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé como puede, » y á mí me guarde para servirte. Deste castillo á 20 de ju» lio de 1614.

» Tu marido el gobernador
» Sancho Panza. »

En acabando la Duquesa de leer la carta dijo á Sancho : en dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador : la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el Duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo : la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podría ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre. No, no, replicó la Duquesa, buena está esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente D. Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado : de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo : estos venian tocando dos grandes tambores asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pífaro negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba blanca como la nieve. Movia el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pié

con los demas que allí estaban le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pié alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca y mas poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque dijo : altísimo y poderoso señor, á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca : soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado : y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero D. Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pié y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento : ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué : ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida : bien podéis, estupendo escudero, decirle que éntre, y que aquí está el valiente caballero D. Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda : y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría. Oyendo lo cual Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á D. Quijote le dijo : en fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apénas há seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos : merced á vuestras grandes hazañas, que corren y ro-

dean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondió D. Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo : tocara por lo ménos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion D. Quijote, y á esta sazon dijo Sancho : no querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡ Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario ! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿ qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas ? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo D. Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes terras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodríguez, que se halló presente : dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas

si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió Doña Rodríguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. A fe que si me fuera dado y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena Doña Rodríguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: despues que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si seria bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho ántes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete á ti en esto, Sancho? dijo D. Quijote. ¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de ménos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el Duque, veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

Detras de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del monjil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traía de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos : la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas : y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y D. Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el Duque, la Duquesa y D. Quijote se adelantaron obra de doce pasos á recebirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dijo : vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy léjos, pues cuanto mas le busco, ménos le hallo. Sin él estaria, respondió el Duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin mas ver, es merecedor de toda la nata de

la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias. y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. D. Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio estaban esperando quién le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras : confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero D. Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese dijo Sancho, aquí está, y el D. Quijotísimo asimismo, y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó D. Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña dijo : si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos : y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oidos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarse á los piés de D. Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decia : ante estos piés y piernas me arrojo, ó caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería : estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡O valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á D. Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo : ¡ó tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran D. Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu

bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima condesa. A lo que respondió Sancho : de que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso : barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere : vuesa merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo : del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos ahora que la discrecion era mocosa : así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de pajaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad : que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacáras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo gran-

x Dyting. o Mi.
2 Bumbk
4 Phamelin

jearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian :

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por mas tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y despues acá, digo desde entónces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra véz cantó :

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿ Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas ? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores mios, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen : y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir : vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿ Pues qué cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo ? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir. ¿ Pero dónde

me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de D. Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser D. Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél que ántes que se saliese á luz el mal recado, D. Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson nó pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazon dijo Sancho: ¿tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Sí haré, respondió la condesa.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto como se desesperaba D. Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: en fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el vicario sentenció en favor de D. Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia,

que dentro de tres dias la enterrámos. Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo D. Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. Y cómo si queda lo amargo, respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterrámos, y apénas la cubrímos con la tierra, y apénas le dimos el ultimo vale, cuando, *quis talia fando temperet à lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de D. Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asimismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos » dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego, » venga conmigo á las manos en singular batalla, que para » solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.» Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hi-

cieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y despues de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto sentímos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis; y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas, y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados D. Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que ántes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios (y esto que voy á decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿qué padre ó qué madre se dolerá de ella? ¿quién la dará ayuda? pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho en bosque su rostro? ¡O dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensa-

mientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡O autor celebérrimo! ¡ó D. Quijote dichoso! ¡ó Dulcinea famosa! ¡ó Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida dijo: por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Cómo ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras habiendo dejado de ser primas: y si por el señor D. Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias, dijo D. Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: el retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió D. Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas á ménos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el

aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él queria ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Piérres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí : y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho : para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió : y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea média hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió : dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero cuando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro, ni ménos Bayarte, que fué el de Reináldos de Montalban, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Alígero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. No

me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apénas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla sin cojin ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas D. Paralipomenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podria ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; pues á fe que no tenéis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi Doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa. Mas que la diga

vuestra excelencia, dijo Rodríguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodríguez, dijo D. Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno : que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña : desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un *vos* nuestras señoras si pensasen por ello ser reinas. ¡O gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya el sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á D. Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvajes vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran

caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á D. Quijote: valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta média docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está S. Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. A lo que el Duque dijo: Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál mas, cuál ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor D. Quijote á dar cima y cabo á esta memorable

aventura: que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, hora la contrária fortuna os traiga y vuelva á pié hecho romero de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas, señor, dijo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías: suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podéis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo D. Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos le dijo: ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así queria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente, y no le digo mas. Y D. Quijote respondió: pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo D. Quijote: tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envia por nosotros no será para engañarnos por la poca gloria

que le puede redundar de engañar á quién del se fia; y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó D. Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir y dijo: si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor D. Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á D. Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que si fuese posible lo acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo D. Quijote: ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? y yo que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Piérres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que

tienes, á lo ménos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que den con nosotros en Peralvillo [1]? Cubriéronse, y sintiendo D. Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apénas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzáis á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Ténte, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caída, que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo: señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar D. Quijote, dijo: sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse desde léjos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volándas

[1] Lugar junto á Ciudad Real, camino de Toledo, donde la santa Hermandad hacia ajusticiar á los malhechores de los contornos.

por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó nebli sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte: y aunque nos parece que no há média hora que nos partímos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir, que si la señora Magallánes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con D. Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente.

» El inclito caballero D. Quijote de la Mancha feneció » y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre » llamada la Dueña Dolorida y compañía, con solo intentarla.

» Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su » voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y » mondas, y los reyes D. Clavijo y Antonomasia en su prístino estado; y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la » blanca paloma se verá libre de los pestiferos girifaltes que » la persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que así » está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de los » encantadores. »

Habiendo pues D. Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y

dando muchas gracias al cielo, de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en sí y trabando de la mano al Duque le dijo: ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de véras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas con la Trifaldi habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le habia ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió: yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo, que tengo no sé qne briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba las ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellenas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entónces. A esto dijo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que parece vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por doquiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced como descubriéndome por junto á las cejas me vi tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ade-

mas: y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y qué hago. sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies, y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque ¿en qué se entretenia el señor D. Quijote? A lo que D. Quijote respondió: como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos: y pues no nos asurámos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho, si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues, Sancho, dijo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron? No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera; y llegándose D. Quijote á Sancho al oído le dijo: Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que vi en la cueva de Montesinos y no os digo mas.

CAPITULO XLII.

De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviesen por véras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló y le dijo: despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á média docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de média legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias: lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador. Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto

aquí; y advertid que mañana en ese mismo dia habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C., pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del Duque, le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios; porque en el

temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu juridicion considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contrária, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma : escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza.

¡Quién oyera el pasado razonamiento de D. Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dió á Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues D. Quijote, y dijo:

En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y D. Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regol-

dar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy sinificativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones : y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, senor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo D. Quijote. Erutar, diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso ha menester. Eso sí, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano : castígame mi madre, y yo trómpógelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á unos hace caballeros, á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del dia : y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contrária jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que lleves muy en la memoria, que creo que no te será de ménos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es : que jamas te pongas á disputar de linajes, á lo ménos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, gregüescos ni por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte : andará el tiempo, y segun las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester, ¡Ah pecador de mí! respondió D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere : cuanto mas que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es mas que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver, no sino popen, y calóñenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados, y á quién Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca : no sino haceos miel, y paparos han moscas : tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡O maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazon D. Quijote : sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes : una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento, Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Díme ¿dónde los hallas, ignorante? ¿ó cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo come si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vüesa merced

se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y mas refranes, y ahora se me ofrecen cuatro, que venian aquí pintiparados ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú, dijo D. Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querria saber qué cuatro refranes te ocurrian ahora á la memoria que venian aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Qué mejores, dijo Sancho, que, entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y, á idos de mi casa, y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y, si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa, y qué queréis con mi mujer: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada; y vuesa merced sabe bien que mas sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena. Eso no, Sancho, respondió D. Quijote, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las véras y con la discrecion á mí posible: con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa; Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y mas, que miéntras se duerme todos son iguales los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello verá que solo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por solas

estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de D. Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer D. Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió es-

critos para que él buscase quien se los leyese; pero apénas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y viniéron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote; y asi llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser ínsula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido: y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró D. Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayodormo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de véras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denántes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo D. Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho, á la jineta, y detras dél, por órden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho las recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquell

noche, que si con ello no rieres, por lo ménos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de D. Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apénas se hubo partido Sancho, cuando D. Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió D. Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió D. Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi oposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No mas, señor D. Quijote, replicó la Duquesa: por mí digo que daré órden que ni aun una mosca éntre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo D. Quijote: vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que

por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió D. Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran D. Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió D. Quijote á la Duquesa, y en cenando, D Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una média, que quedó hecha zelosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata; digo seda verde porque las médias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡ó pobreza, pobreza! no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida [1]: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos [2]: tened todas las cosas como si no las tuviésedes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente? ¿por qué los obligás á dar pantalia á los zapatos, y á que los

[1] Juan de Mena, el cual falleció en 1456.
[2] San Pablo escribiendo á los Corintios.

botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho hacia, como de la inreparable desgracia de sus médias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oir estas razones:

No me porfíes, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oirle este nuevo Enéas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida. No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la Duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó D. Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas

aventuras, semejantes á aquella de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que D. Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance.

O tú, que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;
Caballero el mas valiente
que ha producido la Mancha,
mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia:
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas,
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Díme, valeroso jóven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia
ó en las montañas de Jaca?
¿Si sierpes te dieron leche?
¿si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa
desde Henáres á Jarama,
desde el Tajo á Manzanáres,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
¡O quién se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada :
los piés quisiera traerte,
que á una humilde esto le basta.
¡O qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pié por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios,
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala
y soy de disposicion
algo ménos que mediana.
Estas y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba •
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡ que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡ que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿ qué la queréis, reinas? ¿ á qué la perseguís, emperatrices ? ¿ para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas, y

graceful.
foolish.

llas de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡O perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones. A ti digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á ti digo, que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia [1]. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpétuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busílis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: es

[1] Tal vez quiso Cervántes designar la villa de Pedrola.

costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion desta ínsula y dice el epitafio: hoy dia á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion desta ínsula el señor D. Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho. A V. S., respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegámos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no quiere pagar la hechura, ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y

sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo : hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo : paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero [1] movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo : señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese : pasáronse muchos dias sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le prestó, y que si se los prestó, que ya me los ha vuelto : yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto : querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. Á lo que dijo el viejo : yo, señor confieso que me los prestó ; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondia á lo que decia su contrário, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvi-

[1] La Academia en sus notas observó la equivocacion que hay en este pasaje, porque la sentencia de la bolsa del ganadero fué la tercera que dió Sancho en la primera mañana de su gobierno. Acaso Cervántes se propuso su imaginacion referir el lance del ganadero ántes que el de las caperuzas, y al tiempo de escribirlos mudó el órden que se habia propuesto.

dado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el indice de la mano derecha sobre las cejas y las narices estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo : dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo : héle aquí, señor, y púsosele en la mano : tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo le dijo : andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor, respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, ó si nó yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hizose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrário aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedian : de donde se podia colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la insula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces diciendo : justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que

este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galan, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo ¿qué decia y respondia á la querella de aquella mujer? El cual todo turbado respondió : señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian : volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos : paguéle lo soficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto : dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entónces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata : él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apénas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa : buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella : y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer mas asidos y aferrados que la vez primera : ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible segun la mujer la defendia, la cual daba voces diciendo : justicia de Dios y del mundo : mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar? respondió la mujer, ántes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa : bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso : tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entónces el gobernador dijo á la mujer: mostrad, honrada y

valiente, esa bolsa : ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada : hermana mia, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad ménos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza : andad con Dios y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la redonda, sopena de docientos azotes : andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre : buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando : y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejámos al gran D. Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus médias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por D. Quijote dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus médias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo contino traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería estaban apuesta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á D. Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo : ya sé yo de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió

la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco y que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos : váyase vuesa merced, señor D. Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió D. Quijote : haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados : y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo á su compañera : menester será que se le ponga el laúd, que sin duda D. Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedia D. Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con D. Quijote : y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche halló D. Quijote una vihuela en su aposento : templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote,
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.
El amor recien venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra, ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte mas preciada,
por quien hace amor milagros,
y asimismo los levanta.

Aquí llegaba D. Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de D. Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso D. Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quijote en pié, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy D. Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de D. Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor D. Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron a su

estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y D. Quijote dijo á voces: no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es D. Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñia y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó D. Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo: todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á D. Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamános, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Le-

vantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho : otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante ; pero apénas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad ; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho ; pero ántes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral [1]. A lo cual respondió el de la vara : no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed ; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el médico respondió : esas no comerá el senor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué ? dijo Sancho. Y el médico respondió : porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice : *omnis saturatio mala, perdicis autem pessima.* Quiere decir : toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas provecho y cuál ménos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, ántes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que

[1] Juego de manos, que dicen de *pasa pasa*. Diéronle el nombre de *maesecoral* porque los charlatanes y embusteros que traen estos juegos, se desnudan de capa y sayo, y quedan en unas jaquetas ó almillas coloradas que parecen troncos de coral.

vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo : de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo : aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya léjos de nosotros tan mal pensamiento : no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida : allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura ; y la razon es, porque siempre y adó quiera y de quienquiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuesta sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas : mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde habia estudiado. A lo que él respondió : yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera : pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante ; si nó voto al sol que tome un garrotte, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes ; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas : y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si nó tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza ; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república ; y denme de comer, ó si nó tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana volvió diciendo : correo viene del Duque mi señor, algun despacho

debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así : *A D. Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho dijo : ¿quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió : yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador : abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo así el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia dijo, que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron; y luego el secretario leyó la carta, que así decia :

« A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que
» unos enemigos mios y desa ínsula la han de dar un asalto
» furioso, no sé qué noche : conviene velar y estar alerta,
» porque no le tomen desapercebido. Sé tambien por espías
» verdaderas que han entrado en ese lugar cuatro personas
» disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vues-
» tro ingenio : abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros,
» y no comáis de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado
» de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis
» como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar á
» diez y seis de agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro
» amigo el Duque. »

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo : lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre. Tambien, dijo el maestreala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer : y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas : y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto ; y daréis de mi parte un besamános á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren ; y de camino podéis encajar un besamános á mi señor D. Quijote de la

Mancha, porque vea que soy pan agradecido : y vos comc buen secretario y como buen vizcaino podéis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento : y álcense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un paje, y dijo : aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dije Sancho, destos negociantes : ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que éntre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio. No señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan. No hay qué temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan, y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué : ¿quién es aquí el señor gobernador? Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla. Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo : yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho : decid, hermano, que lo qué yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy léjos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana : tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado : soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.

De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamanda Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo qué decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, quo está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en

los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caido una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y sino es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller; digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador: y apénas dijo esto, cuando levantándose en pié el gobernador asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, si nó por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Díme, desalmado, aun no há dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á D. Quijote, que le dejámos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á D. Quijote con Doña Rodríguez la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Ademas estaba mohino y malencólico el mal ferido D. Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato : desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y adó quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen : en el cual traje parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una média vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos : venia pisando quedito, y movia los piés blandamente. Miróla D. Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que

le desfiguraban, dió una gran voz diciendo : ¡ Jesus ! ¿ qué es lo que veo ? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida. D. Quijote temeroso comenzó á decir : conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quijote, y con voz afligida y baja le respondió : señor D. Quijote (si es que acaso vuesa merced es D. Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino Doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo. Dígame, señora Doña Rodríguez, dijo D. Quijote, ¿ por ventura viene vuesa merced á hacer alguna tercería ? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie : merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora Doña Rodríguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitavo melindre. ¿ Yo recado de nadie, señor mio ? respondió la dueña : mal me conoce vuesa merced : sí que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, sal iré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador de todas las del mundo : y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quijote sosegado y pensativo esperándola ; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura ; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo : ¿ quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas ni condesas ? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede ántes os la dará roma que aguileña ; ¿ y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado ? y en casos semejantes mejor es

huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo : ¿ por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes ? ¿ por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa ? afuera pues caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo : ¡ ó cuán bien hacia aquella señora de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando; y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodríguez ; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodríguez volvia, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á D. Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos dijo : ¿ estamos seguras, señor caballero ? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió D. Quijote : y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿ De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad ? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó D. Quijote, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino média noche, y aun un poco mas segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Enéas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas : y diciendo esto besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos asi asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin D. Quijote en su lecho, y quedóse Doña Rodríguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. D. Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto : y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué D. Quijote diciendo : puede vuesa merced ahora, mi señora Doña Rodríguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor D. Quijote, que aunque vuesa merced

me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Astúrias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron ántes de tiempo sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora: y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañes. No tratámos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor D. Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo ménos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: ¿qué hacéis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole: seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, ó creo

que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desemparada y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni ménos, adonde yendo dias y viniendo dias creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo : canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento : de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas ó ménos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy léjos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir : y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apénas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables : y póngasele á vuesa merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato : y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas : porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de

presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: ademas que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Qué tiene mi señora la Duquesa por vida mia, señora Doña Rodríguez? preguntó D. Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor D. Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa María! dijo D Quijote; ¿y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora Doña Rodríguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.

Apénas acabó D. Quijote de decir esta razon cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque D. Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á D. Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi média hora, saliéronse las fantasmas, recogió Doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.

Dejámos al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del Duque habia vuelto á entrar en la sala: ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos, y entre la cena volviéndose al doctor le dijo: mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostum-

brado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco; lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que miéntras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia: y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote [1], porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas: no si nó haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo genero de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana, y mal entretenida: porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en véras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo,

[1] Es decir, atienda con cuidado y vigilancia á lo que importa ó es propia conveniencia.

secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podia formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: aquí de Dios y del rey; cómo, ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrário dijo: señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero mas de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo ménos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es mas ladron que Caco, y mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de cuatro reales, porque vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana. ¿Qué decís vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrário decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dijo el mayordomo; vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos, que no

tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantáredes los cumpláis en la otra vida colgándoos yo de una picota, ó á lo ménos el verdugo por mi mandado, y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la ínsula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo : ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo ménos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes : contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de média noche abajo y le desuellan vivo. Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo : señor gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas. ¿Por qué huias, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió : señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas con licencia buena de vuesa merced. ¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picáis? Está bien : ¿Y adónde íbades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula? Adonde sopla. Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevalde, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que no? replicó Sancho : llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo : el caso es que

no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Presuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas médias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper

el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho: haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con ménos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra: y mas, que decís que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario se llegó al oido del maestresala, y le dijo muy paso; sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas véras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo ménos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guar-

dar á si mismas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdicion digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara: y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: no es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora poco mas ó ménos nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los piés y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar: yo á ménos de seis pasos caí con el sobresalto, y entónces llegó el ministro de la justicia, que me trujo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desman alguno ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á mas que á ver las calles deste lugar: y acabó de confirmar ser verdad

lo que la doncella decia llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldelin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venia en aquel traje, y él con no ménos vergüenza y empacho contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion solo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado ménos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hácia ella, que no estaba muy léjos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados asi de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L.

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña y pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quijote, ótra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de D. Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa, de como Doña Rodríguez quedaba en el aposento de D. Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con D. Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodríguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni ménos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á D. Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con D. Quijote, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados [1]. Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y ántes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un ca-

[1] Enviados de regalo.

ballero llamado D. Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo : esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años poco mas á ménos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo : venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta : salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, según era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo le dijo : ¿qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje, y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa diciendo : déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrónes, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo : y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo : esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envía. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni ménos, y la muchacha dijo : que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo D. Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor D. Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera :

« Amiga Teresa : las buenas partes de la bondad y del » ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obli- » garon á pedir á mi marido el Duque le diese un gobierno » de una ínsula de muchas que tiene. Tengo noticia que go- » bierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, » y el Duque mi señor por el consiguiente, por lo que doy » muchas gracias al cielo de no haberme engañado en ha- » berle escogido para el tal gobierno; porque quiero que » sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen » gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como » Sancho gobierna. Ahí le envío, querida mia, una sarta de » corales con extremos de oro : yo me holgara que fuera de » perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querria » ver muerta : tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos » comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á » Sanchica su hija, y dígale de mi parte que se apareje, que » la tengo de casar altamente cuando ménos lo piense. Dí- » cenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta » dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su » mano ; y escríbame largo, avisándome de su salud y de su » bien estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que » hacer mas que boquear, que su boca será medida : y Dios » me la guarde. Deste lugar, su amiga que bien la quiere,

» La Duquesa. »

¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena y qué llana y qué humilde señora : con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora ; y veis aquí donde esta buena señora con ser Duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señora un celemin; que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta

tocino adunia [1], y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolas el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para ti, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni ménos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco comenzó á bailar y á decir : á fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos ; no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿ Qué es esto, Teresa Panza? ¿ qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarías y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco ; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leido; y preguntó el bachiller quién habia traido aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos tornó á admirarse de nuevo, y dijo : por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes : por una parte veo y toco la fineza destos corales, y por otra leo que una Duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas. Adeézame esas medidas, dijo entónces Carrasco : ahora bien, vamos á ver el portador deste pliego, que del nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y

[1] *Adunia* es lo mismo que *en abundancia*.

[redacted]

dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas así de D. Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas ó las mas que hay en el mar mediterráneo de su majestad. A lo que el paje respondió : de que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto ; pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya : porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas; con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje : dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer. ¡ Ay Dios mio! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras : ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo : señor cura, eche cata por ahí si hay álguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enojo me tengo de ir á esa corte, y echar un coche como todas; que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese ántes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche : mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los piés del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo : y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre

mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes) cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormios, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas [1]? Oyendo lo cual el cura dijo: yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho. ¿Que todavía se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento: y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, y si no *operibus credite, et non verbis*: véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos. Esa ida á mí toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gober-

[1] Que es *y no conoció á su compañero*

nadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tambien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche : hallado lo habéis la melindrosa. Calla muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento : cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el cura : vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana por tener lugar de preguntarle despacio por D. Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPÍTULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus aciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor gobernador, y por órden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno y aun

á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo estando presentes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fué: señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: si alguno pasare por esta puente de una parte á otra ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: por cierto que esos señores jueces que á mí os envian lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿el tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay mas que pedir ni que dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pié de la letra la condicion del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza

ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto entre otros muchos, que me dió mi amo D. Quijote la noche ántes que viniese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábase con esto la audiencia desta mañana, y yo daré órden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, denme de comer, y llueven casos y dudas sobre mí, que yo las despalibaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la burla última que traía en comision de hacerle. Sucedió pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de D. Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero dijo: bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor D. Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA A SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA INSULA BARATARIA.

« Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho,

» que muchas veces conviene y es necesario por la autori» dad del oficio ir contra la humildad del corazon; porque el » buen adorno de la persona que está puesta en graves car» gos ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la me» dida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete » bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que » traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como » soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio » requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para » ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras » has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, » aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar » la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que » mas fatigue el corazon de los pobres que la hambre y ca» restía.

» No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres procura » que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; » que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que » si no lo fuesen; ántes dan á entender que el príncipe que » tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor » para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan, » y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las » ranas, que al principió las espantó, y con el tiempo la me» nospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las vir» tudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, » ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos ex» tremos, que en esto está el punto de la discrecion. Visita » las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia » del gobernador en lugares tales es de mucha importancia, » consuela á los presos que esperan la brevedad de su des» pacho, es coco á los carniceros, que por entónces igualan » los pesos, y es espantajo á las placeras por la misma razon. » No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no » creo) codicioso, mujeriego ni gloton, porque en sabiendo » el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, » por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de » la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos » y documentos que te di por escrito ántes que de aquí par» tieses á tu gobierno, verás como hallas en ellos, si los » guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los traba» jos y dificultades que á cada paso á los gobernadores se » les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agra» decido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de » los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agra» decida á los que bien le han hecho, da indicio que tam» bien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de contino » le hace.

» La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido » y otro presente á tu mujer Teresa Panza: por momentos

» esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto » de un cierto gatcamiento que me sucedió no muy á cuento » de mis narices; pero no fué nada, que si hay escántadores » que me maltraten, tambien los hay que me defiendan. Aví» same si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las » acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo » que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el » camino; cuanto mas que yo pienso dejar presto esta vida » ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se » me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia » destos señores; pero aunque se me da mucho, no se me da » nada, pues en fin en fin tengo de cumplir ántes con mi pro» fesion que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: » *amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígote este latin, » porque me doy á entender que despues que eres goberna» dor lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de » que ninguno te tenga lástima.

» Tu amigo

» D. QUIJOTE DE LA MANCHA. »

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego á su señor D. Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

« La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo » lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las » uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. » Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuesa merced no » se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó » mal estar en este gobierno, en el cual tengo mas hambre » que cuando andábamos los dos por las selvas y por los des» poblados.

» Escribióme el Duque mi señor el otro dia dándome aviso » que habian entrado en esta ínsula ciertas espías para ma» tarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto » doctor, que está en este lugar asalariado para matar á » cuantos gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pe» dro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa » merced qué nombre para no temer que he de morir á sus » manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él » no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las pre-

» viene para que no vengan, y las medccinas que usa son » dieta y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos » mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la ca» lentura. Finalmente él me va matando de hambre, y yo me » voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este » gobierno á comer caliente y á beber frio, y á recrear el » cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma, » he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño, y » como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al » cabo me ha de llevar el diablo.

» Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y » no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho » que los gobernadores que á esta ínsula suelen venir, ántes » de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los » del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza » en los demas que van á gobiernos, no solamente en este.

» Anoche andando de ronda topé una muy hermosa don» cella en traje de varon, y un hermano suyo en hábito de » mujer : de la moza se enamoró mi maestresala, y la esco» gió en su imaginacion para su mujer, segun él ha dicho, y » yo escogí al mozo para mi yerno : hoy los dos pondremos » en plática nuestros pensamientos con el padre de entram» bos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano » viejo cuanto se quiere.

» Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, » y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y ave» rigüéle que habia mezclado con una hanega de avellanas » nuevas otra de viejas, vanas y podridas : apliquélas todas » para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distin» guir, y sentenciéla que por quince dias no entrase en la » plaza; hanme dicho que lo hice valerosamente : lo que sé » decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que » no hay gente mas mala que las placeras, porque todas son » desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo » por las que he visto en otros pueblos.

» De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mujer » Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, » estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido » á su tiempo : bésele vuesa merced las manos de mi parte, » diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, » como lo verá por la obra. No querria que vuesa merced tu» viese trabacuentas de disgusto con esos mis señores; » porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que » ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se » me da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa mer» ced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y » con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

» Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe » de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced

» suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando » nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; » pero no sé qué envíe, sino es algunos cañutos de jeringas, » que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos; » aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de hal- » das ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, » pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo » grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi » mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuesa merced » de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con » bien y en paz deste gobierno; que lo dudo porque le pienso » dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Recio.

» Criado de vuesa merced

» SANCHO PANZA el gobernador. »

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho dieron órden entre sí como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que aguase ó le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*,

CAPÍTULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodríguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya D. Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la órden de caballería que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnes, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los piés á la cabeza, y la una dellas llegándose á D. Quijote se le echó á los piés tendida de largo á largo, la boca cosida con los piés de D. Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, y tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian y miraban: y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querrian hacer á D. Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que D. Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodríguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente Doña Rodríguez volviéndose á los señores les dijo: vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor D. Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella enderezando la voz y el rostro á D. Quijote dijo: dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así querria que ántes que os escurriésedes por esos caminos desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumpli-

miento de la palabra que le dió de ser su esposo ántes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada : y con esto nuestro señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió D. Quijote con mucha gravedad y prosopopeya : buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del Duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra : que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios : quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico, de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos. Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó D. Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo : y así, aunque ausente, le desafío y repto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnes tranzado con todas las demas piezas, sin engaño, supercheria ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor D. Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafío. Yo sí pongo, respondió la dueña : y

yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de Doña Rodríguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas, y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa : la una decia en el sobrescrito : *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé donde;* y la otra : *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí.* No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera :

CARTA DE TERESA PANZA A LA DUQUESA.

« Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa » grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien de» seada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de » caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría » haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido » mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay quien lo » crea, principalmente el cura y maese Nicolas el barbero, y » Sanson Carrasco el bachiller; pero á mí no se me da nada, » que como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que » quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los cora» les y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pue» blo todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado de » gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué » gobierno pueda ser bueno : Dios lo haga, y lo encamine » como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi » alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de » meter este buen dia en mi casa, yéndome á la corte á ten» derme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos » que ya tengo : y asi suplico á vuestra excelencia mande á

» mi marido me envíe algun dinerillo, y que sea algo qué, » porque en la corte son los gastos grandes, que el pan vale » á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que es un » juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con » tiempo, porque me están bullendo los piés por ponerme en » camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si yo y » mi hija andamos orondas y pomposas en la corte vendrá á » ser conocido mi marido por mí mas que yo por él, siendo » forzoso que pregunten muchos : ¿quién son estas señoras » deste coche? y un criado mio responderá : la mujer y la » hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria; » y desta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y » á Roma por todo. Pésame cuanto pesarme puede que este » año no se han cogido bellotas en este pueblo, con todo eso » envío á vuesa alteza hasta medio celemin, que una á una » las fuí yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé mas » mayores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

» No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que » yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y » de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo » rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á » mí no me olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á vuesa » merced las manos.

» La que tiene mas deseo de ver á V. S.
» que de escribirla,
» Su criada Teresa Panza. »

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques : y la Duquesa pidió parecer á D. Quijote si seria bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. D. Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera :

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO.

« Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo » y juro como católica cristiana, que no faltaron dos dedos » para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo » llegué á oir que eres gobernador, me pensé allí caer muerta » de puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la » alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se » le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El ves» tido que me enviaste tenia delante, y los corales que me » envió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las » manos, y el portador dellas allí presente, y con todo eso » creia y pensaba que era todo sueño lo que veia y lo que

» tocaba; porque ¿quién podia pensar que un pastor de » cabras habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya » sabes tú, amigo, que decia mi madre, que era menester » vivir mucho para ver mucho: dígolo porque pienso ver » mas si vivo mas, porque no pienso parar hasta verte ar» rendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el » diablo á quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y » manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que » tengo de ir á la corte: mírate en ello, y avísame de tu gusto » que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

» El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristan no » pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es » embeleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de » D. Quijote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y » á sacarte el gobierno de la cabeza, y á D. Quijote la locura » de los cascos: yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y » dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra » hija. Unas bellotas envié á mi señora la Duquesa, yo qui» siera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de » perlas si se usan en esa ínsula. Las nuevas deste lugar » son, que la Berrueca casó á su hija con un pintor de » mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. » Mandóle el concejo pintar las armas de Su Majestad sobre » las puertas del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos » adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no » pintó nada; y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: » volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen » oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el » azada, y va al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro » de Lobo se ha ordenado de grados y corona con intencion » de hacerse clérigo: súpolo Minguilla, la nieta de Mingo » Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra » de casamiento: malas lenguas quieren decir que ha estado » en cinta dél; pero él lo niega á piés juntillas. Ogaño no » hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este » pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados, lleváronse » de camino tres mozas deste pueblo: no te quiero decir » quién son, quizá volverán, y no faltará quien las tome por » mujeres con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace pun» tas de randas, gana cada dia ocho maravedís horros, que » los va echando en una alcancía para ayuda á su ajuar; pero » ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin » que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó: un rayo » cayó en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta » desta y la resolucion de mi ida á la corte: y con esto Dios » te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no quer» ria dejarte sin mí en este mundo.

» Tu mujer

TERESA PANZA. »

Las cartas fueron solenizadas, leidas, estimadas y admiradas; para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traia la que Sancho enviaba á D. Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPÍTULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; ántes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda contínua. Sola la vida humana corre á su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpabos, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la ínsula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pié se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos,

y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia, y cuando llegaron á él uno le dijo: ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo D. Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada destas priesas. Ha, señor gobernador, dijo otro, ¿qué relente es ése? ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo siendo nuestro gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trujeron dos paveses, que venian proveidos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas concavidades que traian hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pié en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al traves en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, ántes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza

recogido sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos y á grandes voces decia : aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos : aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones. En fin él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí : ¡ ó si mi señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, y cuando ménos lo esperaba oyó voces que decian : vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida : ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pié dijo : el enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente : yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era : respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo : venid vos acá, compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias : cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio con gran pena y pesar subió

sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mi de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está S. Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mi una hoz en la mano, que un cetro de gobernador: mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ír, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas: merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo: señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador

está obligado ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia; déla vuesa merced de los diez dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

Resolviéronse el Duque y la Duquesa de que el desafío que D. Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á Doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosílos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el Duque á D. Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrário, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. D. Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejámos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las ínsulas del

mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian, y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: güelte, güelte. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente. Entónces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenia ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y despues de haberle estado mirando sin hablar palabra con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: como ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entónces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Díme ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca: y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba segun oiste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arro-

jaron los bordones, quitáronse las mucetas y esclavinas, y quedaron en pelota, y todos eran mozos y muy gentiles-hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; ántes por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demas, y no con ménos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: español y tudesqui tuto uno bon compaño; y Sancho respondia, bon compaño jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entónces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas y bebido ménos; y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el

pregon y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nacion puso terror y espanto en todos nosotros: á lo ménos en mi le puso de suerte que me parece que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron; porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella. y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima granjería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo ménos en dineros, y al

cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija ántes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho: mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada cedicioso, que á serlo un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra como ella á tres tirones ¿Y dónde está esa ínsula? preguntó Ricote. ¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme. ¿Cómo no? replicó Sancho: dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los

gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á ti ínsulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero díme ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado? Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre: y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron: y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado D. Pedro Gregorio[1], aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensámos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mí hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo yo creo atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor D. Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis com-

[1] Así le llama Sancho; pero la mora le nombra en el capítulo LXIII D. Gaspar Gregorio.

pañeros se rebullen, y tambien es ora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó média legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél sin habér recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos, Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo éntónces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aqui habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor D. Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, dónde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras.

¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo ménos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrara los ojos. ¡O compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna : tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apénas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera : todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte : á veces iba á escuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios todopoderoso! decia entre sí : esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo D. Quijote. El sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por pala-

cios de Galiana [1], y esperara salir desta escuridad y estrecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los piés de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme : bien vengas mal si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de média legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de D. Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodríguez, á quien pensaba endorezar el tuerto y desaguisado, que malamente le tenian fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba decia : ha de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á D. Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo : ¿quién está allá abajo? ¿quién se queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar? respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero D. Quijote de la Mancha. Oyendo lo cual D. Quijote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion dijo : conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor D. Quijote de la Mancha, y aun

[1] Galiana es nombre de una princesa mora, á quien su padre Gadalfe edificó unos palacios de gran recreacion en Toledo á la orilla del Tajo. Hasta hoy se conserva el nombre en sus ruinas y en la huerta que llaman del Rey.

en él órgano de voz no es otro sin duda. D. Quijote soy, replicó D. Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos : por eso díme quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare : por eso acaba de declararte y díme quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor D. Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo D. Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio: espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle D. Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo : desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo : ocho dias ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora : en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos : y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos

no hay estacas : y Dios me entiende y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar : ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno dicen dél que ha sido un ladron, y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez ántes me han de tener por tonto que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á D. Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas dijo : yo señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio fui á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo : que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba : y así ántes que diese conmigo al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías : y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio : caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor D. Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los piés, imitando al juego de los muchachos, que dicen :

salla tú, y dámela tu, doy un salto del gobierno, y me pasó al servicio de mi señor D. Quijote, que en fin en el, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre D. Quijote que habia decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos dió en su corazon gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de ménos carga y de mas provecho. Abrázole la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosílos en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodríguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas, que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosílos cómo se habia de avenir con D. Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero

que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese : luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosílos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo : de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se habia de portar con el valeroso D. Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia : llamó el maese de campo á D. Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosílos habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho D. Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si D. Quijote vencia, su contrário se habia de casar con la hija de Doña Rodríguez ; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los piés la tierra : estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente D. Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida ; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos : no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa mujer que habia visto en toda su vida ; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos ; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha

de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de la trompeta, como hizo D. Quijote, que apénas la hubo oido. cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosílos vió venir contra sí á D. Quijote no se movió un paso de su puesto; ántes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo: señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de la razones de Tosílos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion por qué no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosílos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosílos se llegó adonde Doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso D. Quijote, y dijo: pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió. San Pedro se la bendiga. El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosílos le dijo: ¿es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os queréis casar con esta doncella? Sí señor, respondió Tosílos. Él hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dálo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosílos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual Doña Rodríguez y su hija dando grandes voces, dijeron: este es engaño, engaño es este; á Tosílos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey

de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuitéis señoras, dijo D. Quijote, que ni esta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del Duque : tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo. El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo : son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña : dilatemos el casamiento quince dias si quieren, y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor D. Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos y trasformaciones. ¡O señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez : séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosílos se recogiese hasta ver en qué paraba su trasformacion. Aclamaron todos la vitoria por D. Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y D. Quijote al castillo, encerraron á Tosílos, quedaron Doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosílos no esperaba ménos.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de como D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo : ¿ quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco : desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida ; y saliendo D. Quijote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia D. Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo :

Escucha, mal caballero,
deten un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy léjos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la mas hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Vénus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas,
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras que no salga
de su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes,
lleve la triste la pena:
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Lóndres á Inglaterra.
Si jugares al reinado,
los cientos, ó la primera,
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,
si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la

lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo : por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad : dime ¿ llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió : los tres tocadores sí llevo ; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas ; y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo : no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, sí por lo mas las ligas de mi doncella : indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama : volvedle las ligas, si nó yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido : los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene ; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco ; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías, y andad con Dios, que miéntras mas os detenéis, mas aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, ó valeroso D. Quijote, dijo entónces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba. ¿ No lo dije yo? dijo Sancho ; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza D. Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas que no se daban vagar unas á otras.

Cuando D. Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo : la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos : con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre : por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrário, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido : pues en metad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios : que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordormo del Duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas con que cubrian alguna cosa que debajo estaba : estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno dellos le respondió : señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea : llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Qui-

jote, holgaria de verlas, pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados : y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de S. Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen parecia una áscua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quijote dijo : este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina : llamóse D. San Jorge, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martin puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apénas la hubo visto D. Quijote cuando dijo : este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entónces invierno, que si nó él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imágen del Patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo D. Quijote, este sí que es caballero y de las escuadras de Cristo; este se llama D. San Diego Matamóros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de S. Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia : este, dijo D. Quijoto, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas : caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágines, y así mandó D. Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban : por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé

lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de D. Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de D. Quijote siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo, como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no le tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole : en verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido : della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedámos hambrientos : bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte : y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la órden del bienaventurado S. Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo dijo : no te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa por qué dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel S. Diego Matamóros : Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó qué ceremoniá es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió D. Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman

como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones : y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo : maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la Duquesa : bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blancó un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas, pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima razon amorosa suya. Hideputa, ¡y qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió D. Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo : la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme : y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quijote enredado entre unas



... Y queriendo pasar adelante y romperlo todo...

P. 682

redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello dijo á Sancho : paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad qne con Altisidora he tenido : pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, así la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodon, y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro : traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas : la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á D. Quijote : detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo aquí están tendidas : y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniesiémos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores : traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camóes en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado : ayer fué el primero dia que aquí llegámos : tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza ; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente,, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo mas : á lo que respondió D. Quijote : por cierto, hermosísima señora,

que no debió de quedar mas suspenso ni admirado A[illegible] cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, [illegible] yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el a[illegible] de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimien[illegible] agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obe[illegible] decidas me lo podéis mandar, porque no es otra la profesio[illegible] mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con tod[illegible] género de gente, en especial con la principal que vuestra[illegible] personas representa: y si como estas redes, que deben d[illegible] ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redonde[illegible] de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo ménos D. Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entónces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, sino es que nos mienta y nos engaño una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo D. Quijote de la Mancha, historiado y referido. ¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo D. Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder D. Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran D. Quijote y su escudero, de que no poco con-

tento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias : honraron á D. Quijote dándole el primer lugar en ellas : mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz y dijo : entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras si pudiera ; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha ; y así digo que sustentaré dos dias naturales en metad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos : con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz dijo : ¿ es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco ? Digan vuesas mercedes, señores pastores, ¿ hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho ? ¿ ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido ? Volvióse D. Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo : ¿ es posible, ó Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco ? ¿ Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero ? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante : vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla : y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo.

Finalmente habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian : con todo esto salió D. Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues D. Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras : ó vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasáis, ó habéis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que D. Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso : por eso el que fuere de parecer contrário, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero ; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien léjos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro : solo D. Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á D. Quijote : apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea canalla, respondió D. Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni D. Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre D. Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante ; pero en fin se levantaron todos, y D. Quijote á gran priesa, tropezando aquí y

cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso que se puede tener par aventura, que sucedió á D. Quijote.

Al polvo y al cansacio que D. Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse D. Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia D. Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya [1], y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo D. Quijote, sustenta la vida, que mas que á mi te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes,

[1] Es decir, no habló.

entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer; de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta: yo á lo ménos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo así D. Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole: si tú, ó Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que miéntras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando ménos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque D. Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que D. Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese pare-

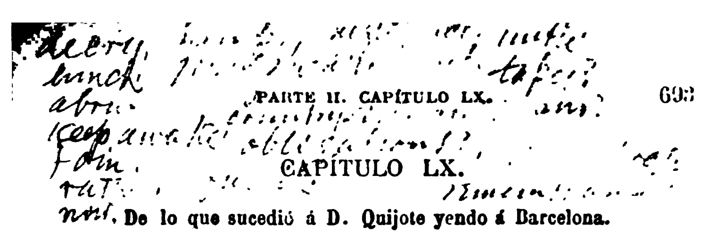
cido castillo aquella venta, Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar. A lo que el huésped respondió que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos. Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y reposteria. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerias: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia D. Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de D. Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir D. Quijote: por vida de vuesa merced, señor D. Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la se-

gunda parte de D. Quijote de la Mancha [1]. Apénas oyó su nombre D. Quijote, cuando se puso en pié, y con oído alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal D. Jerónimo referido respondió : ¿para qué quiere vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera parte de la historia de D. Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el D. Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace es que pinta á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual D. Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo : quienquiera que dijere que D. Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quijote puede caber olvido : su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nós responde? respondieron del otro aposento. ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quijote de la Mancha que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apénas hubo dicho esto Sancho. cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de D. Quijote le dijo : ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego : y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó D. Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo : en este poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprension. La primera es algunas palabras que he leido en el prológo : la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos ; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza ; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. A esto dijo Sancho : donosa cosa de historiador por cierto ; bien debe de estar en el cuento de

[1] En este capítulo comienza Cervántes á hablar de la segunda parte del *Quijote* compuesta por Avellaneda, de la cual se hizo mencion en la primera ...a del prólogo de Cervántes de esta su segunda parte del *Quijote*.

nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutiérrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo D. Jerónimo, sin duda debéis de ser Sancho Panza el escudero del señor D. Quijote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está S. Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á D. Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aqulla venta no habia cosas pertenecientes para su persona. D. Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero misto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no méuos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quijote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardándo su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor D. Quijote. A lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesínos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á D. Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo: que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria, que ya que me llama comilon, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Sí llama, dijo D. Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echó de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente. Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el D. Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benen-

geli que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo D. Juan, y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retráteme el que quisiere, dijo D. Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole D. Juan que aquella nueva historia contaba como D. Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el D. Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo D. Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor D. Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo D. Quijote, y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á D. Juan y á D. Jerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos D. Quijote y Sancho y no los que describia su autor aragones. Madrugó D. Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.



CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero D. Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesínos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo gordiaño cortó el Magno Alejandro diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desancanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apénas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿qué es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió D. Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y asi desatá-

cate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad pòr lo ménos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo D. Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pié, y arremetiendo á su amo se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. D. Quijote le decia: ¿cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no.

Aquí morirás, traidor,
enemigo de Doña Sancha

Prometióselo D. Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á D. Quijote que le favoreciese. Hízolo así D. Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido, y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas. Tentólos D. Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: no tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo habia imaginado Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia, y si los muertos los habian espantado, no ménos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que

estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitan. Hallóse D. Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía: y avínole bien á Sancho, que en una ventrera que tenia ceñida venian los escudos del Duque y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido si no llegara en aquella sazon su capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo y á D. Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no estéis tan triste, bnen hombre, porque no habéis caido en las manos de algun cruel Osíris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió D. Quijote, haber caido en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la órden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy D. Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de D. Quijote tocaba mas en locura que en valentía, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de léjos dél habia oido, y así le dijo: valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis á siniestra fortuna esta en que os halláis, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias D. Quijote cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á

toda furia un mancebo al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él dijo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torréllas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrário bando; y ya sabes que este Torréllas tiene un hijo, que D. Vicente Torréllas se llama, ó á lo ménos se llamaba no há dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo alcancé á D. Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de D. Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dijo: ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. D. Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: no tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los

encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto D. Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser D. Vicente, á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio con facilidad lo hicieron. Hallaron á D. Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de D. Vicente: y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos le dijo: si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia le dijo: bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales ni con mis obras jamas quise ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondió D. Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que zelosa me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera, que sobre la sangre y pecho de D. Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo D. Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de

dolor y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡O cruel é inconsiderada mujer! decia, ¡con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡O fuerza rabiosa de los zelos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! ¡O esposo mio, cuya desdichada suerte por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de D. Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreció de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de D. Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de D. Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á D. Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de D. Quijote. Llegado que fué Roque preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dijo D. Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última particion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á D. Quijote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con

ellos. A lo que dijo Sancho: segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mesmos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: señor, no léjos de aquí, por el camino que va á Barcelona viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: ¿has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así, y quedándose solos D. Quijote, Sancho y Roque aguardaron á ver lo que los escuderos traían, y en este entretanto dijo Roque á D. Quijote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor D. Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó D. Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el

de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quijote, a quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió : señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia : llevamos hasta docientos ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes : fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche y adónde y el dinero que llevaban : y uno de los de á caballo dijo, mi señora Doña Guiomar de Quiñónes, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que van en el coche : acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales : mis soldados deben de ser hasta sesenta ; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo : viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque ; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo : vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta, ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvocondu-to que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldados, ni á

mujer alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quinónes se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, ántes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: destos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose dellos los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascóna y catalana: este nuestro capitan mas es para frade que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oirlo Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes diciéndole: desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona dándole aviso como estaba consigo el famoso D. Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro dias, que era el de S. Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible á causa que las locuras y discreciones de D. Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á D. Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo D. Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrompiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, D. Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de S. Juan en la noche, y abrazando Roque á D. Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse D. Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegraron tambien el oído el son de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron D. Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dellos no visto: parecióles espaciosisimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas

libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas adonde D. Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á D. Quijote: bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso D. Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió D. Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de D. Quijote, el cual volviéndose á Sancho dijo: estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia, y aun la del aragones recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á D. Quijote, y díjole: vuesa merced, señor D. Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que D. Quijote respondió: si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la queréis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos dieron con sus dueños en tierra. D. Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á D. Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir D. Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y

música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPITULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de D. Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á D. Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á D. Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado sin saber cómo ni cómo no otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á D. Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa dijo D. Antonio á Sancho : acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardáis en el seno para el otro dia. No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor D. Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias : verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla : quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quienquiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dijo D. Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él

tiene hambre parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. ¡Cómo! dijo D. Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca · en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo : salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó D. Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando D. Antonio por la mano á D. Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse D. Antonio con D. Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo : ahora, señor D. Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió D. Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor D. Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oir, no tiene lengua para hablar : así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe desa promesa, respondió D. Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quijote esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano D. Antonio se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo : esta cabeza, señor D. Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo [1], de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene propiedad

[1] Astrólogo de Parma, el cual vivia en Flándes durante el gobierno de Alejandro Farnesio.

y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó D. Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á D. Antonio; pero por ver cuán poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á D. Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba D. Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes : *este es D. Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leían : este es D. Quijote de la Mancha, admirábase D. Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, le dijo : grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor D. Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor D. Quijote, respondió D. Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo D. Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo : válgate el diablo por D. Quijote de la Mancha; cómo ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican : si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Her-

mano, dijo D. Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor D. Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios : la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman. Par diez vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar D. Antonio como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas; porque la mujer de D. Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas eran algo descompuestas por dar lugar que las búrlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á D. Quijote, que le molieron no sólo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de D. Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros alzó la voz y dijó : *Fugite, partes adversæ* : dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan : y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo D. Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho diciéndole : nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado : ¿pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado : hombre hay que se atreverá á matar á un gigante ántes que hacer una cabriola : si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile. Otro dia le pareció á D. Antonio ser bien

hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con D. Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á D. Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de D. Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y sino eran los dos amigos de D. Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto; y aun si D. Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo D. Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar D. Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado D. Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el almirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose D. Antonio de la cabeza dijo: esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere: y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de D. Antonio, y lo que le preguntó fué: dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta. No te pregunto mas, dijo la preguntanta. Llegó luégo la compañera y dijo: querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de D. Antonio, y preguntóle: ¿quién soy yo? Y fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú? Si conozco, le respondieron, que eres D. Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle:

dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la mujer de D. Antonio, y dijo . yo no sé, cabeza, qué preguntarte, solo querria saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla : sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego D. Quijote, y dijo. dime tú el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene : los azotes de Sancho irán despacio : el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber mas, dijo D. Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué : por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrecheza de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron : gobernarás en tu casa ; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero. Bueno par Dios, dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo. Bestia, dijo D. Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de D. Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba : y así dice que D. Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fabricada era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pié sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni ménos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla era ansimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia

de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de D. Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que D. Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de D. Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfacion de D. Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad por complacer á D. Antonio y por agasajar á D. Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que D. Antonio le dió salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle alzó los ojos D. Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase D. Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle qué era lo que hacia. El oficial le respondió: señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó D. Quijote. A lo que el autor respondió: señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro cas-

tellano? preguntó D. Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo D. Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio, (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó D. Quijote. ¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? ¡Cuerpo de tal, dijo D. Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano place, y adonde diga *piu*, dice mas y el *su* declara con arriba, y el *giu* con abajo. Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dijo D. Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reves, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que ménos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro D. Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducion, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo ménos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió D. Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres mara-

vedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió D. Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título le respondieron que se llamaba *la segunda parte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo D. Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su san martin se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenó D. Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó D. Antonio al cuatralvo de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso D. Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo

CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.

Grandes eran los discursos que D. Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D. Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatralvo, que

estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apénas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los piés en él D. Quijote disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir D. Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano [1]: abrazó á D. Quijote diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida habiendo visto al señor D. Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no ménos corteses razones le respondió D. Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera-ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia. Don Quijote, que vió el vuelo sin alas he Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pié y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso

[1] Llamado D. Luis Coloma, conde de Elda.

entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí : estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. D. Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo : ¡ah Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podiades vos si quisiésedes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiriades vos mucho la vuestra : y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar. Preguntar queria el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero : señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido saltó en general el la crujía, y dijo : ea, hijos, no se nos vaya : algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras galeras á la capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque ansí el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza, pero avínole mal, porque la galera capitana era de los mas ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse, y así el arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir dos turcos borrachos que en el bergantin venian con otros doce

dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho : los del bajel se vieron perdidos ; hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza ; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana á poco mas de média milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad [1]. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arraez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español) : este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general : díme, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte ? ¿ Este respeto se guarda á las capitanas ? ¿ No sabes tú que no es valentía la temeridad ? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el arraez, pero no pudo el general por entónces oir la respuesta por acudir á recibir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena respondió el general, cual la verá vuestra excelencia agora colgada desta entena. ¿ Cómo así ? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantin : y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte. Miróle el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó : díme, arraez, ¿ eres turco, de nacion, ó moro, ó renegado ? A lo

1 El marqués de Almazan D. Francisco Hurtado de Mendoza.

cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana : ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues que eres? replicó el virey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer cristiana, y en tal traje y en tales pasos? mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, ó señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo ménos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera : de aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, ántes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni ménos : mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres : ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado D. Gaspar Gregorio[1], hijo mayorazgo de un caballero dejunto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablámos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atrevesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme D. Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios mios, que consigo me traían ; porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscár alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro.

[1] Sancho le llamó D. Pedro Gregorio en el capítulo LIV ; pero la mora le nombra aquí D. Gaspar Gregorio y tambien D. Gregorio.

Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasámos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que D. Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre : vestíle de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería : la demas chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí

y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrímos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolucion, D. Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido : y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virey, tierno y compasivo sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virey; y apénas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros le dijo : ó Ana Félix, desdicha hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas : el cual dijo al general y al virey : esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y ahora por el extraño rodeo que habéis visto he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija : si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido

desterrados. Entónces dijo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armados de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo: fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer se desembarcó el virey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido.

La mujer de D. Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo D. Quijote á D. Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de D. Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en

Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho D Gayféros á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor D. Gayféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio sino es para la muerte, respondió D. Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. D. Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el aenegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentisima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de D. Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo así como se lo pedia: y una mañana, saliendo D. Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á D. Quijote, dijo: insigne caballero, y jamas como se debe alabado, D. Quijote de la Mancha, yo *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quién fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. D. Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero e la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba; y con

reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habéis visto á la ilustre Dulciuea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traéis determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, S. Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al visorey que estaba hablando con D. Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban á tiempo cuando D. Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á D. Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á D. Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á D. Quijote. D. Antonio le respondió que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de véras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor D. Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y D. Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrário hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á D. Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan po-

derosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con D. Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo : vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío. D. Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo : Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad : aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertámos ántes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y D. Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que D. Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á D. Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á D. Quijote, descubiéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por éntónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo : que no fuera por ventura si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á D. Quijote.

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió D. Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad.

Entró en él D. Antonio con deseo de conocerle : salió un escudero á recibirle y á desarmarle : encerróse en una sala baja, y con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo : bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de D. Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor : y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento : él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballeria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna : suplícoos no me descubráis, ni le digáis á D. Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería. ¡O señor! dijo D. Antonio, Dios os perdone el agravío que habéis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad diria que nunca sane D. Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondia que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de

quien esperaba feliz suceso : y habiéndose ofrecido D. Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó D. Antonio al visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de D. Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo D. Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo : señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada ; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos ; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso, aunque es vuesa merced el mas malparado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban cuando entró D. Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento : albricias, señor D. Quijote, que D. Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa ; ¿ qué digo en la playa ? ya está en casa del visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto D. Quijote, y dijo : en verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á D. Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿ qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿ no soy yo el derribado? ¿ no soy yo el que no puede tomar armas en un año ? Pues ¿ qué prometo ? ¿ de qué me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada ? Déjese deso, señor, dijo Sancho : viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por ti y mañana por mí ; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama, quiero decir

que se deje desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levántese vuesa merced agora para recibir á D. Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta D. Gregorio y el renegado al visorey de su ida y vuelta, deseoso D. Gregorio de ver á Ana Felix, vino con el renegado á casa de D. Antonio; y aunque D. Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobre manera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestitad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de D. Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á D. Gregorio. Contó D. Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el visorey con D. Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran D. Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su majestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos

de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡ Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal D. Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo D. Antonio : D. Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia : Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio. El visorey consintió en todo lo propuesto; pero D. Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á Doña Ana Félix ; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de D. Antonio, y Ricote en casa del visorey. Llegóse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quijote y Sancho despues, como se ha dicho : D. Quijote desarmado y de camino. Sancho á pié, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió D. Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo : aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho dijo : tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades : y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pié, no estoy triste : porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que

hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quijote, muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere : que pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quijote : cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito :

Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó D. Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardon. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda : y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros cuatro sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar hallaron á la

puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos D. Quijote un labrador alzó la voz diciendo: alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha hacer en nuestra apuesta. Sí diré por cierto, respondió D. Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazon Sancho ántes que D. Quijote respondiese: y á mí, que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito. Respondé en buen hora, dijo D. Quijote, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrário, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió D. Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante. dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: ¿si el criado es tan discreto, cuál debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcal-

des de corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando ménos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié, el cual como llegó junto á D. Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡ó mi señor D. Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió D. Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decís. Yo, señor D. Quijote, respondió el correo, soy Tosílos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodríguez. ¡Válame Dios! dijo D. Quijote; ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosílos entré en la estacada, como Tosílos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodríguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosílos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo D. Quijote, tú éres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosílos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque olia á queso. Dijo Tosílos á Sancho:

sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosílos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios dejó á Tosílos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII

De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á D. Quijote ántes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosílos. ¿Es posible, le dijo D. Quijote, que todavía, ó Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero díme ahora, ¿preguntaste á ese Tosílos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mirá, Sancho, dijo D. Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas

que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos : si os duele la cabeza, untaos las rodillas : á lo ménos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes ; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió D. Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle D. Quijote, y dijo á Sancho : este es el prado donde topámos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia : pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes sino en los venideros siglos. Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida ; y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros ; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo D. Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson

Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco hace un son, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhuzema*, *almacen*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*: *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfecion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejer-

cicio me vea. ¡O qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo D. Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto: y, castígame mi madre, y yo trompógelas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sarten á la caldera, quítate allá ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundacia se mostraba en los castillos y casas así de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quijote.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y

deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió D. Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena conplexion y pocos cuidados. Los de D. Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desviate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido dáte trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no yo soy religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡O alma endurecida! ¡ó escudero sin piedad! ¡ó pan mal empleado, mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo: *post tenebras spero lucem* [1]. No entiendo eso, replicó Sancho, solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala el pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay

[1] El signo de Juan de la Cuesta, impresor del *Quijote*, y amigo de Cervántes, era una grulla, y en la orla las palabras latinas sobredichas.

muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo D. Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo! no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié D. Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado D. Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo ménos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de D. Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de D. Quijote ni á la de Sancho pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á D. Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á D. Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió à su amo la espada, diciéndole que queria matar média docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. D. Quijote le dijo: déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los punzen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amenecerá Dios y medraremos. Duerme tú, Sancho, respondió D. Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas á noche compuse en la mémoria. A

mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. D. Quijote arrimado á un tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡O condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun mas adelante. Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de D. Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse D. Quijote á Sancho, y díjole: si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas sin hablar palabra alguna rodearon á D. Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero apénas comenzaba á mover los labios, cuando se les iban á cerrar con los hierros

de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apénas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni ménos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: caminad, trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á éstos con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció D. Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á D. Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á D. Quijote los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odorí-

feras flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á D. Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de D. Quijote, ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido D. Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron D. Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el santo Oficio, y díjole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner diciendo entre sí : aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien D. Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias :

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,

Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
  Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á ti debida :
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes : no mas, cantor divino, que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente : y así, ó tú Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y declára lo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apénas hubo dicho esto Mínos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamento dijo : ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo : voto á tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos : encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante : muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto : ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio : mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento ; si no, por la fe de hombre de bien que habéis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro dijo : bien podré yo dejarme

manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenázenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, y serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio D. Quijote diciendo á Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Ménos cortesía, ménos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traéis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes casi todos á una voz dijeron: viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como D. Quijote vió rebullir á Altisidora se fué á poner de rodillas delante de Sancho diciéndole: ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Mínos y Radamanto, y todos juntos con D. Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se in-

clinó á los Duques y á los reyes, y mirando de traves á D. Quijote le dijo : Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo á mi parecer mas de mil años : y á ti, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarian, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á D. Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de D. Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apénas hubo entrado su señor en el lecho cuando dijo : ¿qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me li-

bre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo D. Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida; y dice, que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por D. Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adonde D. Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de D. Quijote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que D. Quijote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimísmo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y como la Duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que ya D. Quijote volvia á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como D. Quijote fuese loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á D. Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que

gustaba de las cosas de Sancho y de D. Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y léjos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver D. Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores, como los burlados y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, los cuales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á D. Quijote. Altisidora, en la opinion de D. Quijote vuelta de muerta á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano entró en el aposento de D. Quijote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran supiro, con voz tierna y debilitada le dijo: cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor D. Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡ó mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor condoliéndose de mí depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no

entró en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir del aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entónces), y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la *segunda parte de la historia de D. Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á D. Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo D. Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quijote, cuando le dijo D. Quijote: muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene,

es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensáis por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á D. Quijote dijo: vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. D. Quijote le respondió: vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche ántes. Por cierto, replicó D. Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera D. Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. D. Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él mas les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió: señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y contínua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágines de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera

que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues miéntras estoy cavando no me acuerdo de mi oíslo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazon de encina : á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse D. Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde

CAPÍTULO LXXI

De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado D. Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de véras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia vèr que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto dijo á su amo : en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite : pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias, que el abad de donde canta yanta; y no

quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió D. Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la médicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió D. Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas..... y no digo mas. ¡O Sancho bendito! ¡ó Sancho amable! respondió D. Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así

como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó D. Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo D. Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y luevan azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de D. Quijote, temoroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respóndió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese vuestra merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan büena disposicion, dijo D. Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árbóles: tal era la riguridad con que se azotaba, y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: aquí morirá Sanson, y cuantos con él son. Acudió

D. Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hízolo así D. Quijote, y quedándose en pelota abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entónces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció D. Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una média sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual D. Quijote dijo: estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á Páris se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dijo D. Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo D. Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte lla-

mado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban: y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: dé donde diere. Pero dejando esto aparte, díme si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió D. Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo D. Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré si pudiere; y con esto cesó por entónces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De como D. Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson D. Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: aquí puede vuesa merced, señor D. Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto D. Quijote le dijo á Sancho: mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de D. Quijote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresc-

por el cual se paseaba D. Quijote, le preguntó, ¿adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y D. Quijote le respondió : á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural : ¿y vuesa merced dónde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó D. Quijote : pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es D. Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó D. Quijote : sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel D. Alvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de D. Quijote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal D. Quijote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba ; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuesa merced, señor D. Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal D. Quijote que vuesa merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese D. Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traía, respondió D. Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos ; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas : y si nó haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan : y el verdadero D. Quijote de la Mancha, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo : todo cualquier otro D. Quijote y cualquier otro Sancha Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió D. Alvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas tenia de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso ; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á D. Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con D. Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo me-

tido en la casa del Nuncio [1] en Toledo, para que le curen y ahora remanece aquí otro D. Quijote, aunque bien diferente del mio. Yo, dijo D. Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor D. Alvaro Tarfe, que todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; ántes por haberme dicho que ese D. Quijote fantástico se habia hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella solo por haberla visto. Finalmente, señor D. Alvaro Tarfe, yo soy D. Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el D. Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió D. Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos D. Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes dijo D. Alvaro: y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos D. Quijote y D. Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió D. Quijote por una peticion, de que á su derecho convenia de que D. Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocia á D. Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de D. Quijote de la Mancha compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en

[1] Llaman así en Toledo el hospital donde recogen y curan los locos.

tales casos debian hacerse; con lo que quedaron D. Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos D. Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre D. Alvaro y D. Quijote en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á D. Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de média legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de D. Quijote, y el otro el que habia de llevar D. Alvaro. En este poco espacio le contó D. Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á D. Alvaro, el cual abrazando á D. Quijote y á Sancho siguió su camino, y D. Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de la hayas harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de D. Alvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó D. Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo D. Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déjate desas sandeces, dijo D. Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo D. Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Á la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió D. Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo á otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quijote, y dijo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochado? ¿Qué? replicó D. Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á D. Quijote, el cual estaba diciendo: *malum signum, malum signum:* liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochado una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á D. Quijote diciendo: hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer incapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela D. Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio

y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse D. Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de D. Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de mochachos, y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de D. Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni ménos se las habian dado á Teresa Panza mujer de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿cómo venís así, marido mio, que me parece que venís á pié y despeado, y mas traéis semejanza de desgobernado que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio se fueron á su casa, dejando á D. Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. D. Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y qne les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que

les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió D. Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de D. Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio : y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar : y lo que mas es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol por duro que sea donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió D. Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estiberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco : y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá ; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse D. Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres ; y así como se fueron se entraron entrambas con D. Quijote, y la sobrina le dijo : ¿ qué es esto, señor tio ? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos

haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: ¿y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió D. Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De como D. Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de D. Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él ménos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller, que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro [1] habia compuesto; y que ya tenia comprados de su propio

[1] Autor de muchas églogas italianas, el cual nació en Nápoles en el año de 1458.

dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba D. Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por nó atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz dijo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo ménos en aquella enfermedad, y preguntóle: ¿qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolas el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apénas los vió D. Quijote cuando dijo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leido: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y

Sanson le dijo: ¿ahora, señor D. Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso; y ahora que estamos tan á pique de ser pastores para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó D. Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de D. Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo: verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que D. Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué D. Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian. Entró el escribano con los demas y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma D. Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas dijo: item es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y darés y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como, estando yo loco, fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora, estando cuerdo,

darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece : y volviéndose á Sancho le dijo : perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. ¡ Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron : cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. Señores, dijo D. Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño : yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno : pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Iten, mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana mi sobrima, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Iten es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías : y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Iten suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer el autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de D. Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el

testamento, y tomándole un desmayo se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin llegó el último de D. Quijote, despues de recibidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como D. Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu : quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente D. Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de D. Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este :

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma : aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero ántes que á ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres :

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen Rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de D. Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero D. Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

FIN.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS

PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

EN LA MISMA LIBRERIA

LIBROS

PARA

LAS ESCUELAS Y COLEGIOS

Amigo (El) **de los niños,** aumentado con várias fábulas. 1 tomo en 18° con láminas. Pasta de papel con relieves de oro.

Aritmética de niños, por Vallejo. 1 tomo en 18°. Pasta de tela inglesa.

Aritmética comercial, por Urcullu. 1 tomo en 18°. Pasta de tela inglesa.

Arte explicado y gramático perfecto, dividido en tres partes, por D. Márcos Márquez de Medina. Nueva edicion revista y corregida con esmero. 1 tomo en 12°. Pasta entera.

Atlas de geografía universal, para uso de los colegios y casas de educacion, por Monin y Vuillemin. Contiene 34 hermosos mapas de geografía antigua y moderna. 1 tomo en 4°. Pasta de tela inglesa.

Autores selectos, de la mas pura latinidad, anotados para uso de las escuelas. Nueva edicion. 3 tomos en 12°. Pasta de tela inglesa.

Catecismo de la doctrina cristiana, por el P. Ripalda. 1 tomo en 18°. Cartones.

Catecismo de la doctrina cristana, por el P. Astete. 1 tomo en 18°. Cartones.

Caton cristiano para uso de las escuelas, con muestras de escribir. 1 tomo en 12°. Cartones.

Concilio de Trento, traducido por D. José López Ayala, en latin y castellano. 1 tomo 8°. Pasta entera.

De viris illustribus urbis Romæ, auctore C. F. Lhomond. 1 tomo en 18°. Pasta de tela inglesa.

Diccionario latino-español formado sobre el de D. Manuel Valbuena, con muchos aumentos, correcciones y mejoras, por D. V. Salvá. Décimacuarta edicion. 1 tomo en 4º. Pasta entera.

Diccionario español-latino compuesto por D. Manuel Valbuena. Nueva edicion muy mejorada y aumentada. 1 tomo en 4º de mas de 1000 páginas. Pasta entera.

Diccionario (Nuevo) **portátil de la lengua castellana,** segun la Academia española, mas completo que los publicados hasta hoy. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Educacion de la infancia, dividida en tres partes, la moral. la virtud y la buena crianza, con el Manual instructivo y curioso para los niños, por D. José Menéndez. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

El libro que antecede se halla adoptado en todas las escuelas de primera educacion de España.

Escriche. Manual del abogado americano. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Fábulas de Fedro, en latin y castellano, con notas para el uso de los principiantes en las escuelas de gramática. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Fábulas de Iriarte, cotejadas con el borrador original. Nueva edicion añadida con seis fábulas originales que faltan en las anteriores, y otras catorce de Fedro, traducidas por el autor. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Fábulas de Samaniego en verso castellano para el uso del real seminario vascongado. Edicion publicada por D. V. Salvá. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Geografía (Nueva) **universal,** ordenada y extendida considerablemente en la parte de América, por J. M. Royo, con algunas nociones sobre la construccion de las cartas geográficas, etc., etc. 1 tomo en 12º con mapas. Pasta de tela inglesa.

Gramática (Compendio de la) **castellana** de D. Vicente Salvá para uso de las escuelas. 1 tomo en 12º. Holandesa

Gramática de la lengua castellana por la Academia española. Nueva edicion, aumentada con el prontuario de *Ortografía* de la misma. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Gramática de la lengua castellana segun ahora se habla, ordenada por D. Vicente Salvá. Obra propuesta para la enseñanza por la Direccion general de instruccion pública de Madrid.

asignada como libro de texto en el último plan de estudios, y adoptada en las universidades y colegios de España. Novena edicion. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Esta Gramática y la de la Academia son las únicas adoptadas en España para la enseñanza.

Gramática castellana (Elementos de) por Quirós. Nueva edicion. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Gramática francesa para uso de los Españoles, por Chantreau. Nueva edicion revista y corregida con esmero por D. Andres Galban, profesor de lenguas española y francesa. 1 tomo en 8º. Media pasta.

Esta Gramàtica es la mejor de cuantas se han escrito para aprender el francés, y nuestra edicion lleva muchas ventajas á las publicadas anteriormente, tanto por su bella impresion, cuanto por los aumentos y correcciones que en ella se han hecho.

Gramática de la lengua inglesa, por Urcullu, reducida á 22 lecciones. Nueva edicion. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Grámatica de la lengua italiana formada sobre los mejores autores, por Bórdas. Nueva edicion, corregida y aumentada. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática latina, por Araújo, escrita con sencillez filosófica. Nueva edicion, aumentada con un Epítome de retórica y la reglas para facilitar la traduccion del latin. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática latina, escrita con nuevo método por Iriarte. Nueva edicion. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gram tica latina de Antonio de Nebrija, con la explicacion y notas del P. Agustin de S. Juan Bautista, revisada por el P. Pedro de Santa María Magdalena. Nueva edicion corregida y aumentada con las *Observaciones de los modos de las oraciones latinas* por Olarte. 1 tomo en 12º Pasta de tela inglesa.

Gram tica latina, por Nebrija (Nebrissensis). Nueva edicion, 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Heineccio. Elementos del Derecho romano segun el órden de las Instituciones, traducidos y anotados. Tercera edicion. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Heineccio. Recitaciones del Derecho civil segun el órden de la *Instituta*. Traduccion de D. Luis Colláutes, revisada y corregida con arreglo al texto de Heineccio, por D. Vicente Salvá. 3 tomos en 12º. Pasta entera.

Historia general abreviada, declarada de texto para uso de los institutos y seminarios, por D. Fernando de Castro. 1 tomo en 12º. Pasta entera

Historia de la religion, por el Lic. D. Santiago José García Mazo. 4 tomos en 12º con 120 láminas. Pasta entera.

Iriarte. Lecciones instructivas sobre la historia y la geografía, obra póstuma dirigida á la enseñanza de los niños. Nueva edicion. 1 tomo en 12º. Pasta de tela dorada.

Juanito (El) por Parravicini. Nueva edicion mejorada con todos los adelantos actuales en todas las ciencias. 1 tomo en 12º. Pasta de tela dorada.

Mapa de Europa, iluminado con mucho esmero y plegado en forma de libro.

Martínez de la Rosa. El libro de los niños. 1 tomo en 18º con láminas. Tela.

Muestras de letra española, por Torío de la Riva, Iturzaeta y otros calígrafos modernos, para uso de las escuelas. 1 tomo en 8º á la rústica con 20 muestras.

Muestras de la letra inglesa para aprender á escribir 1 tomo en 8º á la rústica con 20 muestras.

Muestras de letras inglesa, española, francesa, gótica, etc., para aprender á escribir. 1 tomo en 8º á la rústica con 40 muestras.

Planisferio terrestre, que indica los nuevos descubrimientos, las colonias europeas y las líneas marítimas que recorren los buques de vapor entre los principales puertos de comercio, formado por A. Vuillemin, geógrafo. Gran mapa iluminado y plegado en folio con cartones

Prontuario de ortografía segun la Academia española. 1 tomo en 12º. Cartones.

Silabario enciclopédico, ó el Niño instruido en la religion, artes y ciencias, y en la vida moral y civil. Nueva y bella edicion aumentada con várias fábulas, impresa en papel vitela, y adornada con muchas láminas finas. 1 tomo en 12º. Cartones, con una bonita cubierta de color.

Caton de S. Casiano y Doctrina cristiana para enseñar á leer á los niños. 1 tomo en 12º. Cartones.

Cervántes, Don Quijote, edicion conforme á la última corregida por la Academia española, con notas para la buena inteligencia del texto. 1 tomo en 8º con láminas. Pasta con lomo de tafilete, tapas de tela inglesa.

Código de comercio, decretado, sancionado y promulgado en 30 de Mayo de 1830. Nueva edicion aumentada con la ley

de enjuiciamento sobre los negocios y causas de comercio, decretada y promulgada en 24 de julio de 1830. Edicion oficial. 1 tomo en 12°. Pasta entera.

Coloquios con Jesucristo en el Santísimo Sacramento. 1 tomo en 18°. Pasta de tafilete, cortes dorados.

Combate espiritual por el P. LORENZO ESCUPOLI, 1 tomo en 18° Pasta entera.

Compendio de matemáticas puras y mistas, por VALLEJO. 2 tomos en 12° con láminas. Pasta entera.

Comulgador general, ó recopilacion de oraciones para recibir los santos sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, sacadas de los mejores autores. Obra utilísima á toda clase de personas por contenerse en ella cuanto puede desearse para este objeto. 1 tomo en 18° con lám. Pasta entera.

Corina, ó Italia, por madama de STAËL. Bonita edicion 2 tomos en 12°. Tela inglesa.

Cornelia Bororqia, ó la Víctima de la Inquisicion. Nueva edicion. 1 tomo en 18° Tela inglesa.

Cortés. Fisonomía y secretos de la naturaleza. 1 tomo en 18°. Pasta de tela dorada.

Covian. Manual de los curas, ó breve compendio del ministerio parroquial, precedido de un discurso sobre la importancia social del ministerio del párroco. Nueva edicion. 1 tomo en 18°. Pasta entera.

Crasset. La dulce y santa muerte. Consideraciones para fortalecer á las almas tímidas contra el temor de la muerte. 1 tomo en 18°. Pasta entera.

Cuaresma devota, ó Ejercicios espirituales. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de tafilete, cortes dorados.

Cuentecitos á mi niña y á mi niño, para entretenerlos y corregirlos de los defectillos propios de su edad, por madama DE RENNEVILLE. Nueva edicion. 1 tomo en 18° con láminas. Tela inglesa.

Cuentos de las hadas, 1 tomo en 12° de muy hermosa impresion, ilustrado con muchas láminas. Pasta de tela inglesa con cortes dorados.

Cuentos á mi hija, por BOUILLY. Bella edicion ilustrada con grabados. 1 tomo en 8°. Pasta con mosáicos, cortes dorados.

Cuentos del Canónigo Schmid. Nueva edicion ilustrada con láminas y viñetas. 2 tomos en 8°. Pasta con mosáicos cortes dorados. Cada tomo se vende separado

Cuentos que se hallan en el tomo 1°. — *Luisito.* — *La Noche Buena.* — *El canastillo de flores.* — *Genoveva.* — *Rosa de Tanemburgo.*

Cuentos que comprende el tomo 2°. — *La Paloma.* — *El Canario.* — *La Cruz de Madera.* — *El Niño perdido.* — *El Niño que ora.* — *La Luciérnaga.* — *Los Huevos de Pascua.* — *Enrique de Eichenfels.* — *Fernando.* — *La Capilla del bosque.* — *La Guirnalda de flores.* — *El nido del pájaro.* — *Eustaquio.*

Cuentos de Schmid en tomitos en 18° de bella impresion, adornados con láminas. Se venden separados los siguientes: LUISITO, ó el Pequeño emigrado. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

EL CORDERITO, ó la Buena hija. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

LA NOCHE BUENA. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

EL CANASTILLO DE FLORES. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

GENOVEVA. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

ROSA DE TANEMBURGO. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

LA PALOMA. — El canario. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

LA CRUZ DE MADERA, seguida del Niño perdido, El Niño que ora y La Luciérnaga. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

LOS HUEVOS DE PASCUA, seguidos de la Historia del Niño Enrique de Eichenfels. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

FERNANDO. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

LA CAPILLA DEL BOSQUE, seguida de La Guirnalda de flores y El Nido del pájaro. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

EUSTAQUIO. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallon.

Chantreau. Arte de hablar bien francès, ó Gramàtica francesa para los Españoles, corregida por GALBAN. 1 tomo en 8°. Média pasta.

Delicias (Las) **de la religion cristiana**, ó el poder de Evangelio para hacernos felices, por el Abate LAMOURETTE. 1 tomo en 12°. Média pasta.

Despertador eucarístico, y dulce convite para que las almas frecuenten la sagrada comunion y asistan con fruto al santo sacrificio de la misa. Nueva edicion muy aumentada. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro, cortes dorados.

Devocion al sagrado Corazon de Jesus. Edicion añadida con el Dia feliz, y con los oficios de los sagrados corazones de Jesus y de María. 1 tomo en 18°. Pasta de tafilete, cortes dorados.

Devocionario (Novísimo), que comprende cuantas oraciones forman el mas completo ejercicio cotidiano para la mañana, durante el dia y la noche, y ademas las principales misas de las grandes fiestas del año, segun el Misal romano. 1 tomo en 18° con láminas. Pasta entera, cortes dorados.

Diccionario (Nuevo) **de la lengua castellana,** que comprende la última edicion íntegra, muy mejorada y rectificada, del publicado por la Academia española, y unas veinte y seis mil voces, acepciones, frases y locuciones, entre ellas muchas americanas, por D. Vicente Salvá. Nueva edicion, corregida y aumentada con un suplemento de 327 páginas que contiene mas de veintiocho mil voces y acepciones de ciencias, artes y geografía, que no se hallan en el cuerpo de la obra. 1 tomo en 4° de 1600 páginas. Pasta entera.

Diccionario grande frances-español y español-frances, con la pronunciacion en ambas lenguas, compuesto con vista de los materiales reunidos por D. Vicente Salvá y los mejores diccionarios antiguos y modernos, por D. J. B. Guim. Tercera edicion muy mejorada. 2 tomos en 4° á tres columnas, reunidos en uno de mas de 1600 páginas. Pasta entera.

Diccionario frances-español y español-frances, portátil, con la pronunciacion en ambas lenguas, formado con presencia de los materiales reunidos por D Vicente Salvá, y el mas completo de los publicados hasta el dia. Novena edicion, 1 tomo en 18°. Pasta de tela inglesa.

Diccionario razonado de legislacion y jurisprudencia, por Escriche Novísima edicion en que van corregidos numerosos yerros de las anteriores, aumentada con multitud de artículos nuevos sobre el derecho vigente en España y en América. Lleva ademas en un suplemento el Código de comercio, la ley de enjuiciamiento en materias y causas de comercio, la nueva ley de enjuiciamiento civil, la Constitucion y el último Concordato con la corte de Roma. 1 tomo en 4°. Encuadernacion con lomo de tafilete y tapas de tela.

Documentos para tranquilizar á las almas timoratas en sus dudas, por Quadrupani. 1 tomo en 32°. Pasta entera, cortes dorados.

Echarri. Instruccion y exámen de ordenandos, 1 tomo en 18. asta entera.

Ejercicio nuevo cotidiano para la mañana y la noche, y para la confesion y comunion, con un ejercicio para el santo sacrificio de la misa, representado en 36 estampas. Va aumentado con el Quinario de la Pasion y la Novena del Smo. Sacramento, y enriquecido con muchas oraciones y devociones que hacen esta obra la mas completa en su clase. 1 tomo en 32°. Pasta de papel con relieves de oro, cortes dorados.

El mismo. Edicion de lujo, papel vitela, portada y oraciones impresas en oro y colores. Tafilete superior, cortes dorados, broche y estuche.

Ejercicio espiritual cotidiano, muy completo de oraciones á diversos santos para ántes y despues de la comunion y para oir la misa. 1 tomo en 32°. Impreso en letra gorda, con láminas. Pasta entera.

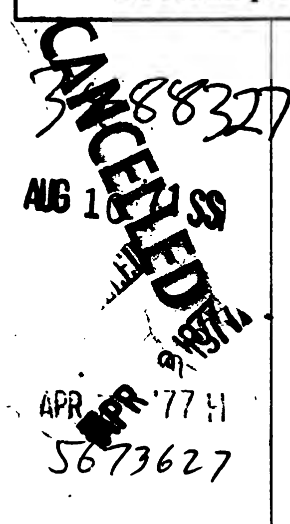
Ejercicios de S. Ignacio de Loyola. por Torrubia. 1 tomo en 12°. Pasta entera.

66

137

39

Paris. — Typ. Garnier-Hermanos, 6, rue des Saints-Pères, 147.10.92.


CANCELLED
3888327
AUG 1 SS
APR '77 H
5673627